



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Selección de Ensayos Sobre Temas Nacionales

VOLUMEN 8



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO
DE LA REPÚBLICA

1975

*

*

*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

INDICE

[Retrato de un héroe](#)
[La carta del Ande](#)
[Thunupa](#)
[Pachakuti](#)
[Código pachakútico](#)
[Siripaka](#)
[El Kollao entra en la historia](#)
[El pueblo que lucha con el ángel](#)
[A la sacra imagen de la patria](#)
[Bolivia: El astro ignorado](#)
[De la khantuta purpúrea de los Altiplanos](#)
[Responsabilidad de la inteligencia](#)
[Tercera Meditación de Tiwanaku](#)
[Formación del hombre boliviano](#)
[Datos biográficos del autor](#)

Volumen N° 8

Fernando Diez de Medina, renombrado escritor nacional, ha incursionado con éxito en varios géneros literarios y particularmente en el ensayo, habiendo sido muchos de sus trabajos reproducidos en revistas y diarios de Europa y de América.

Nuestro autor ha tocado temas bolivianos, sudamericanos y de tipo universal, las tres venas por las cuales fluye su discurrir de humanista.

En este Sesquicentenario de la República, para nosotros cobran especial interés sus conferencias y escritos que escrutan la realidad boliviana. Por ello, dentro de su caudalosa producción ensayística de temática nativa, hemos elegido estos quince ensayos que versan exclusivamente sobre temas nacionales y que revelan su profundo conocimiento de la historia y la sociología patrias, a la vez que el vuelo de un pensamiento nutrido de las esencias entrañables del país donde nació.

Grávido pensador y estilista remontado, que auna la visión filosófica con las intuiciones poéticas del soñador, Diez de Medina ofrece en sus ensayos magistrales planteamientos de la realidad boliviana.

Los entregamos, complacidos, al juicio del lector.

RETRATO DE UN HÉROE

Todos amaron al gran Capitán del Chaco. Al puma indómito que nos trajo el soplo virgen de sus bosques; al héroe de ojos azules. Al joven patriota, quijotesco y cesarista al mismo tiempo, que soñó una Patria fuerte para redimimos de un siglo de infortunio.

Germán Busch anduvo a zarpazos con la vida: tuvo trayectoria de felino. Su coraje le ganó lo que le negaba la experiencia. Pasó de prisa, peligrosamente, jugando cuerpo y alma en la aventura, pechando al mundo, porque es ley del valiente amotinarse contra el destino, desafiar riesgos, dominar el desaliente. Destino de guerrero, destino de caudillo. Cruzó como un meteoro de la llanura a la montaña. Y en nuestra Bolivia turbulenta, donde pocos llegan a hombres en el sentido creador, porque prefieren vivir traficantes o perezosos ajenos al drama nacional, Busch representa la honda proeza humana envuelta en fulgores de gloria.

Lo conocieron orientales, quéchuas, kollas. Lo recuerdan el llano, el valle, la montaña. Su figura gallarda y varonil cose como un hilo de fuego todos los accidentes geográficos y las diferencias regionales. Señor del territorio, supo ser también el amigo de los pueblos. Totalizaba. Cada 23 de agosto lloran los corazones al recordarlo, porque el paladín beniano superando las fronteras localistas alcanzó a ser un símbolo de la Nación entera.

Un día que se acerca, habrá que rendir a Busch el homenaje del mármol y del bronce; aun esperamos al homérica que cante sus hazañas.

De niño, la selva le da sus peligros; el espacio abierto su audacia. Domina hombres y animales. Sabe seguir una huella por el monte; se orienta por las estrellas; cruza a nado los ríos; conoce la ley del machete y del fusil; se abre paso con los puños. Viril adolescencia: toda ella de ardores, anhelos y peleas. Brota un viento de victoria en los ojos intrépidos, y un coro de leopardos ruge en el pecho varonil. Cuando sube a la montaña, el cadete Busch no cambia su modo interior. Es un mocetón musculoso, valiente, fornido, que se roba corazones por su apostura y su franqueza. Primero en el estudio, será también el primer golpeador del Colegio Militar. Aun se recuerda aquella épica lucha cuando Hugo Estrada y Germán Busch estremecieron los muros del instituto armado, en una lucha interminable que anunciaba a los futuros bravos del Sudeste.

Así se formó el guerrero: coraje y sencillez. Imagen fiel de la selva osada y dulce.

El Camba Busch... ¿Habrá boliviano que no vibre al conjuro de estas tres palabras? El Camba Busch... ¡Cuántas cosas bellas, cuántos sueños atrevidos, cuántas fantasías frustradas! Porque Busch llegó a encarnar la voluntad de ser, el espíritu de resurgimiento, el anhelo redentor de todo un pueblo. Y al ver su bizarra estampa de conductor, todos pensaban:

—Es la Joven Bolivia en marcha.

Estrella y símbolo de la epopeya en el Sudeste, ganó sus grados hazaña por hazaña. Entró de oficial a la guerra y salió teniente coronel. Cubrió su cuerpo de heridas y medallas. Rompió cien cercos, salvó regimientos enteros, realizó ataques temerarios. Cuando fallaban los tácticos, él acudía a su instinto de luchador siempre dispuesto. Porque había algo napoleónico en el joven Capitán del Chaco, que caía bruscamente sobre el invasor y lo desconcertaba con su fluctuante movilidad felínica. Era el rayo en los tuscales. Toda vez que el ejército se vio comprometido acudió siempre a Busch; y Busch siempre respondió con eficacia, como esos guerreros del tiempo antiguo que glorificaban a la vida por los caminos de la muerte. Estratega, conductor, jefe de hombres en toda la extensión de la palabra, supo infundir a las tropas su propia valentía; en las horas adversas, su nombre levantaba muchedumbres.

Todo es milagro en esta vida maravillosa, que después de darnos el más alto laurel de gloria en el desastre del Chaco, sigue siendo el rayo de esperanza que alumbró el camino de las

juventudes bolivianas. Habrá otros héroes, otros guerreros ilustres que merecen la gratitud colectiva, pero nadie aventaja en gallardía al Camba Busch.

Arquetipo del buen militar — sobrio, intrépido, estudioso, obediente — si llegó a mandar es porque antes supo obedecer. Ciento treinta años antes hubiera brillado con esa constelación de jefes que puebla la historia militar de América; sí: Busch habría combatido por la libertad de los pueblos, siguiendo la huella de Bolívar, Sucre, San Martín, Artigas, Córdova, La Mar. Ciento treinta años después, el magnífico soldado defendería a la patria andina de la invasión extranjera y sabría organizarla en la paz.

Grande en el combate, sereno en el peligro, firme en la obra creadora, Busch es el guerrero de la edad clásica. Y si Bonaparte a los treinta y cinco años ciñe en sus sienes la corona de Emperador de los franceses, para satisfacer su propia ambición de poderío; también Busch a los treinta y cinco será Presidente de los bolivianos porque así lo quiere su pueblo.

Bolivia encumbró a Busch, quiso ser dirigida por el guerrero audaz. Mas el gran jefe madrugó en política y debía pagar su inexperiencia. Patriotismo, inteligencia natural, falta de malicia, buena fe se dieron de bruces contra el medio. Ignoraba la complejidad de los problemas políticos, desconocía el sucio juego de los hombres. Su sangre rápida se estrellaba impetuosa contra los escollos de la marejada partidista. Él era fuerte y puro: tuvo que afrontar traición, corrupción, incompreensión.

En función de gobernante quiso transformarlo todo — métodos e instituciones, gentes y costumbres — sin pensar que la naturaleza, maestra eterna, jamás procede a saltos porque ama la evolución lenta y segura. A veces, los ojos azules, tenían relámpagos de tigre. A veces, los ojos azules, tenían el candor de un niño. A tan noble corazón sólo le faltó el freno de los años. No tuvo la ciencia ni la experiencia de los políticos maduros, pero fue un estadista intuitivo. Nos legó la lección de la fe creadora, de la juventud insurgente, del poder realizador que se empeña y persevera.

Hizo muchas y excelentes obras. La Constitución de 1938, eminentemente socialista, en beneficio de las mayorías nacionales. La paz del Chaco que salva los petróleos y reintegra al país más de 20.000 kilómetros cuadrados. Liquidó los pleitos limítrofes. Dictó el Código del Trabajo y aprobó leyes sociales justas mereciendo el afecto popular. Impulsó la política vial y ferroviaria. Estatizó el Banco Central, consolidó la industria petrolífera, creó el Banco Minero. Propugnó un fervoroso nacionalismo que levantó el espíritu colectivo. Rompió el pongueaje al Superestado Minero con ese soberbio decreto de 7 de junio de 1939, que establece el control del ciento por ciento de divisas en defensa de la economía nacional. Puso freno al privilegio político y económico. Abrió paso a la juventud y se acordó de las regiones olvidadas. Y cuando fue preciso jugar con el propio prestigio, sacrificar la leyenda del héroe al bienestar general, el caudillo se inmoló voluntariamente: recordemos esa paz del Chaco, cuando los laureles del guerrero se inclinan ante la pluma del estadista, en un acto sublime de civismo.

Cuando Busch vio que su obra renovadora de gobernante peligraba, bajo la doble amenaza de la oligarquía herida en sus intereses y de la perfidia de los políticos, en un gesto viril asumió la Dictadura. Acaso la sombra de Linares rozó su frente angustiada de patriota.

Tal vez el dictador no tuvo los aciertos del gobernante constitucional. Fue demasiado rápido: su anhelo transformador tuvo urgencia de llama y de torrente. Pero la perspectiva del tiempo nos demuestra que fue igualmente sano en sus aciertos y en sus errores. Un solo ejemplo crítico: el decreto de 7 de junio fue hazaña prematura. Trece años después, madura ya la Nación en lo político y social para aplicarlo, determinará la nacionalización de las grandes empresas mineras. Fue pues un precursor, el que dio el ímpetu inicial para nuestra liberación económica. Porque el joven gobernante quería que Bolivia sea para los bolivianos. Buscaba la justicia social, mejor distribución de la riqueza, democracia económica.

Solía decir el Gran Capitán: "Si no salvamos a Bolivia, habrá que eliminarse". Acaso el hombre de la selva adivinaba su asfixia en la prisión del gabinete. Y cuando Busch se vio acosado por la falsía, la bellaquería, la politiquería; cuando la fortuna le volteó espaldas porque también los dioses se cansan de sus elegidos; cuando vio malograda su obra de redención social; cuando se

fatigó de la violencia inútil, de las camarillas y lisonjas, de las intrigas palaciegas; cuando midió la hondura de la maldad humana y la extensión de sus responsabilidades de Mandatario; cuando supo que las fuerzas económicas podían más que las fuerzas morales; cuando comprendió que no basta ser idealista ni valiente, porque los mejores pueden caer en la maraña de la astucia, de la envidia, de la intriga y la traición, castigó en su indomable juventud los errores de todo un pueblo; porque todos pecamos al permitir que detrás del noble rostro del patriota, asomara la faz sombría del dictador.

El balazo que se llevó a Busch resuena todavía en el corazón de los bolivianos...

Destino homérico, pachakútica enseñanza. ¡Qué hermoso ejemplo nos deja el ínclito varón! Subir de lo más humilde a lo más alto por el propio esfuerzo. Aquiles sin el cálculo de Ulises. Si su idealismo juvenil refleja el impulso renovador de nuestro pueblo, su violencia traduce la falta de disciplina colectiva que nos aqueja. Llegando diez años más tarde, Germán Busch habría sido el caudillo en sazón, osado y sereno simultáneamente. El que Bolivia requería para alzarse a grandes destinos.

Aprendamos también de Busch el amor al pueblo, la modestia, la sencillez. Porque supo ser bondadoso, comprensivo, sin dejar de ser caudillo. Buscó el bienestar de todos, sin distinción de razas ni de clases. Trajo un mensaje de solidaridad humana del dolor de las trincheras, y es el primero que habla un lenguaje nuevo en lo moral y en lo social. Alivió el dolor de muchos, tendió la mano a los postergados. Se acercó a los humildes sin dejarse seducir por las sirenas del poder y del dinero. Tuvo el coraje del valiente y el sosiego del justo.

Sus glorias y sus yerros son las glorias y los yerros de su pueblo. Su paso meteórico por la política, su trayectoria fulgurante de guerrero y de estadista, fueron para siempre. Las generaciones se transmitirán la leyenda del Patriota Malogrado, porque Busch es símbolo de la fe. Bandera de combate. El clarín que llama a la acción y a la mudanza.

Esa altitud de árbol y de mástil. Esa frente despejada. Esos ojos firmes y serenos. Esa manera digna y tranquila del ser, como los padres-ríos, que a veces se encrespaba en la tormenta pasajera. Ese ánimo generoso, esa voluntad granítica, ese afán de remover y mejorarlo todo. Esa serenidad frente al peligro. Esa ternura con el débil. Esa dureza para frenar al poderoso. Todo esto es, en conjunto, lo que hace al hacedor de patria, al caudillo moral, que supera en esplendor las victorias del guerrero o del político.

Un oscuro soldado que se alza hasta el solio del Conductor. Un alma joven que con febril intuición se pone a la cabeza del movimiento social. Uno que cambia el estilo de nuestra historia republicana. No se ha comprendido todavía, en profundidad, el fenómeno Busch.

En la choza del campesino cruceño, en el tugurio del minero potosino, en la casucha del peón cochabambino. En Trinidad, en Oruro, en Cobija. Lo mismo en las quebradas de Tarija, por los valles de Chuquisaca, o en los barrios populares de La Paz, miles de moradas recuerdan al Jefe que se fue. En los hogares humildes, hay casi siempre un retrato de Busch; y esa pequeña vela que el amor de los corazones prende en memoria del héroe, es la gratitud de Bolivia al hombre que supo amarla y servirla con ejemplar abnegación.

¡El Camba Busch! Nunca olvidaremos lo que fue en la guerra del Chaco y después de la guerra del Chaco. Primero el rayo en la tormenta; después "Kurmi" — el arcoiris — en la paz. La fuerza generosa que impulsa hacia adelante. La esperanza de un destino mejor. Por eso la sabiduría del artista, al fijar en el mármol su vida edificante, escogió certeramente la forma clásica y patética de una columna rota. Esa protesta muda en la tumba del Héroe, simboliza el tenso drama del luchador; el trágico mensaje de una juventud malograda que supo darlo todo por la grandeza de su Patria.

Julio de 1942.

LA CARTA DEL ANDE

El Código Moral de la nueva humanidad surge de un principio de justicia: no habrá paz en la tierra ni armonía en la convivencia internacional, mientras subsista la línea de menor resistencia en la cadena de los Estados.

Las naciones pequeñas e inorgánicas, indefensas ante la rapacidad imperialista, estiman que los principios básicos de solidaridad contenidos en la Carta del Atlántico, deben complementarse con el reconocimiento de ciertos derechos y deberes fundamentales para la vida de relación de las Naciones.

Esos derechos y deberes fundamentales que la Carta del Ande consagra, en nombre de los pueblos libres de América, se resumen así:

- | | |
|----------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Primero | La comunidad internacional y la soberanía de los Estados, son los dos polos de la nueva humanidad. |
| Segundo | Todas las Naciones son iguales ante Dios y ante la sociedad civilizada; pero a las grandes corresponde asistir a las pequeñas. |
| Tercero | La libertad y las fronteras de los pequeños Estados son intangibles. El estatuto territorial de cada Nación, está garantizado por la fortaleza plural de las Naciones. |
| Cuarto | Todos los pueblos tendrán libre acceso al comercio terrestre, aéreo, marítimo y fluvial. No habrá naciones mediterráneas y a todas llegarán y ligarán los mares. |
| Quinto | La comunidad internacional es una e inmanente. Grandes o pequeños, los Estados rebeldes a ella sufrirán sanción y serán obligados a respetar sus normas. El derecho será respaldado por la fuerza de la comunidad internacional. |
| Sexto | La libre asociación de los Gobiernos, las Empresas y los Trabajadores, consagrará un régimen de justicia social en todos los países. Todos los hombres tienen un mínimo de atribuciones, derechos y garantías para participar en los beneficios de la democracia, la economía industrial y el confort civilizado, sin distinción de razas, cultos ni clases. Ha concluido la explotación del hombre por el hombre y comienza la era del trabajo compartido y asociado, donde cada cual responde y exige por sí, lo que pide y reconoce a los demás. |
| Séptimo | Las tiranías políticas y los monopolios económicos están proscritos del mundo nuevo. Entre libertad y planificación, la democracia orgánica concede a cada cual igualdad de oportunidad y garantías. El Estado, siempre más fuerte que el interés privado; más débil siempre que la voluntad del pueblo. |
| Octavo | El poderío concede más deberes que derechos. Cuanto más fuertes las potencias, cuanto más capaces las élites, mayor responsabilidad. Para imponer la comunidad internacional, para consolidar la soberanía de las Naciones, los estadistas del mundo aceptan el principio de igualdad entre hombres y pueblos, consagrando el derecho de los débiles a la asistencia y el respeto de los fuertes. |

Abril de 1943.

THUNUPA

LEYENDA

"Samiri" o descansadero — dice la tradición kolla — es la morada de los antepasados.

Elegid cualquier accidente del paisaje; una cueva, la prominencia de la montaña, esa colina ondulante, un árbol solitario, el lago inmóvil, una pirca de piedras. Son "samiris". Hombres y animales en sus correrías por el altiplano, buscan un lugar de reposo, el asilo bienhechor que repara las energías perdidas y da nuevo acicate a la jornada "Samiri" es el fuerte ligamen del suelo con su poblador, el don que "Pachamama" — la Tierra Madre — concede munífica a sus criaturas. Todo paraje, todo accidente natural, irradian una fuerza misteriosa que envuelve al viajero, cuando el viajero como el poeta antiguo busca y absorbe los efluvios del paisaje. El indio acude a su "samiri" en son de protección; quiere fortalecer el cuerpo y elevar el ánimo antes de reanudar la marcha. Entonces el ancestro lo reanima con su viejo poder vitalizante; repara las fuerzas desgastadas, temple el espíritu medroso; y lo arroja otra vez al mundo de la acción. Así es el ancestro: envuelve y ampara al afligido. Así el hálito de los antepasados: levanta el corazón que sufre. Pero esto sólo lo sabe el kolla, hijo de la Tierra anterior al hijo del Sol. Y quien no se sumerge en sus mitos telúricos, ignora las culturas primitivas del Ande inmemorial.

"Samiri" — dice el indio — y un resplandor alado enciende sus ojos de bronce. La fe simbólica del cristiano, corresponde al culto animista del nativo por la naturaleza circundante. "Samiri" es pues una forma de la fe. Y viniendo a lo presente, en un tiempo de vacilación y pesadumbre, para los extraviados hijos de esta inmensa nación nocturna, ¿cuál será el descansadero capaz de reanimarlos y elevarlos a una mística de resurgimiento nacional?

El "samiri" de los bolivianos debe ser la evocación del nombre de Thunupa.

Magno misterio del tiempo mítico, Thunupa es también el nódulo vital del tiempo Nuevo. Numen cosmogónico, es una fuerza activa que moldea el universo andino. Numen teogónico, es el hijo de Wirakocha, profeta y caudillo de almas. Numen histórico perdura con los orígenes del río Desaguadero. Numen moral, es el restaurador de la ley natural en las costumbres. Gran sabio y señor le llamó el indio, porque amparó al desvalido, desafió al poderoso, fue brújula y candela del opreso. Thunupa combate la iniquidad, predica justicia. Es amigo de los justos, enemigo irreductible de los déspotas. Y cuando nos sentimos vencidos por el terror de las punas desoladas, su recuerdo traspasa de piedad y de belleza la ruda longitud de la meseta. La montaña es Thunupa, porque trasciende virtud y fortaleza. El varón recto es Thunupa, crecido en la verdad y en la entereza. Y Thunupa es también esa fuerza interior que alienta en el corazón del hombre, muchas veces desfalleciente pero jamás vencida por el dragón que nos devora cada día.

Hay tres versiones del mito de Thunupa: la kolla, la quechua y la española. Tomemos la primera, ya que las otras dos deforman el mito originario.

La leyenda kolla refiere que el andino conoce a Thunupa desde los tiempos más remotos. Thunupa, hijo de Wirakocha el creador del Universo, es uno de los héroes de la raza. Thunupa está presente y dirige la contienda entre el Mururata y el Illimani, allá; en los albores de la cosmogonía andina, cuando mares y cordilleras modificaban la morada humana. Castiga la corrupción de los primeros moradores de Tiawanacu, transformándolos en piedra. Y su nombre aparece también en los mitos solares del Titikaka, luchando contra Yaurinka, la serpiente del abismo que amenaza las islas y los tronos. Pero el Thunupa histórico aparece un milenio antes de Atahualpa, a la caída del Tercer Imperio Kolla, cuando los nómadas del bosque y de los valles subandinos suben a la meseta, al amparo de la guerra civil que disgrega el Kollasuyo.

Deteníase el profeta en los poblados kollas, bastándole un oyente para iniciar su prédica. Después llegaban otros como ovejas al redil, y al terminar su admonición un rebaño azorado veíale perderse en lontananza. Alto, bien conformado, su tipo ascético denotaba privaciones físicas.

Vestía un hábito talar de lana finísima, ceñido por un delgado cordón de cáñamo. Sandalias de vicuña. Y una rama de olivo silvestre por báculo. Aventajaba a los fornidos kollas más que en la estatura, por la majestad de porte y de accidente: un andar tranquilo de nube, un habla honda y sosegada, un mirar cautivante como la llama de una lámpara de aceite. Regresaba con la aurora, reanudaba su prédica y volvía a marcharse con el crepúsculo; así por nueve días consecutivos, al cabo de los cuales emigraba. Al principio no se quiso dar importancia a sus palabras, pero niños y ancianos las recordaban y fue menester que todos se ocuparan de ellas. Thunupa prevenía contra la disolución moral; atacaba la violencia, la rapiña, la embriaguez, la poligamia; pedía la reforma de las costumbres, clamaba por justicia y por templanza. Sus ojos desprendían amor al dirigirse a los humildes, desprecio al enfrentar a los mandones y a los "mallcus"; y al denunciar a los déspotas, su verbo solía encrespase de coraje. Un "chaiño" del Ande, ese pajarillo de vivaces movimientos, cuyo pelaje negrísimo y lustroso alterna con manchas de oro, jamás abandonaba el hombro del profeta. Y era en verdad su único atavío.

Transcurrido algún tiempo, Thunupa retornaba al mismo poblado, en viajes circulares que además de moralizador le iban creando fama de mago, pues su presencia coincidía con sucesos maravillosos. En Taraco, su llegada aplacó la tempestad. Ahuyentó la sequía en Aigachi. Dícese que aplanaba montes, protegía cosechas, sacaba el agua del fondo de las peñas. Y en Cacha, donde no había seres justos porque todos andaban contaminados de iniquidad, con serpientes de fuego calcinó la roca. La tercera vez que reapareció en Carabuco, fue apresado por los guerreros de Makuri y conducido a presencia del caudillo. Impío, cruel, concupiscente, Makuri se mofó del profeta pero quiso valerse del mago:

—Tu palabra es humo — dijo el caudillo — ni molesta ni perdura. Más si eres hechicero, convierte este plomo en oro.

Negóse el peregrino a complacer al guerrero, y alzando la voz como el viento áspero y tonante de la puna, denunció sus crímenes conjurándolo a cambiar de vida:

—¡Vuelve a la ley de Wirakocha! Despréndete de la culebra que te consume.

—¿La ley...? ¡La ley es Makuri! — replicó el déspota.

Y confiado en su fortaleza desafió:

—Lucha conmigo. Makuri no teme a guerreros ni a hechiceros.

Una expresión de tristeza veló el semblante de Thunupa:

—Necio — contestó — la culebra no debe luchar con el águila.

Entonces el caudillo montó en cólera:

—¡Es un impostor y un cobarde! — profirió —. Arrojadlo a hondazo limpio!

Y Thunupa fue lapidado por los honderos de Makuri. Los indios vieron cómo se abría la piel bronceada: un tajo profundo en la sien, la boca desgarrada, gruesos hilos de púrpura tiñendo el pecho descubierto. Cuando se alejaba, agotado y vacilante, todavía le persiguió la lluvia de las hondas derribándole tres veces. Pero el profeta volvió al siguiente día, y estaba intacto su cuerpo, inmacula su vestidura albísima. Y un pájaro aurinegro posado en el hombro. Y cuando los hombres de Makuri fueron a las fraguas para trabajar los metales, ya no los encontraron. Y fue que Thunupa, queriendo evitar la corrupción por la riqueza, había recogido los metales situándolos en las altas sierras, para que su posesión demande dolor y sacrificio.

Thunupa recorre el Ande por espacio de muchas lunas, haciéndose familiar su figura a los kollas: siempre desafiando al poderoso, protegiendo al desvalido, denunciando la iniquidad y el fraude. De sus muchos prodigios se cuenta que en Sicasica, donde seres malvados prenden fuego a su lecho de paja, las llamas le guardan el sueño. Otra vez amarrado al poste de sacrificio por los mandones de Sorata, tres águilas se precipitan velocísimas desde la cima del nevado y sueltan sus ligaduras. Thunupa sufre largas prisiones en las cuevas subterráneas de Carangas, y castigos

extenuantes en Chuma, en Calamarca, en Ancoraimos por combatir el mal. Los menos atienden su mensaje; los más le apalean y le expulsan. Mas el profeta no desmaya. La huella de su sandalia cruza montes y quebradas, pasa los ríos, cose como un hilo de fuego los pueblos diversos y dispersos del altiplano. A veces castiga la injusticia, obra prodigios, mitiga la desdicha, pero a menudo es víctima de los hombres, porque como todo reformador religioso debe expiar su grandeza en el dolor. Y aunque no puede extirpar el mal que se aposenta en los que mandan, es el refugio acogedor de los que obedecen. Thunupa es la esperanza.

Un día el Inconforme decide marchar a Copakawana, donde sacerdotes corrompidos olvidan a Wirakocha por el culto totémico del Jaguar. Arrojando un vellón de su túnica a las aguas, Thunupa navegó en él hasta la isla de Itikaka, la peña sagrada en la cual deja esculpida la forma de su cuerpo. Itikaka, morada mítica donde Wirakocha batió a la "Chamajpacha" — la edad oscura—, conformó el Lago, y dio a los kollas númenes celestes y telúricos, infundióle más confianza en su misión: uno perecerá para salvar a los demás. Fortalecido por la soledad y la meditación, Thunupa navegó después rumbo a Copakawana. Apenas puso pie en la bellísima península, los adoradores del Jaguar le apresaron. Increpó el profeta a los zoólatras, atribuyéndoles el mal que cundía por los pueblos altiplánicos. Fustigó sus vilezas. Instóles regresar a la ley de Wirakocha. Y a pesar de los castigos con que fue amenazado, negóse a rendir culto a la espantable fiera que moraba en lo alto del peñón.

Entonces el "thaliri" de Copakawana, tras de consultar a los "amautas", dijo sordamente:

—El dios invisible murió hace muchas lunas. Ya no es. No tuvo descendencia. Pero el Padre Jaguar renace de felino en felino; y aquel que ostenta una mancha roja en la frente, ése es el Dios Vivo. El Jaguar no miente; el Jaguar anuncia la desgracia y la victoria, protege las cosechas, ahuyenta las enfermedades y las plagas. Cada uno de sus movimientos, está ligado al destino de los "kollas". Por eso le cuidamos, por eso lo llevamos los guerreros de Makuri en sus escudos. Y sólo pide un poco de sangre,

Miró con lástima Thunupa a los magos:

—Ciegos... enjaulados... crueles... jaguares también vosotros — dijo —, ¿Por qué inmoláis criaturas?

—La Madre Serpiente bebe sangre.

—¡Miente la Serpiente y el Jaguar miente! — fulminó Thunupa —. ¿Qué sabéis vosotros, hijos del Mal? Antes que "Pacha-mama", la Tierra Madre, antes que "Inti", el Padre Sol, fue Wirakocha el Dios Inextinguible. ¡No matéis, no hagáis fraude, no manchéis la misión sacerdotal! Dejad el culto ofídico, no hagáis humilladeros al felino: Wirakocha pide paz. La sangre de la serpiente para la piedra, la sangre del jaguar para el cuchillo de obsidiana. Pero la sangre del kolla para el kolla, fluyendo tranquila hasta que Wirakocha la detenga.

—¡Que perezca, que perezca! — prorrumpieron los magos. ¡Insultó a la Serpiente y al Jaguar!

—Aguardad — dijo el "thaliri" a su gente; y volviéndose al profeta insinuó: —Si retiras tus palabras, si reconoces la ley bermeja del Jaguar, te elevaremos a la dignidad sacerdotal. El Dios Vivo recompensa a sus servidores.

—No persigo el poder, sino la verdad — replicó Thunupa —. Yo soy el que sirve sin esperar recompensa.

—¡Que perezca, que perezca! — aullaron los magos.

Dispuso el "thaliri" de Copakawana que el profeta fuera castigado por su osadía. Llevaron a Thunupa a una colina pedregosa, rasgaron su alba vestidura, hicieron mofa de su desnudez. Una lluvia de palos y de piedras cayó sobre el profeta. Bajaron luego el cuerpo exánime a la playa y amarrándolo al mástil de una frágil balsa de totora, lo abandonaron a merced del viento y de las aguas. Entonces las ondas del Titikaka se encrespaban, brotó la tempestad de su seno hundiendo

muchas embarcaciones, y la navecilla enfiló hacia el estrecho de Tiquina, pasmando a todos por su rapidísima navegación. Iba Thunupa en ella, escoltado por ejércitos de Illapa, mensajero ígneo de Wirakocha, señor de los relámpagos alados, del rayo que fulmina, de los truenos que ruedan y resuenan sin descanso. Conforme navegaban cargando la maldad humana, crecían balsa y profeta en estatura; y al llegar a la playa de Cachamarca era tal su grandeza y poderío que la tierra se abrió en canal vertiginosamente para darles paso. Hendió en mayor distancia la tierra que las aguas, hasta perderse por las azules inmensidades del Poopó. Y del surco legendario de la balsa de Thunupa, nace el curso fluvial del Desaguadero, río mítico que enlaza los dos mayores depósitos lacustres del Ande.

Pero el Inconforme no murió: un monte, un río, un camino lleva su nombre. Los kollas dicen que su balsa solitaria surca el Titikaka y se desliza por el altiplano. Deidad benéfica, suele tornarse a veces punitiva y reparadora. Habla en el trueno, previene en el relámpago, castiga con el rayo. Sus manos venerables protegen las cosechas, su mirada suave mitiga la desgracia. Está siempre con los necesitados, siempre frente al déspota. Denuncia la iniquidad, exige justicia. Y para los hombres de fe, es símbolo de resurgimiento y de pujanza, porque él enseñó la constancia inquebrantable: sin llanto, sin fractura, sin quebranto. Fuerza moral superadora de infortunios! Es el piloto del alma india. Desde la oscura lejanía cosmogónica, Thunupa — mítico dios — sigue conformando el universo andino. En el duro presente, Thunupa — dios humano — prepara y fortalece voluntades para un futuro mejor.

Así es Thunupa: el Inconforme. Así es Thunupa: el Cristo Andino.

PLANTEAMIENTO

¿Qué sangre es ésta que nos mana del costado? Apenas removida, la herida entrañable se desborda.

Para el pesimista, todo anda mal en Bolivia porque nada se hizo bien: caótico el pasado, incierto el hoy, sombrío el futuro. País débil, inorgánico, desgarrado por sus vecinos, marcha a la zaga de los demás. La tierra invertebrada, la raza heterogénea, determinan el caos psicológico; la nación causa la desdicha de sus individuos. Bolivia es una palabra. Bolivia no existe. Todo en su historia denuncia el contrasentido. Carece de un contenido nacional y sólo cuenta con fuerzas regionales, siendo lo más fuerte del país el altiplano; pero el altiplano es trágicamente hostil. Todo en él es duro, difícil, agobiador. Montañas descomunales: la naturaleza nos ha vencido. Tierra despoblada, sin conductores, sin técnicos sin capitales. Políticamente, habitamos la ficción. Sucre hizo Bolivia para impedir que una gran nación creciera al sur de la Gran Colombia. En realidad, jamás tuvimos puerto; somos la nación mediterránea por excelencia, alejada del mundo. Las pequeñas naciones sudamericanas — ¿tres, cuatro?— están destinadas a desaparecer, pero ellas tienen siquiera un alma, un estilo nacional. Nosotros ni eso. Nada nos unifica, todo nos separa: la geografía como la pequeñez moral en que nos debatimos. La nación es una unidad política y de espíritu, pero en Bolivia una parte del país tiende al Pacífico, otra al Atlántico; y el núcleo, la meseta central, queda terriblemente aislada. Estrechos de ideas, mezquinos de actos, los bolivianos ignoran dónde van. Mientras el mundo circundante se afirma cada día más — cada día, cada hora, hay más espíritu nacional en Argentina, en Brasil, en Chile, en Perú, en Paraguay — nuestro mundo interno se fracciona y se disuelve lenta pero inexorablemente. No somos nación; nunca lo fuimos. Y al cabo de la segunda contienda mundial, quedamos tan rezagados como antes: sin población, sin caminos, sin industrias, sin vías propias y directas de contacto con la civilización. Bolivia agoniza detrás de sus montañas. Nadie puede detener esa agonía.

Para el optimista, Bolivia es un prodigio, su nombre lo prestigia todo. Nada es lo que ha perdido; muchísimo lo que conserva: inmensos territorios, fabulosas riquezas. La clave del pasado americano, la futura grandeza continental, constituyen en este gran país dormido, porque Bolivia duerme, en espera de su hora y su victoria. ¿Quién resistió mejor? ¡Nada puede contra ella! Enclaustramiento y mutilaciones, desorden y ensimismamiento, su abrupta geografía, su difícil desarrollo, son meros accidentes: pasarán, No es malo el boliviano; si sabe odiar, es que sabe amar. Disciplinado por una dinámica social, irá muy lejos. El estilo nacional es hoy la dispersión, mañana será la integración de los contrarios. Escasean conductores, más nunca el necesario para el trance decisivo. El señorío estratégico y económico del hemisferio sur, lo ejerce la plataforma

anilina: todo converge y se comunica por el espinazo de la gran cordillera. Bolivia es la más fuerte realidad política y geográfica de América. Somos pocos pero osados. Infortunados, pero estoicos. Desordenados, pero tenaces y ambiciosos. ¿Qué importan los contratiempos pasajeros, las apariencias desfavorables? Somos los mejores, porque mantuvimos la nación frente al fatalismo histórico, en desigual competencia con vecinos más rudos y potentes. Sólo nos falta organización interna y adecuación a la técnica moderna. No necesitamos de nadie; el boliviano se basta a sí mismo. El suelo de oro. La raza de bronce. El espíritu de fuego. Nada nos falta, lo tenemos todo. Espacio para cien millones de almas, tiempo ilimitado para crecer explotando nuestras grandes reservas naturales. Bolivia es una gran nación en ascenso. Nadie puede detener ese ascenso.

¿Tiene razón el primero o el que acierta es el segundo? Ni la visión plorante del pesimista, ni el miraje excesivo del optimista. Miremos con ojos de Thunupa nuestro drama nacional.

No hay fatalidad, no hay mesianismo; sólo una ley de crecimiento que impone abnegación, perseverancia, disciplina. Somos la nación en germen. ¿Cuál es nuestro puesto en América? No importa distanciarse de los primeros, si sabemos evitar ser de los últimos. No son los bolivianos consecuencia de una patria inerme y desdichada, sino la patria desdichada e inerme el efecto plural de los bolivianos rebeldes al equilibrio organizado. El pesimismo disuelve, el optimismo engaña, el sentido de proporción dice verdad. Todo se hace difícil en Bolivia, porque el boliviano es difícil, complejo, contradictorio. Vivimos en los extremos: abatimiento o delirio de grandezas. Agorería o fanatismo. Pocos saben que la patria verdadera se prueba sólo en el anhelo y el desvelo de las almas. ¿Qué es Bolivia? Bolivia es una dura realidad y una gran esperanza. A nosotros queda confiado superar esa realidad y alcanzar esa esperanza. Patria es primero una idea; luego un hecho. La ética anterior a la geografía. La patria entrañable, la patria primordial, es siempre subjetiva; y es en ella que se apoya y se edifica la otra, la patria jurídica, histórica y social. ¡Capitales, caminos, industrias! — clama el ansia utilitaria del siglo, olvidando que los grandes móviles de la vida fueron siempre románticos, y que sin una herramienta de fe no hay edificación colectiva. Nada es una voluntad actuante, si no viene impulsada por un ideal responsable. Patria es responsabilidad, servidumbre voluntaria, vigilia permanente. El combate de la fe y de la constancia que se muerde con el pan de cada día. Por eso el patriota responsable proclama: contra las almas relajadas, el espíritu de lucha. Contra la indolencia y el desorden, un principio de responsabilidad compartida. Contra el resentimiento que dispersa, la generosidad que liga y consolida. Y como todo idealismo acude a una estrategia para realizarse prácticamente, la estrategia nacional debe ser aquella de la marcha del indio: despacio y derecho a su fin. Son las obras desmedidas, las impacencias ardorosas las que pierden a los bolivianos. ¡Ved cómo avanza el autóctono por el océano altiplánico! Paso a paso, viajando de día y de noche, con ritmo lento pero seguro. Y es la constancia de la marcha india, la que necesitamos para todos los modos de nuestra vida nacional e individual. Saber querer. Saber poder.

Aplicando la hermosa idea rilkeana, la Nación, como el mar, aunque tiene una designación en los mapas y entre los hombres, no es en realidad más que extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la extensión de nuestro territorio, la profundidad de las razas que lo pueblan, ajustar el ritmo de lo extenso con lo profundo. ¿Qué somos, qué podemos ser? Es toda la gramática para una construcción nacional. Somos la nación mínima; aspiremos al Estado orgánico. ¡Urge despertar! Más no al sueño peligroso del nacionalismo excluyente, que termina siempre en el absurdo imperialista, sino a la verdad de la nación entera y justa. Fuerte sólo para cortar la carrera de las mutilaciones territoriales y abrirse paso al mar; grande y magnánima en la paz, en el trabajo, en la ordenación espiritual. En la América del Sur, donde existen ya potencias continentales, estados medios, y naciones mínimas, nuestra tarea presente debe mirar a un futuro próximo: el Estado orgánico, sin delirio de grandezas, sin penosas debilidades, para que entre la pequeñez turbulenta de los unos y el crecimiento desmedido de los otros, Bolivia represente el equilibrio justo de la salud consciente de sí misma.

Pregúntese al boliviano qué es Bolivia. No lo sabe. Dará mil respuestas vagas, sin acertar en la síntesis. Es difícil leer un mapa, porque se ignora el territorio. Poco dice el pasado, que llega sólo a través de un río de sangre y pesadilla. Historia y geografía, los dos instrumentos de precisión por los cuales los pueblos toman conciencia nacional. Ignorantes intuitivos y reactivos, los bolivianos duermen en el ocio. Estudiar es penoso. Aprender difícil. Moverse y ordenar el país, misión de titanes que muy pocos quisieran afrontar. Por eso escasea entre nosotros el estadista, el conductor de pueblos; y sólo tropezamos con teorizantes o ambiciosos, que van al poder en pos de

utopías o de hacienda, con abstracción de la grave responsabilidad de hacer nación.

Bolivia, la verdad de cada uno, es el enigma para todos. ¿Qué sabe el montañés de los llanos orientales? ¿Qué el hombre de la llanura de los hombres del altiplano? ¿Qué el morador de las zonas templadas del trópico y del Ande? Las diferencias geográficas conforman la diversidad de los grupos étnicos; y el espíritu regresivo de la nación mediterránea — ensimismamiento, molicie, hurañía — cunde por la extensión del territorio, cerrando el acceso a las almas como se cierran las regiones. Carecemos de un espíritu territorial. Enclaustrada en sus montañas, confinada en sus fronteras despobladas, la nación padece ansia de unidad. Examinemos el drama geográfico: es análogo al sino psicológico: allí la desproporción abrumadora entre suelo y poblador, la diversidad y la distancia anulando cercanías; aquí el hermetismo y el recelo, la ruptura espiritual impidiendo entendimiento. La desazón que nace de contemplar la ignorancia en que vivimos respecto al territorio, acrece al observar los accidentes del paisaje humano. ¿Qué es el gobernante para el opositor? "¡Un bellaco!" ¿Qué el opositor para el gobernante? "¡Un despechado!" Y las dos fracciones se combaten enconadamente, despedazando en lucha fratricida la patria que no pueden conciliar sus corazones. Caciquismo puro. Divididos y encontrados viven los bolivianos: divididos por designio de la naturaleza, encontrados en la tempestad de las pasiones.

Unos caen en el nihilismo disolvente, otros en la acción ciega y engreída; pocos son los que afrontando el caos aceptan la inmensidad de una tarea ordenadora, y sacando fuerzas de su propia flaqueza, levantan los soportes del futuro con las dificultades del presente. En Bolivia todos quieren mandar. Nadie quiere servir con humildad y honestidad, en dación de amor, como manda el Evangelio, como sirvieron todos los constructores de patria. ¡Osad, perseverad, buscad la energía en vez del oro! — dijo el pensador novecentista —. No basta. Hoy el mensaje es más explícito y severo. La energía pura, el atrevimiento sin brújula, la suficiencia orgullosa, desembocan al vacío. La nueva voz de orden es una prédica consciente de amor y de acción responsable. ¡Conoceos, disciplinaos, servid sin recompensa! Necesitamos una moral de sacrificio contra la moral de utilidad que nos socava. La naturaleza crece en extensión, el hombre en profundidad, la patria, hija del suelo y del espíritu, en ambas dimensiones, que donde uno ignora la profundidad del sacrificio, tampoco alcanza la extensión de lo durable. A mayor trabajo, celo más hondo. Dinamizado el boliviano, comenzará a moverse el territorio; y por el despertar de hombres y tierras, ascenderá el rumor de patria nueva. Es todo el ciclo poético de las naciones: extensión, profundidad, movimiento. Debemos descubrir la medida física de nuestro país; profundizar su medida espiritual; y recién con el dominio de la una y por la purificación de la otra sobrevendrá la patria surgente de un destino mejor, que al cabo el hombre señor de sí, del mundo y de las cosas, es el núcleo magno donde nacen y perecen todas las acciones.

Por tres caminos podemos avanzar a una patria mejor:

La revisión del pasado.

La dinámica de aventura.

La moral de sacrificio.

REVISIÓN DEL PASADO

Vamos al primero. ¿Cuál es la historia de este pueblo tan antiguo que su existencia no puede contarse en años, tan joven que tampoco se puede medir en siglos?

La leyenda negra de Bolivia nace de una experiencia muy ancha y de un juicio muy angosto. Fueron tantos los acontecimientos y tales los hombres, que la visión panorámica se pierde en el horizonte cárdeno cerrado de tumultos. En sustancia, en colorido, nuestro pasado republicano es el más novelesco del continente; de aquí que el historiador suela extraviarse, perdiendo la visión del conjunto por atender al episodio, cuya riqueza ornamental esconde muchas veces la noble severidad del edificio. La leyenda negra nace de las mutilaciones territoriales, del motín permanente, del caudillaje militar, de esa larga serie de infortunios y desórdenes propios de las naciones jóvenes. Ese espíritu festinatorio, esa impaciencia que un escritor señala como característica de la vida boliviana, a nada se aplican mejor que a la falsa interpretación de nuestro

pasado: se ha visto poco, se ha entendido menos. La festinación y la impaciencia recaen, pues, sobre el juzgador. Y así nace la escuela pesimista: Moreno, Tamayo, Arguedas, son negadores de la nacionalidad. Blancólatra el uno, indianizante el otro, mestizofobo el tercero, todos tres padecen un morbo psicológico de resentimiento y precipitación. Miran el conflicto lógico por su drama personal: Moreno, Tamayo, Arguedas, hombres-islas, islas-pensantes. ¡Estupendos resentidos! Porque la nación no se conforma a sus propias teorías, abominan de ella, imprecan al destino, falsean la historia, reniegan de la raza boliviana — raza mestiza, raza compuesta, raza en formación — porque atentar contra uno de sus elementos étnicos, es ir contra el conjunto indivisible de los tres ingredientes principales que la componen. Bien leídos y en materia sociológica, Moreno amarga, Tamayo engaña, Arguedas envilece. ¿Cuál es la herencia que nos dejan? El odio de clases, la destrucción de los valores, la negación del porvenir. Calamares de la historia, bañan hombres y sucesos en la tinta negra de un pesimismo fatídico. ¡Tanta y cruenta injusticia para juzgar una patria que no ha terminado de nacer! ¿No dicen la biología política y la técnica económica que asistimos recién al despertar de Bolivia? Los agoreros prefieren preparar su entierro. Se ha proferido ya la palabra "liquidación", sin medir el alcance nocivo del concepto, digno de pueblos seniles, no de colectividades jóvenes.

Miremos el pasado republicano desde un ángulo visual más extendido, desechando la falta de probidad y la ignorancia de los sociólogos. Falta de probidad porque no es lícito medir a la infancia con la vara intolerante de la senectud. Ignorancia por desconocer las leyes de la historia, que con ser ciencia tan vasta, sutil y complicada, no deja de tener las suyas, aunque sea arriesgado definir cuándo soplan por ellas el designio divino, la causa natural, o el propósito humano. ¿Qué enseñan esas leyes? Que las naciones como los individuos son organismos en constante mudanza que no caben en marcos rígidos, por pertenecer a una norma fluctuante de formación y deformación. ¡Famosas naciones de la antigüedad, potencias de la época moderna! ¿Qué fueron en su origen o en determinado tiempo? Centros de abyección. La crueldad de los imperios asiáticos estalla al pie del himno védico. Grecia, madre creadora del arte y de la ciencia, engendra el pueblo más ingrato y veleidoso con sus hijos ilustres. La gloria de Roma vacila entre heroísmo y corrupción. El orden metafísico del Medioevo, tuvo que superar primero los horrores de la barbarie merovingia. Y en épocas más próximas: ¿no soporta Rusia siglos de esclavitud, antes de alcanzar su resurgimiento nacional? Inglaterra, dueña del mundo, sapiente conductora de pueblos, ¿no tiene un pasado oprobioso de crímenes y reyes fermentados? Historia es, pues, una sucesión de ondas contradictorias. ¡Ay del que edifica en la espuma sin reparar en la ola! El planteamiento nacional debe ser: no somos mejores ni peores que las demás comunidades que en el mundo han sido. ¿Misericordias? Las tuvieron todas. ¿Grandezas? Ni nos sobran ni nos faltan. Rechazando por igual la lente rosa de los optimistas y la negra lente de los agoreros, nuestra historia ha de mirarse por el vidrio blanco de la verdad. ¿Que nuestro pasado republicano es un descenso? Aunque así fuera; caer no es sucumbir. Hombres y naciones se miden por su entereza para levantarse después de una derrota. Esa rápida desorganización social propia de los Estados en formación, no entraña enfermedad sino salud. Es el vigor excesivo de naturalezas jóvenes que irrumpen de la crisis atropellando todo. La República, para nosotros, representa una durísima enseñanza y una angustiosa experiencia. Caos y promesa de resurgimiento. Esta patria desgarrada por todos los infortunios, lleva en sí misma el sello de su permanencia. "Bolivia, santa y mártir" — clama el novecentismo quejumbroso, sumiéndose en la niebla de la desdicha. ¡Estoica y fuerte Bolivia! — responde el alma joven, superando el desorden con la voluntad de ser.

Una nación no es como un hombre; necesita varios siglos para desarrollarse y redondearse — sostiene Ganivet — y su grandeza no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la historia.

¿Conocen esta ley de crecimiento lento los historiadores tenebristas, los sociólogos jeremíacos que nos dieron un pasado de cieno? No la conocen. Su visión corta comienza en la República, ignorando que antes fueron la Colonia, el Incario, los Imperios Kollas, la Gesta Andina, núcleos vivos, centros de irradiación espiritual que atestiguan nuestra antigüedad. La historia de Bolivia principia con la cosmogenia andina. Para comprender lo que somos, debemos saber lo que fuimos: políticamente somos los más jóvenes, históricamente los más antiguos. Bolivia, pequeño organismo nacional en el siglo XX, es la cuna geológica y cultural de América. Y si nuestra misión actual es una de equilibrio entre mesianismo y debilidad nacionales, no por ello hay que olvidar la grandeza de nuestra permanencia en la historia. La revisión del pasado es obra de la escuela: un mirar más largo, un horizonte histórico más extendido, un sentimiento más hondo del suelo y de la

raza. Pero lo urgente consiste en rectificar el miraje republicano, que por su mayor proximidad es el que más influye en la formación del espíritu nacional.

El fetichismo por lo heroico es peligroso; mas un pueblo sin tradición, es el otro despeñadero de la historia. No hay nación, por pequeña que sea, sin hijos representativos. Nosotros tenemos los nuestros: civiles y militares, grandes y pequeños, héroes al fin, modeladores de virtud en el alto sentido carlyliano, a la medida de su medio físico y espiritual. Exagerarlos, sería injusto. Disminuirlos, ingratitud. ¿Hay ojos que no ven la llamada emancipatoria? ¡Ojos de ciego! ¿Oídos que no escuchan el clamor de las batallas? ¡Oídos de sordo! ¿Corazones que no sienten el sacrificio anónimo de millares de patriotas, que rindieron hacienda y vida por la libertad? ¡Corazones de piedra! Hay más lecciones en la Guerra de los Quince años, que cumbres en la andina cordillera. ¡Estudad, revivid la epopeya del pueblo en armas! Granan los ejemplos, las enseñanzas granan. Para concluir con la tesis humillante del "pueblo enfermo", bastará el sentido resurrector y unificante de la gesta libertaria: todos fueron, si no grandes, dignos, lo mismo los caudillos que las muchedumbres. Y si el cholo Pedro Domingo Murillo va en cabeza, es porque supo llevar hasta el patíbulo su convicción de patria libre.

Quince años de lucha por la libertad... Es algo que no meditamos lo suficiente todavía. Aquí no lucen el paladín homérico ni el caballero medieval. Pero estos varones intrépidos que a fuerza de coraje y de constancia, conquistaron para nosotros el derecho de vivir libres de esclavitud, cumplieron el precepto senequiano: no dejarse vencer por nada, mantenerse Siempre erguidos, en la prosperidad o en lo adverso, merced a la fuerza-madre interior, al eje diamantino del espíritu. ¿Buscó alguno fama, poderío? Sólo el derecho de vivir en la igualdad; criollos, mestizos, indios, construyen con su sangre patria autónoma. Acobardado por la ausencia de un escenario épico fastuoso, hay historiador que lamenta la falta de héroes en la Guerra de Emancipación. Los héroes se hace a la medida de los pueblos: si grande es nuestra fe, grande será la tradición; si mísero el sentimiento nacional, mísero el recuerdo, El error está en pensar que sólo hay heroísmo en las batallas. Bolivia tiene dos tipos de héroes que construyen las naciones: el héroe-muchedumbre y el héroe-conductor.

El héroe-muchedumbre está formado por labradores, artesanos, pequeños propietarios, estudiantes, profesionales, peones, soldados, toda la variedad de la fauna social. En él se confunden criollo acomodado, el cholo ambicioso, el indio resignado. Y esta es, quizá, la más alta forma de heroísmo, porque nadie entraba a la multitud para hacerse un renombre, sino para servir oscuramente un ideal de libertad. Nataniel Aguirre ha evocado en Juan de la Rosa esos tiempos ejemplares; este libro relata en forma patética y poética, el dramático nacimiento de la república. Furor de actuar, afán de inmolación. Hombres y mujeres, niños y ancianos, rivalizan en valentía; las mujeres de la Coronilla, no son sino la concreción episódica de esa voluntad de ser nación. ¿Cómo pueblos diminutos, desorganizados, sin ciencia estratégica, sin equipo militar, pudieron acabar con el Imperio Español? El héroe-muchedumbre en nuestra historia nacional, supera — si no en grandeza — en largueza al héroe-muchedumbre de cualquier país sudamericano. Por eso, habiendo sido los primeros en alzarnos contra el yugo peninsular, fuimos los últimos en obtener independencia. Y esto solo debería bastar —el sol de la constancia— para desmentir la negación de los sociólogos.

El héroe-conductor no es menos digno de renombre. Podríamos formar el Romancero Boliviano, si nuestros poetas buscaran inspiración en las vidas heroicas que animaron la Guerra de los Quince Años. No hay figura que alcance la estatura de un Cid; pero varias que semblan nietos del Campeador. Comencemos por los precursores, porque con ellos nace la república. Los dos Catari, Alonso de Ibáñez, Antonio Gallardo, son la primera lección viva del pasado inmediato. No es su intrepidez para el combate la que se debe recordar, sino la entereza con que abrazan un ideal de autonomía. Son ellos: los precursores, paladines de un torneo sin palenque rompiendo yugos como romper lanzas; y porque supieron entregar sus vidas por amor, la salvan —como dice el místico— para una eternidad de gloria. La gesta de los guerrilleros es cosa de maravilla; el heroísmo de la humildad contra el heroísmo de lo épico. Se sirve sin esperar recompensa. Se lucha, se sufre, se calla con estoicismo indio. Pero nadie se rinde. Unos eran fuertes y enérgicos, otros pequeños y nerviosos; todos desnutridos, mal armados, acosados por un adversario más potente en recursos y en ciencia militar. Maestros de la estrategia improvisada, se adaptaban al lugar y al instante, cada cual peleando en su pequeño grupo, sin esperar ayuda, sin pedir ni dar cuartel, reducidos a su propia iniciativa y a su solo coraje. Los guerrilleros de Kutuzov, hostigando

a las huestes napoleónicas después de Borodino, son menos grandes que los guerrilleros altoperuanos que salvaron de asalto en asalto, de retirada en retirada, de aventura en aventura, y en cinco mil días de lucha cruenta y desigual, el derecho a vivir libres de opresión.

¡He aquí un estado mayor que disputarían el mármol y la lira, escogido entre ciento dos caudillos, de los cuales sólo nueve sobreviven a la victoria final! Warnes, los dos Lanza, Mercado, Camargo, Zárate, Arze, Betanzos, el cura Muñecas, Méndez, Arenales, José Miguel García Lanza, Manuel Ascensio Padilla y Juana Azurduy de Padilla, prototipos del héroe cuyas hazañas bastan para decoro de un pueblo. La Guerra de las Republiquetas, que arranca la admiración del historiador extranjero, ha sido subestimada por los bolivianos. Todavía ignoramos los tesoros de heroísmo y edificación moral que guardan las guerrillas: vidas extraordinarias, protagonistas de biografías que aún no se escribieron, porque habituado a vivir entre montañas, el boliviano no repara en eminencias geográficas ni humanas. Por sólo esta guerra trágica y genial, fecundada en mártires, proezas y caudillos, podemos decir que no somos hijos del azar, sino herederos de una epopeya de valor y sacrificio.

El santoral patrio es rico en figuras señeras. Recordemos tres entre decenas. ¿Se quiere un modelo de adalides frustrados? Lo tenemos en Clemente Diez de Medina, gestor del movimiento abortado del 30 de marzo de 1809, combatiente en Maipú y Chacabuco, que después de sacrificar hogar y hacienda a la causa libertadora, cede el mando a Murillo comprendiendo que sus antecedentes familiares le impedirán conducir el movimiento revolucionario. En los primeros tiempos de la república, al conocer el atentado contra Sucre, Diez de Medina rompió con los hombres encerrándose veinte años en su finca de Calachapi. Así fueron los fundadores de la república: grandes en el hacer, grandes en el callar. ¿Se busca una figura romántica, que inmortalice el coraje y el lirismo de la raza? He ahí Huallparrimachi, noble por su ascendencia indígena, noble por su origen hispano, noble por sus sentimientos. El dulce poeta quechua, que suavizara con su zampoña trémula el áspero destino de los Padilla, rindiendo la vida en flor en un combate, es el símbolo de esa juventud alto peruana que fue a la libertad por los caminos de la muerte. ¿Se pide un caudillo entero, tallado en fibra pura, capaz de sobreponerse a la flaqueza, a la calumnia, y a la ingratitud? Nombremos a Murillo, el valeroso, el astuto y calumniado, que redimió en la horca la desdicha de pertenecer a un pueblo negador de sus valores. El Caudillo de Julio es el arquetipo de la más alta varonía, de aquella que se recupera aún del error o la caída para proseguir su misión. A Murillo hay que medirlo con la vara de la grandeza y de la miseria humanas: un hombre. Entonces aparece verdaderamente grande, porque no es el hijo del destino favorecido por los dioses, sino la criatura de su empeño que se forja aún contra el designio de los hados.

¡Estoica y fuerte Bolivia! ¿Por qué se mira sólo tu decrecer territorial, olvidando la virtud de un pueblo fortalecido por el dolor?

La República no es el caos, sino el resplandor sobre el abismo. ¿Qué oponer a las miserias del pasado político? Un puñado de nobles y altas enseñanzas. Por cien desastres, diez victorias; y no hablemos de empresas guerreras, sangrientas y fugaces, sino de aquel otro modo de victoria, cuando el hombre en lucha consigo mismo al vencerse a sí, acaba por imprimir su propio decoro a la comunidad que lo contiene. Junto a la patria sombría del caudillaje y del desorden, se alza la patria pura de los varones rectos, si menor en estatura, mayor en fortaleza espiritual, que al cabo el tiempo disuelve los horrores de los déspotas y magnifica la tarea de los justos. ¿Fueron las revoluciones pasto de ambiciosos? También el arma de los pueblos para defender su libertad. Por cada diez revoltosos asalariados, hay siempre un ciudadano consciente que lucha con desprendimiento en la monotonía republicana; y el sacrificio de ese hombre consciente nos redime del tumulto colectivo. No todo fue abyección o indiferencia. Baste recordar que cuando sable y espuela señorean el escenario patrio, cuando las gentes acobardadas enmudecen y la vida de los bolivianos pende del que manda, un tribuno salva la dignidad de su pueblo denunciando los errores del despotismo analfabeto. Evaristo Valle no es el único "thunupa" en la hoguera republicana; otros como él desafiaron virilmente al despotismo. No hay que detenerse mucho en las luces de Iruya, de Socabaya, de Ingavi, ni en las sombras del Pacífico, del Acre, del Chaco. Reflexionemos más bien en este milagro de resistencia; cómo un pueblo siempre impreparado, escaso en conductores, pobre de recursos, lucha valerosamente por sus fronteras afrontando las dos hidras del aniquilamiento nacional; un adversario más potente que golpea desde afuera, y un enemigo interno que debilita desde adentro. El sacrificio de millares de bolivianos caídos en seis guerras, nos gana

el derecho a la supervivencia. Bolivia debe tomar su fuerza de su propia debilidad: aprender de sus yerros, levantarse en las caídas, unificarse en el ideal y en el esfuerzo. La constante desmembración territorial sólo admite un corolario: conocerse, comprenderse, luchar por una estructura nacional firme y coherente. Compactarse.

¿Por qué se magnifica la patología histórica y no las enseñanzas éticas? Porque se confunde historia con anécdota y tradición con melodrama; pero se producirá un cambio de eje fundamental en el modo de concebir la historia y en la manera de enseñarla, en la formación misma de nuestro carácter nacional, cuando se conceda escasa atención a los bandidos y mucha a los honestos. El cambio de concepto, el cambio de enseñanza, deben ser totales: subestimar la destrucción, destacar los constructores. Todo ese período rojo, esa época sangrienta y de pesadilla, cuyos capítulos se nombran "belcismo", "melgarejismo", "dacismo", debe ser reducido a su mínima expresión. Basta de motines, revoluciones y traiciones. Todas las fechorías de los demagogos y los déspotas que entenebrece nuestra historia, nada son frente a una sola vida de virtud y de trabajo. Es injusto, es pernicioso que concedamos tanto campo al recuerdo de figuras como Belzu, Melgarejo, Yáñez, Daza, y tan escaso a la memoria de Taborga, Indaburo, Santistevan, Bosque, verdaderos guías de la grey cristiana. Los historiadores nacionales se acercan con morbosa preferencia a los tiempos de tumulto y de vesanía, volteando las espaldas al trabajo paciente y abnegado de los justos. ¿No es una aberración que hasta los niños sepan cómo fueron las Matanzas de Loreto, mientras pocos son los adultos informados del genio científico de Aspiazu? Si nuestro medio es rico en perfidias y desórdenes, es porque la escuela enseña perfidias y desórdenes; la finalidad pedagógica de enseñar con el mal ejemplo, se destruye frente a un morbo psicológico de imitación: la audacia, la traición, la irresponsabilidad, nos son inculcadas con ese concepto policiaco de la historia, que hace de luctuosos sucesos memorables hazañas. ¿Cómo se debe enseñar la historia? En vez del motín y del botín, la servidumbre de las causas nobles. El superior espíritu de aventura, capaz de rendir la vida por un móvil altruista. La fe, la constancia, la abnegación de los caracteres intrépidos. La virtud paciente, la mansedumbre fuerte de los rectos. Y sobre todo la lección del idealismo consciente, de la energía contenida que sabe de dónde parte y a dónde llegará, contra la farolería caciquista y la violencia desatada, que con una mano levantan torres de grandeza y con la otra las derrumban. Contra el genio levantisco de la raza, oponer la dura escuela ascética de los hombres de acción: hay que mirar largo y tendido sobre las rutas de Campos, de Palacios, de Vaca Díez, de Armentia, de Pando, de Suárez; geógrafos, exploradores, colonizadores, que abrieron con su celo y su desvelo las puertas de la gran nación futura. Estos son los auténticos creadores de patria, las vidas ejemplares que Bolivia debe honrar, infundiendo a las nuevas generaciones ese "genio caminante" que hace de pequeñas colectividades grandes pueblos.

Una ley biológica determina: luchando, transformándose, violentando al azar se hacen las naciones. Si a cuchillada lenta la naturaleza, a puñal tajante la historia. En los cuerpos orgánicos como en las comunidades saludables, sobreviven solo aquellos que resisten y superan el desastre. Bolivia, imán de adversidades ¿no es también la aguja magnética de un renacer futuro? La República ¿no ha sido un prodigio de supervivencia en el torbellino? Y este aferrarse inaudito a la vida; esta conciencia social en lucha desesperada con la barbarie; esta voluntad de resistencia obstinada ¿no valen por una ética de superación? Batalla sin tregua, gesta apocalíptica contra la naturaleza, contra el destino, y entre los hombres, acaso dará estabilidad a la nación cuando cada cual se haya templado en el dolor.

La historia —dice un moderno investigador— es como la vida humana: imprevisible, espontánea, como ella hija del momento, de la situación y del carácter adverso de los personajes de su drama. Se verifica en la lucha, por saltos y sorpresas, pasando de la hybris al equilibrio, por una ley bienaventurada de transformación. Los grandes pueblos no tienen "un" origen, "un" apogeo, "una" decadencia; están naciendo, creciendo, decreciendo, y renaciendo siempre. El saber histórico es pues un saber en movimiento, que fluctúa entre miserias y excelencias. ¿Que la República ha sido entre nosotros un fracaso? Error de visión: sólo un contraste pasajero. Y aquí está, para demostrarlo, el friso heroico de los adalides, que Bolivia también los tiene como probanza de su decoro nacional.

¡Friso pindárico de los creadores y sostenedores de Bolivia!

Lo abre la pareja sagrada: Simón de América, José Antonio de Ayacucho, guerreros de leyenda, padres de pueblos, manes tutelares de la patria andina. Viene luego Santa Cruz, el Protector, cuyo genio político se anticipa en un siglo a su tiempo. Creador de las bases jurídicas y económicas del Estado naciente, el mariscal de Zepita dio a Bolivia peso propio en el juego continental. Sin la espada de Ingavi, la obra del crucismo habría perecido. José Ballivián defiende y consolida la nacionalidad, combatiente afortunado, gobernante constructivo, Ballivián completa la tarea ordenadora de Santa Cruz. De mirar más largo el Hombre de Zepita, de zarpa más precisa el de Ingavi, ambos se integran y unimisman en la misión de afirmar una patria dispersa. Linares, la gran figura trágica de nuestra historia, aparece nimbado por el esplendor de un sueño excesivo y el halo tenebroso de una voluntad inexorable. Es el Reformador, el gran "thunupa" republicano, que atiende a la enmienda de la conducta y arroja del santuario de la patria a los fariseos de bota, de levita, de poncho y de sotana. Queriendo hacer una nación, Linares se destruyó a sí mismo; y si un alma se mide por la estatura de su sueño, el Dictador era en vejez muy grande para un medio muy pequeño. ¿Qué decir de Frías el incorruptible, que se mantiene sin mengua y sin reproche en la vorágine de las pasiones? Frías simboliza la tradición civil en su grado más excelso. Adolfo Ballivián, perfil romántico y sereno en el turbión del caudillaje, encarna el noble señorío de los patricios antiguos: buscad en él la pureza, el idealismo, la acción infortunada de los grandes soñadores. Campero o el deber. ¿No es así como debemos honrar al único caudillo militar que respetó la ley desde el poder? Narciso Campero es el despertar de la conciencia nacional, el Moisés paciente y esforzado que conduce a su pueblo entre riesgos y penurias, en pos de la tierra prometida de un destino mejor. A Campero hay que recordarlo en esa escena esquiana del Campo de la Alianza, cuando envuelto en los pliegues de la tricolor sale al encuentro de un segundo ejército después de haber perdido otro, enseñándonos con su fe y con su constancia a ser hombres en la derrota. Arce, minero y visionario de las ferrovías, también es grande a su manera; la Nación le debe empresas industriales, caminos, su vinculación por el riel a la costa del Pacífico; y un espíritu tenaz y laborioso digno de imitar. Baptista, tribuna insigne, católico militante, consumado político, no es menos admirable que Pando, geógrafo, explorador, y hombre de Estado, cuyo gobierno se asienta en el orden y en la responsabilidad. Montes, creador de la nación moderna, luciría sin desmedro junto a los mejores estadistas europeos. Aún dentro de las limitaciones de su época, jamás Bolivia fue más Estado, en el sentido político y realista del término, que durante los veinte años que la condujo —directa o indirectamente— la mano ordenadora de Ismael Montes. Montes o el carácter: he aquí lo que debemos aprender. Saavedra, caudillo intolerante y combativo, es el político que construye sin dejar de combatir. La nación le debe progreso y sentido previsor; y el ejemplo de ese estilo kolla de gran empuje que avanza a través del acierto o del error, de la cordura o la violencia, pero avanza siempre, porque avanzar es construir. Tejada Sorzano, el gobernante responsable, aunque su paso por el poder es breve, pasa en trance decisivo con eficacia y dignidad; hay que retener la enseñanza moral de ese trance. Y aún tenemos para cerrar el friso, dos figuras singulares. La imagen de la senectud extraviada: Salamanca, que aún dentro del error es siempre grande. Y el perfil de una malograda juventud: Busch, capitán el Chaco, símbolo de la osadía, del espíritu resurrector de nuestro pueblo, que fue a encontrar en el caño de un revólver, la patria que no pudo forjar con sus manos presurosas y angustiadas.

DINÁMICA DE AVENTURA

Si la revisión del pasado entraña un nuevo sentido de patria, la dinámica de aventura será el instrumento para realizarla.

"Guerra es la vida del hombre sobre la tierra", enseña el Libro de Job. Y el mejor combatiente será siempre el inconforme, el rebelde contra sí y contra el mundo, el eterno insatisfecho en la aventura humana. El que se mueve, el que busca, el que combate. Mas no hay que confundir dinamismo con actividad desenfrenada, ni aventura con mero amor a lo desconocido, fuerzas ciegas que desembocan al vacío. Sólo cuando el pensar concierta con el obrar, cuando detrás de la acción hay un móvil responsable, aparece la dinámica de aventura, que es una explosión de energías físicas al tiempo que una disciplina espiritual. Movilizar el ser — cuerpo y alma al par — en una empresa de constancia y de conciencia. ¡Partir! Es hoy la voz de acicate. ¡Llegar y organizar! La meta que cierra la aventura. Basta de motines y oratorias, fuera la energía sin freno. El mundo necesita varones más fuertes y más ágiles, adecuados a una sociedad que será cada día más sabia, más sutil, más complicada y también más exigente.

Confiemos en un renacimiento nacional como confiamos en el poder resurrector de la naturaleza humana. Amar a estos indios, a estos cholos, a estos criollos bolivianos tales como son, con sus virtudes y defectos. Sentirse partícipes en sus ascensos y caídas, responsables por sus aciertos y sus yerros. Rechazar a los que perdiendo la confianza en sí mismos, concluyen por perder el amor su pueblo. Disentir de los que triunfando en la montaña, buscan patria grande para sus hijos en suelo ajeno. A los inertes rechazar; a los que soslayan el espíritu de disciplina por el espíritu comodidad; a los censores implacables que adormecieron la fe las multitudes con la exhibición de su miseria. Repudiar el desorden que paraliza, la politiquería que estrangula, el regionalismo que socava. Combatir el resentimiento, el impulso de pendencia, la explotación de los más. Pero aún reconociendo los males que nos afligen, presuponer la honradez intrínseca de cada cual, la capacidad regenerativa de los que erraron, el poder reconstructor los que fueron fieles a su ideal. Pensar que no hay mejora donde no hay enmienda; y que si anhelamos el resurgimiento colectivo debemos empezar por una mística individual de disciplina y rendimiento. Es la hora del impulso consciente y de la acción inteligente. Un partir que es un celar. Un andar que es un arder, Un llegar que es un partir. La tarea recomenzada del buen aventurero, sólo acaba con la vida: ¡siempre en ansia de mudanza y ordenanza, en busca del riesgo y del esfuerzo siempre!

¿Qué es lo que Bolivia necesita? ¡Hombres, solamente hombres! Voluntades de razón, no de violencia. La arrogancia del atleta, la elocuencia del político, la voracidad del negociante, no son los tipos de energía que requieren las naciones jóvenes; es la fuerza disciplinada la que mejor sirve a la comunidad. Los pueblos tienen hambre de virtud, sed de eficiencia: aquí y en todas partes. Varones íntegros, generosos y resueltos, como aquel Guachalla que deseando sustituir el caciquismo por un sentimiento democrático, decía: "El pueblo mandará y yo obedeceré". No hacer patria con criterio de mercaderes y deportistas, sino con la norma del padre de familias bíblico: asentando la prosperidad de la casa en la virtud del hogar. Nada que se asemeje al varón rudo de la civilización utilitaria, simple energía, músculo puro, instinto sin freno; mas el hombre fuerte dotado de alma y de razón; el que reconoce en la ley moral la ley de elevación de rango del universo; el que hace de la aventura humana una servidumbre voluntaria, un infinito aprendizaje en pos de una verdad y un bienestar que debe compartir con los demás.

Bolivia es un país nocturno: duerme. También los bolivianos son hijos de la noche: esperan. ¿Qué esperan? Acaso olvidaron que el hombre es criatura de sus obras y la nación hechura de sus hombres. Un inmenso territorio inexplorado, una pequeña población dormida, exigen la tensión salvadora del esfuerzo ininterrumpido: por la inquietud de los espíritus, al dominio del mundo y de sus cosas. Fuertes almas, viriles voluntades, para emplearlas en una dinámica de aventura que sacuda el organismo nacional. Vikingos — diría Europa. Pioneros — la América del Norte. El Ande responde: "Mallkus", señores de sí y de su suelo. Mallku, sapiente nombre indio, cargado de sentido para el desorden actual. El que sabe mandar, pero también el que sabe obedecer. El que toma la carga más pesada porque se le dio la más alta jerarquía. El que anuncia, el que ordena, el que dirige la batalla del mundo y el combate de las almas. El primero en el peligro, el último en el goce. Mallku: la mitad lleno de brío, la mitad rica experiencia. El que conduce no por ambición, sino por un sentimiento de responsabilidad social. Mallku, identificado en la leyenda aimára con el pájaro totémico, que como el cóndor es el de más largo mirar y el de vuelo más osado.

¿Aparecerá algún día entre nosotros el juvenil e intrépido impulso de conocer y de actuar, que hizo la grandeza de los griegos? ¿El mozo veinteañero que diga a su padre: "me voy, la ciudad me hastía; quiero saber qué hay más allá, formarme en tierra virgen, luchando contra la naturaleza y el destino?". Esa juventud existe, aguarda su oportunidad; tal vez comenzó ya su tarea, en forma tan reducida y silenciosa, que no la percibimos todavía. Es la fuerza surgente que se anuncia en el muchacho conductor de camiones, aquel que fortalece su carácter por los pésimos caminos de la patria. Un camión se enfanga en el altiplano. Bajan sus ocupantes, trabajan dos, tres horas, fracasan en rehabilitarlo. Alzan luego los ojos al horizonte y se ven perdidos en un páramo infinito: ¿dónde pedir auxilio? Por la desierta inmensidad de la meseta sólo hay silencio y soledad. Caminan largamente, hasta dar con una casucha indígena. ¿Qué puede darles el indio? Apenas tiene para su propio sustento; vive en la miseria y el abandono. Regresan los viajeros al camión y pernoctan en su plataforma, arropándose como pueden. Al amanecer, recuperando energías lucharán con el fango y saldrán adelante. Pero esa noche, bajo el cielo estrellado, meditan acosados por el viento de las punas: nuestra patria es esta inmensidad, este silencio, esta miseria,

este abandono. Necesitamos poblar esa inmensidad, ahuyentar ese silencio, combatir esa miseria, colmar y animar ese abandono. En ellos, los viajeros, en los que se movilizan por sus propios medios, en los que afrontan la inmensidad y la dificultad del territorio, en los que reflexionan, aprenden y vencen del medio circundante, ahí alienta el espíritu de lucha, la dinámica de empresa que la nación requiere para un desarrollo orgánico.

Hay que movilizar al boliviano dentro de Bolivia. Lanzarlo a la aventura geográfica, a la peripecia viajera, a la comunicad territorial. No en son de turismo fiscal o privado, que es el modo de viajar, sino en empresa de riesgo, en aprendizaje directo con los hombres y las cosas, en contacto entrañable con lo que se quiere conocer. Porque viajar, entre nosotros, es todavía una escuela de formación moral. ¡Guay del que carezca de espíritu iniciativa! Una abrupta naturaleza, la escasez de lugares poblados, el mal camino, la incomunicabilidad étnica y regional, miseria, soledad, silencio, son las espuelas ascéticas que requiere un carácter fuerte. ¡Si la energía estéril consumida en las luchas civiles se hubiese empleado en la exploración del suelo! Entonces conoceríamos Bolivia en su entrañable realidad —suelo, raza, cultura— y conociéndola seríamos los dueños efectivos de nuestra inmensa heredad y los señores de su destino. ¡Viajar, viajar! Necesitamos criaturas de voluntad, viajeros incansables. El día que el valluno sepa cómo vive el llanero, el día que el llanero conozca cómo reacciona el hombre de las punas, el día que el montañés se entere de la psicología en los llanos y en los valles, ese día estaremos en los umbrales de un conocimiento nacional. Dinámica de aventura será pues un moverse dentro del propio y extensísimo solar: una marcha hacia adentro. Bolivia debe conocer Bolivia. Con riesgo, con tesón, con sacrificio; porque avanzar y aprender y hacer en un país nocturno, es tarea más dificultosa que prosperar dentro de las naciones diurnas, donde la acción humana se simplifica por la máquina y la técnica. Viajar, aprender, enseñar y aplicar lo que se aprende; como viajaba, aprendía, enseñaba y aplicaba lo aprendido, Alcides D'Orbigny, el sabio francés que conoció Bolivia mejor que los bolivianos, porque supo recorrerla y padecerla en largos años de aventura científica, cuando viajar por ella era todavía una brava hazaña.

¿Cuál será el arquetipo juvenil? El hombre integral que pide vorágine contemporánea: osado, aventurero, consciente de su fuerza, responsable por sus actos, infatigable en su adecuación al cosmos dinámico que habita. No precisamente el triunfador, sino el emprendedor de su proeza, si por proeza entendemos la transformación del ideal en realidad. Aventura ha de entenderse como llamado a la acción. Aventura es esa vibración secreta que impulsa a desconfiar del nombre, que aleja del alero paterno, del empleo burocrático, del respaldo económico y social, para buscar fortalecimiento del carácter en solitario aprendizaje. Aventura uno que sale del montón para decir su verdad; el que busca el peligro porque se avergüenza de lo cómodo y lo fácil. La aventura que nuestra juventud requiere no es una marcha de audacia hacia el poder, sino un lento y duro aprendizaje de saber. Saber práctico, saber directo, elaborado en el gran libro de la naturaleza: aprender a conocerse, para saberse organizar. Avizorar, explorar, removerlo todo, cada cual dentro de su pequeña órbita individual insatisfecho siempre con lo hecho, porque no hay superación sin descontento. Bien mirado, lo que necesitamos es una muchedumbre de inconformes —no de resentidos— capaz de poner en marcha esta nación dormida con su fe, con su intrepidez, con su tesón. Aventureros del ideal, aventureros de la acción, no por recurso desesperado del fracasado social, que es la forma más baja de aventura, sino por dinámica de empresa, por voluntad de riesgo y creación, por sentimiento de responsabilidad moral en un país que exige mayor rendimiento a los mejores. Y no se piense que a aventura es patrimonio de caminantes y pioneros; también el sedentario hará su parte, porque el pensamiento es un modo de la acción.

Un extraño, un extraño inteligente que viniese de fuera, preguntaría asombrado del sopor nacional: "¿Pero qué esperan ustedes? ¿Por qué no se movilizan sobre esta inmensidad geográfica? ¡Muévanse, hagan algo, concerten sus esfuerzos!" Esta es, en el fondo, buena parte del drama nacional: estancamiento fisiológico, incomunicación interna, molicie espiritual. Apenas se comprende que nación intrínsecamente tan rica, sea potencialmente tan pobre; y es que el retraso colectivo proviene de la indiferencia y el desorden de las vidas individuales. ¿Debe la comprobación de este hecho sumimos en el desaliento? ¡No! De pueblos más retrasados, surgieron mayores naciones. De orografías adversas, comunidades más armónicas. De sueños más pesados, acciones más ligeras. ¿Qué aguardamos? La voz de mando ha venir de adentro. Bolivia será una nación en marcha, el día que cada uno de sus hijos salga al encuentro de su propia aventura personal: despertar, despertándose; hacer, haciéndose; mejo mejorándose. ¡Todos

inconformes! Porque nadie puede estar satisfecho de sí mismo en esta trágica agonía de montañas, donde la piedra parece atraer y detener la voluntad. ¡Todos inconformes, activos y resueltos todos! Cada cual piloto de su ruta. Acaso alcancemos la estabilidad nacional, por el camino humilde y austero de una realización individual. No importa lo que se haga; hacerlo bien. Y cuando cada cual se haya movilizadado hacia su propia perfección, una muchedumbre en marcha saldrá al encuentro la patria que conquistaron nuestros abuelos, que usufructuaron nuestros padres, y que a nosotros tocó padecer y rescatar en presente adverso.

El mundo actual pertenece al entusiasta-dinámico: el quiere hacer cosas. Al ideal del joven-águila que se desprende la leyenda lawrenciana: voluntad de independencia, ansiedad horizontes, pasión de altas empresas a costa de los mayores sacrificios. Y el alma siempre insatisfecha, porque el verdadero hombre de acción se temple en la discordia con el mundo, pero jamás termina la guerra civil de la conciencia.

Bolivia necesita almas ardientes, voluntades intrépidas, para subsistir como nación. ¡Alzaos de la conformidad y de la holganza! El mundo quiere ser conquistado; todos los días hay que descubrir el mundo. Que el espíritu de aventura despierte las almas y encorajine las voluntades. Una cruzada territorial toca a nuestras puertas; nuestra heredad inmensa pide acción. Necesitamos almas jóvenes y enérgicas, que organicen su morada nacional con la misma pasión que la conozcan y recorran en sus modalidades regionales. ¡A conocer y padecer la patria, para rescatarla el deber de cada día! y cuando la juventud boliviana sea una muchedumbre en empresa de aventura, la nación estará saliendo encuentro de sí misma.

MORAL DE SACRIFICIO

Pero aún falta lo más arduo: la moral de sacrificio.

A la pregunta del adolescente que interroga: "¿qué es la patria?", sólo cabe una respuesta: "¡mira en ti: ésa es tu patria!" No son los hombres espejo de las patrias sino las patrias reflejo de sus hombres. Somos pequeños porque somos flojos. Practicamos el principio táctico del civilizado: buscar la línea de menor resistencia, para obtener las mayores ventajas a costa del menor esfuerzo. El dinero no es un medio para elevar al hombre, sino un fin en sí, un instrumento de poderío y de holganza, encargado de aminorar sus fatigas y de aumentar sus placeres. Nuestra debilidad nacional arranca de una moral colectiva de utilidad y de confort. Aburguesamiento, burocracia, pereza, son las tres plagas del carácter nacional; es la moral de la comodidad, que enerva y corrompe juventudes. Nos falta el idealismo del poeta, la intrepidez del pionero, voluntad de movimiento y de combate. Debemos alzarnos más que contra un estado general de molición y chatura espiritual, contra ese espíritu de comodidad que roe lentamente al boliviano. Necesitamos una empresa de fe, una dinámica de aventura, un impulso de renovación. Abrirse paso no por el punto más débil, como lo practica una moral utilitaria, sino por la línea de mayor resistencia, la que buscan las almas abnegadas, porque saben que la verdadera victoria es hija de la dificultad y del esfuerzo. Necesitamos una moral de sacrificio.

Bolivia es un punto ardiente y lejanísimo, hacia el cual avanzamos todos partiendo de infinitos puntos geográficos, como convergen los radios al centro del círculo. Toda una vida es corta para marcha tan extensa. Cada camino como cada caminante: distinto y solitario. No importa lo que hagan los demás, si uno cumple honradamente lo suyo. Avanzar, avanzar sin tregua, venciendo obstáculos, devorando leguas, rechazando dudas, soportando castigo y sufrimiento. Como la muchedumbre de las aves en el "Mantic-Uttair", muchos sucumbirán por el camino, en pos de Simourgh, el ave maravillosa que conoce el secreto de la unidad divina y de los seres. Pero habrá una aurora de gloria, una de esas auroras que el Upanishad reserva para nosotros, para nuestros hijos, o para los hijos de nuestros hijos, en que millares de caminantes fatigados llegarán al punto que parecía ardiente y lejanísimo, y asomándose a su borde como al brocal de un pozo inusitado, se reconocerán en el espejo de sus quietas linfas: porque patria es la marcha de todos en la búsqueda incesante de uno mismo. Y quien quiera patria digna, se ha de aniquilar primero en el misterio de la servidumbre voluntaria y de la salvación por el dolor.

En un país donde todos quieren mandar y usufructuar, se necesita arquitectos de almas que rehuyan la insensata pedagogía de acrecentar al hombre físico en desmedro del hombre

espiritual. Desconfiar del orgulloso y del violento, del cacique y de la espada, porque nunca de pequeñas pasiones salieron grandes causas. Volver los ojos al varón de entereza y de virtud. Exaltar en los que llegan al genio de la verdadera juventud: pasión de ser y hacer comenzando por la pureza de conducta. Aspirar —como aspiraba Hölderlin— a una humanidad más alta por la elevación de cada cual.

Hay una desviación moral en la vida moderna. Se nos enseña ciencia mnemónica, conocimientos técnicos, práctica administrativa; pero nada que permita pensar y proceder con rectitud. La eficiencia ha sustituido a la virtud, la moral utilitaria a la moral de formación espiritual. En el hemisferio sud, con raras excepciones, capataces y mandones hacen las veces de estadista. ¿Cuántos distinguen entre mandar y responder por ese mando? Muy pocos. Y el alma, en esta inmensa pugna de apetitos ¿cómo encontrará su propia jerarquía? La sociedad moderna no se cura por casos de conciencia. ¿Qué puede importar un alma a millones de seres empeñados en la lucha mortal de cada día? Y este es, no obstante, el nudo del problema: la sociedad se desintegra por falta de una estructura moral, de un principio de orden y de amor que dé sentido a sus manifestaciones exteriores. El derrocamiento de los valores espirituales, ha traído consigo la confusión social. Si aspiramos a restablecer el equilibrio entre hombre y mundo, aquí y en todas partes, debemos comenzar por enseñar virtud antes que administración; porque no hay saber positivo, saber práctico y estable, como recuerda Max Scheler, donde no hay previamente un saber de salvación.

Busquemos, formemos al "hombre de hombres" de que habló el poeta: fiel a su deber, a la amistad, a la pureza victoriosa de un ideal o de un amor lejano. El conquistador de su propia grandeza, aquel que considera la vida como una cruzada contra el mal, que hace de la debilidad una aspiración a la fuerza, y de la fuerza una responsabilidad indeclinable. El juez implacable de sí mismo, el protector de los demás. El insurgente, el resurgente, el que toma sobre sí la propia carga y comparte las ajenas. El héroe, en fin, en el sentido más noble y duradero: el que sirve por honor de servir, con olvido de la gloria y del dinero. Se dirá que este tipo de hombres casi no existe en Bolivia. Es verdad; por eso Bolivia subsiste apenas en el concierto de las naciones. Mas la salvación comienza por el reconocimiento de la verdad; y por uno que se salve, se rescatarán millares.

¿Cómo fortalecer a las conciencias mozas? Por la probanza de la virtud en la historia. Por un Linares, por un Frías, por un Campero, hay siempre diez mil bellacos. Bolivia es ese Linares, ese Frías, ese Campero; quedan su ejemplo, su obra y su zozobra. De los bellacos ¡nada! Y no importa que los más vivan en la holganza y el desorden si algunos son capaces de heroísmo y de humildad.

Hubo un tiempo en que el pionero norteamericano fue arquetipo de juventudes; representaba la energía dinámica, la astucia sabia, la voluntad incontrastable de ser y de poder. Contra ese varón osado, utilitario, alzó Rodó la imagen diáfana de Ariel, el genio de la razón serena, del idealismo delicado. Ambos corresponden a etapas superadas de evolución social. Del pionero surgió una gran democracia industrial. Del arielismo su antípoda; la pasión de soñar y de pensar con belleza, el sentimiento estético que ha hecho de pequeñas naciones centros de inquietud espiritual. Más no habitamos hoy el mundo primitivo y desbordante del pionero, ni la morada armónica del soñador. La era atómica, la civilización que ha hecho de la mecánica y de la biología los instrumentos más poderosos para el sondeo del hombre y la expansión del orbe que lo contiene, piden hoy algo más que el coraje del pionero, algo más que la pasión del soñador. Crecieron tanto las fuerzas, se han complicado en tal forma las actividades del civilizado, que espíritu y voluntad naufragarían si no buscaran el contrapeso de su mutua oposición. Los pueblos piden hoy varones justos y resueltos, activos y conscientes; ese tipo combinado de padre de familia y de estadista, a la manera roosveltiana, que vela por las muchedumbres como velarían por sus hijos. El idealista-práctico, aunque suene a paradoja, que hace de sus sueños una edificación exterior, y de sus empresas materiales un riesgo espiritual. El hacedor de patria, activo y responsable por todo cuanto emprende. Ni energía pura, ni descabalado sueño; la visión lúcida de una severa realidad, que exige a los mejores el mayor rendimiento en el esfuerzo y el celo más extremo en el propósito. El nuevo precepto délfico reza así: "¡como tú seas, será ella; como ella sea serás tú!" Una moral de sacrificio debe reemplazar a la moral de utilidad que nos enardece y desgasta estérilmente. Una siembra de amor al instinto de odio que nos consume. Un principio de disciplina y de sometimiento mutuo, al caos convulsivo en que nos debatimos.

"No somos moradores, sino caminantes" —dijo Pablo—. Y toda vida es un camino de perfección. Pero el triunfo no es del que espera, sino del que avanza y desespera, porque en la búsqueda angustiada está la salvación. Contra la vida opaca, la vida intensa. Contra la quietud que relaja, la inquietud que espolea y exalta. Contra la moderación, el fervor. ¿Cuál será nuestro camino? Cada uno persiguiendo la verdad de su sueño; regresando con el sueño de su verdad cada uno. Las nueve furias que desgarran el cuerpo nacional no vienen allende las fronteras: son plantas autóctonas que brotan del suelo que las genera y reproduce. Debemos luchar contra el recelo, pasión de ensimismados. Contra la clausura de las almas, que decreta la aversión de las regiones. Contra el espíritu de encono y de venganza. Contra el afán divisionista. Contra la crítica injusta que deprime y extenua. Contra la indolencia, fuente de retraso. Contra el desorden colectivo, factor de dispersión. Contra la irresponsabilidad individual. Contra el resentimiento —flor de pueblos enclaustrados— que no pudiendo llegar a la fricción abierta con el mundo, se hiere y se desgarran en el combate crudelísimo de sus propias criaturas. Necio el que diga: "Bolivia es el pueblo elegido de Dios". Infeliz el que afirme: "Es la nación condenada a desaparecer". Entre la excesiva afirmación y la negación desesperada, sólo cabe la ponderación nacional: "Bolivia es el espejo de los bolivianos". Levantémoslo, levantándonos. Si la primera centuria republicana fue un fracaso, la segunda puede ser un ascenso. El secreto de un resurgimiento nacional no reside en los programas políticos, cuanto en la revolución de los espíritus, cuando cada uno consciente de su deber actual y de su responsabilidad futura, erija con su conducta esa norma moral que hace la fortaleza del conjunto. Hombres: he aquí lo que Bolivia necesita. Pero hombres de verdad, que hagan el aprendizaje de la varonía por el dolor consciente, por la acción metódica y constante, por el sacrificio deliberado del sensualismo reinante al cumplimiento del deber.

Desde el tiempo lejano de los abuelos y los bisabuelos, nos fue donada una imagen de la patria en el raptó tres veces poderoso de la sangre, del fuego y de la selva. Diosa augusta de la constancia inquebrantable, nuestra enseña tricolor toma de la vida la fuerza de la sangre; del alma un impulso ascensional de llamarada; de la naturaleza un ondular de selva oceánica. Y esa triple majestad del rubí, del topacio y la esmeralda flamea al viento libre del Ande envuelta en el milagro de un cielo tan puro y tan profundo, que se diría a un tiempo mismo el mar azul de una quimérica esperanza, y el sueño intacto en que se transparentan los cristales. ¿Qué nos pide tan serenísima hermosura? Un poco de fe, otro poco de valor. Una norma de austeridad en el pensar. Una moral de sacrificio en el hacer. Ser hombre es, precisamente, ser responsable. Y que cada cual sea digno de servidumbre a tamaña majestad. El oficiante de su enseña, será el forjador de su nación.

Un heroísmo humilde, que sirve sin aguardar recompensa. Un amor que no flaquea. Un hacer que no pregona. Son la triple coraza del guerrero. Pero el caballero haciente de la época moderna, apenas difiere del andante caballero medieval. Por mi Dios, por mi Rey, por mi Dama —dijo el antiguo paladín—. Por mi Fe, por mi Patria, por la Dama-Conciencia —responde el adalid contemporáneo—. No es tanto un querer mandar, cuanto un saber servir. Y en verdad sólo se salva el buen caballero, el siervo fiel, aquel que lo entrega todo a su conciencia y a su patria, para aniquilarse finalmente en la grandeza y en el júbilo de Dios Nuestro Señor.

DESIGNIO

"Samiri"... dulce y fuerte hechizo aimára. ¿Qué nos dice en su soplo auroral la palabra "Thunupa"?

Thunupa es hoy el espíritu evocador del pasado, superador del presente, augur del porvenir. Despierta, ordena, impulsa. La "khoragua" del profeta despide un dardo de traquita que rebota de corazón en corazón. Todo aquel que siente el roce o adivina el paso del divino proyectil, se pone en marcha hacia una verdad mayor. Porque Thunupa es el deseo de ser mejor, el anhelo de una dicha responsable. Es el fervor con que enterramos nuestros muertos, la solidaridad que nos ata a los actos de los vivos. Thunupa es el espíritu de sacrificio, la virtud de generosidad, el olvido de las injurias y los yerros. Es aquel sentimiento responsable que un día cogerá al indio desde la cuna para levantarlo al nivel del ser civilizado. La fe en el mestizo desordenado de hoy, que será la fuerza disciplinada de mañana. El severo rigor que exige a las clases cultas el más alto rendimiento y la responsabilidad mayor. Thunupa es la tesis unificante del gran mestizo, sobre todas las pretensiones disolventes de raza, de clase, y de facción. Thunupa invoca el espíritu de

lucha y disciplina, contra un pasado de molicie y de anarquía. Thunupa es el "samiri" de los varones que hacen patria partiendo del hondón de la conciencia. Thunupa es la pasión de crear entre montañas. Thunupa es el deber.

No todos lo comprenden. No todos escuchan su mensaje. Pero las almas jóvenes y osadas, las almas inconformes, las intrépidas almas que buscan la verdad entrañable del suelo y de la raza recogen en sus horas de vigilia una voz ternísima que sube como la flecha del árbol siempre en tensión de altura:

—Yo soy Thunupa, el profeta abolido que combatió a los "thaliris" del antiguo poder sacerdotal. Yo soy Thunupa, el "mallku" resurrecto del tiempo nuevo. Y a vosotros digo, hombres de fe: haced vuestra tarea, yo haré también la mía. Amad esta patria dispersa, luchad por merecerla unida. Primero el gobierno de almas, después la arquitectura del Estado. Por cien que desfallezcan, uno llegará. Si falta un adalid ¡hay que formarlo! Acaso la pasión de todo un pueblo, fabrique la grandeza de su guía. ¿Soñáis la patria grande? Grande será vuestra tarea, duro el camino. Cada cual tolerante con los demás, será inflexible para consigo mismo. Alzaos de la inercia y de la envidia. Mas no emprendáis la batalla con el mundo, sin antes librar el combate solitario del espíritu, porque hacia dentro va el camino misterioso. Tan pura como la fe, la disciplina. Tan fuerte como el deseo, la obra. No hay patria perdurable sin ánimo esforzado; y puesto que las patrias son acciones y pasiones de las almas, dejad que el alma envíe al mundo la luz de su celeste disciplina. ¡Mirad en vosotros mismos: ésa es la Patria! Yo soy Thunupa, el Inconforme. El que salvó la fe de los desastres, el que templó vuestras victorias, el que cargó con las miserias y los yerros, la estrella de los resurgimientos nacionales. Padre de Bolivia en su remoto origen, soy a un tiempo el Hijo de su infortunio y su estoicismo. Y la Paloma Mística que santifica en el tiempo la duranza de esta joven nación extraordinaria: tan pequeña, que todos se llevaron jirones de su túnica; tan grande, que nada pudo destruirla, ¡porque un designio altísimo buscó la pesadumbre de la cumbre, para esconder el corazón de un continente!

Marzo de 1947.

PACHAKUTI

UN LLAMADO A LA ACCIÓN Y A LA MUDANZA

Cierto día, discutiendo sobre problemas de este pequeño gran país, recogí de labios respetables esta frase que resume nuestro drama nacional. Dijeron:

—El país tiene un fondo de inercia que lo arrastra todo hacia abajo. ¿Para que luchar?

Esta frase condensa el sentir de muchos bolivianos; explica por sí sola el desorden, la indiferencia, el hondo escepticismo en que vivimos. Al primer tropiezo sobreviene el desaliento. Se duda de sí porque se desconfía de los demás. Todos quieren progresar, pero nadie se siente obligado a servir a su comunidad. Y si algunos levantan fortuna con ayuda de esas mismas gentes que después despreciarán, abandonan suelo y pueblo para abrir su carpa bajo cielo extranjero.

Pocos, muy pocos sueñan prosperar y arraigar en esta tierra bendita. La quimera del trasplante quema la sangre. Los mejor dotados se pasan la vida tras el ansia transatlántica: conocer París, Londres, Roma, Ginebra. Los que no lo alcanzan, se amargan por la suerte de los que se fueron; los que regresan se amargan también si no pueden volver a partir. Y éstos son los más peligrosos, porque no vuelven a enseñar, a levantar, sino a censurar y a deprimir. Sueñan en difusas lejanías. Beben el pérfido zumo del descontento. Se sienten desadaptados en su patria.

¿Qué se puede esperar de esas almas melancólicas que viven más allá de la frontera geográfica? Y si miramos adentro ¿qué se puede pedir a los resignados, a esos guerreros sin combate, porque carecen de una fe, ese mágico poder de creación que dignifica al ser humano?

Dos graves males corroen al boliviano: la fiebre de emigrar, el espíritu de negación y desaliento. Unos se alejan en demanda de vida regalada; otros se someten al retraso y al desorden, acaso por juzgar que habiendo partido retrasados en la marcha del progreso, sería imposible recuperar la pérdida inicial.

Falsos mirajes, sentires perniciosos.

Ese fondo de inercia que lo tira todo hacia abajo, es la máscara que encubre nuestra falta de voluntad. El espíritu de fuga, es debilidad emboscada en ansia de progreso. La negación y el pesimismo, sólo delatan pereza, indisciplina, incapacidad de riesgo y sacrificio. A los incrédulos que piensan que las pequeñas patrias se extenuan lentamente, a los negadores de su suelo, a los desdeñosos de su pueblo, yo les digo:

—¡Mirad el estilo grandioso de nuestras montañas! Aprended por ellas cómo se endurece la voluntad, cómo un alma sensible se afina, cómo el dolor de ser se transforma en la alegría de vivir. ¿No sois capaces de alcanzar grandes fines? Es porque carecéis de altos pensamientos, por olvidar el mensaje del suelo y de la raza. Regresad al estilo secular de la montaña, inmenso y maternal, activo y reposado a un mismo tiempo. ¡A la verdad telúrica! Al fondo metafísico de la adusta cordillera: ahí está la fuerza tranquila del futuro, el vibrante acicate del presente.

Porque "Pacha", el genio de la tierra, pide una fe en Bolivia una disciplina colectiva.

"Pacha", el bisabuelo inmemorial de las cosmogonías fabulosa, pide una ética responsable, una estética de esperanza.

"Pacha" pide que como el suelo mismo, el poblador reverdezca en la estación triunfal nutrido por sus propios jugos. Y así como las hojas se tiñen con la tenuidad de un verde sutil, apenas la primavera despunta en el juego clorofílico, que cada primavera sea una epifanía de amor, de fuerza creadora, en el anhelo de las almas.

Nuestras ciudades no son muy grandes ni muy modernas. Nuestros campos yacen despoblados. Blancos, indios y mestizos, habitan tres mundos diferentes: aun no logramos el tipo nacional homogéneo. Pero la montaña es fuerza ignorada, usina de energía. El valle esplende en cálidas promesas. Selva y llanura pugnan por romper un sopor de milenios.

¿Por qué desesperar?

Amemos varonilmente lo que nos fue donado. Edifiquemos con la arcilla primordial. Olvidemos al que huye y al que niega. Volvamos la mirada al que genera y fructifica en la tierra materna; al dominador del monte, al hortelano de su huerto, al conquistador del bosque y de los llanos; al laborioso poblador de las ciudades rumorosas. Uno que se hace por sí solo, uno que lucha diariamente con la naturaleza y consigo mismo, uno que busca su grandeza en la unidad indivisible de suelo y poblador. Uno que hace, haciéndose. ¡Esa es la Patria!

Creo en la inmensa soledad entrañable de esta nación nocturna. Creo en la augusta quietud del paisaje primordial, de su habitante secular. Creo en el misterioso poder de recuperación de los pueblos olvidados y remotos. Creo en las pequeñas patrias que se alzarán a despecho de las grandes.

Y cuando los negadores me hablan del europeo y del yanqui, los que tienen el máximo de necesidades, los seres perfectos, racionales, organizados para la voracidad y para el mando, los arquetipos de civilización, yo les contesto:

—Prefiero vivir entre mis indios apacibles, mis cholos levantiscos, mis blancos criollos todavía huraños al frenesí transeuropeo. Estos son mis hermanos de angustia y de alegría.

Porque el estilo lento, señorial, de la América mestiza, está cargado de humanidad y de sentido.

"Pacha", entonces, se sobresalta en la tempestuosa cordillera. Sus vértebras de piedra se disparan a la lejanía: una cima otra cima, cinco, diez, cuarenta... ¡El huracán! Y del contacto de los cascados nevados con el basalto andino, brotan chispas velocísimas: dí tu verdad, dí tu verdad, dí tu verdad.

He venido a decir esa verdad.

PACHAKUTI

Los Incas, nuestros abuelos, sapientísimos maestros de la ciencia civil y el arte militar, llamaron al milenio "Pachakuti".

Cada mil años — decían ellos — el mundo se deshace y vuelve a renacer. La tierra y la edad se trastornan: todo muda, todo perece, todo vuelve a organizarse. Porque las edades del mundo se cuentan por soles y cada ciclo solar para el andino se componía de mil años. Un milenio, un sol, eran pues para el amauta las revoluciones de la naturaleza que afectan al desarrollo de la sociedad humana. "Pachakuti", que hoy sólo tiene para el estudioso un valor de período cronológico, fue para el antiguo clave cosmogónica y símbolo de pujanza colectiva. Porque esos Incas descendientes de los Kollas, tenían la intuición profunda del cosmos, organizaban su vida civil y agraria de acuerdo a la ley telúrica; eran verdaderamente los Hijos de la Tierra, los que nacen, prosperan y se hunden en el suelo original. Y adoraron la montaña, deidad secreta, antes de alzar su religión al júbilo del astro.

Para educar al pueblo en la contemplación de los fenómenos físicos y en la observancia de las reglas políticas, inventaron los amautas el concepto sutilísimo del milenio solar. Concepción profundamente religiosa, que brotada de la mente kolla, daba un sentido primero destructor, después renovador, mítico y profético a la palingenesia andina. Porque "Pachakuti", que literalmente se traduce por "cambió o se trastornó la tierra", posee un doble valor activo: por una parte es cataclismo, por otra resurrección.

Te destruirás, renacerás. ¿No es la historia del mundo?

La sociedad humana como el reino telúrico se transforma sin cesar. A decaimientos fatales, corresponden renacimientos periódicos. Tiempo y mundo se organizan por la variedad y la mudanza: nada queda, todo transcurre y se reforma. Pero es en el tránsito de un milenio a otro milenio que suceden los cambios más profundos; y si no sucedía así en el rigor cronológico, el amauta lo enseñaba así, para sujetar a un principio de orden la sucesión natural de los hechos y su representación intelectual. Por eso agregó después los "Pachakuti" intermedios o ciclos de quinientos años, para llenar el inmenso vacío entre un milenio y otro.

Primero es el cataclismo, castigo de Dios. Luego el resurgimiento, nueva fuente de vida y de progreso. Porque cada edad encuentra fin para que otra pueda hallar principio. Y cuando los hombres se cansan de sus leyes y costumbres, y sus almas fatigadas piden cambio, se rompe también la armonía de la naturaleza, y el aire, el fuego, el agua, la tierra, abandonando el equilibrio cósmico, se entregan al fuego destructivo que ha de fecundar su nueva morada. "Pachakuti" es pues, como apunta el filólogo, un período crítico en la vida de la tierra y del hombre, que si principia en calamidad y perdición, termina siempre en nacimiento, en recomposición de las formas políticas y sociales.

Por eso de "Pachakuti", concepto metafísico del tiempo y del espacio aplicado a la sociología andina, deviene "Pachakútec", como se llamó al Inca insigne, "el reformador", el que lo trastornó y lo volvió a organizar todo.

Pero el vocablo mágico tuvo también un sentido ético, de vieja sabiduría civil. Cuando las cosas andaban mal, el amauta decía: "esperemos, todo pasará". Si en la bonanza se relajaban las costumbres, agregaba el amauta: "cuidado, temamos el castigo". Y el divino concepto, llave cosmogónica y cronológica del antiguo, fue también la herramienta práctica que los Incas inventaron para manejar por el temor y la esperanza los imperios andinos.

Volvamos pues al ancestro, al pasado entrañable y rico de enseñanza, para resolver con sapiencia india nuestros problemas actuales.

¿Cómo debemos ver el drama nacional en los últimos cien años? Después de Ingavi todo se presenta sombrío al ojo boliviano: derrotas, mutilaciones, desorden interior, miseria. La Nación

se estructura penosamente, en medio de la confusión y del motín. Un observador imparcial se preguntará asombrado: "Cómo es posible que aún exista un pueblo tan pequeño en tan enorme territorio, después de haber soportado desastres tan inmensos?"

A primera vista, Bolivia parece un contrasentido geográfico, étnico, político. Ahondando el mirar, su grandeza humana brota de su propia debilidad nacional. No somos desdichados; somos planta tierna. Hay que rebelarse contra el destino: ¿no hay fatalidad histórica! Es que estamos en crisis de crecimiento.

Y al desconuelo de los quejumbrosos, estériles, a los fatalistas y a los agoreros, yo les respondo en nombre de Bolivia, madre santa:

—Los últimos cien años, son la sombra destructora de primer "Pachakuti" republicano. Fuimos castigados para ser probados. Pero llega la hora del resurgimiento y una inmensa tarea llama a nuestras puertas. Es la hora de la acción. Hay que cambiar aquello del "estoicismo boliviano", por el espíritu de empresa, la dinámica social. ¡Fuera conformismos e indolencias! Hay que sacudir los cuerpos y conmover las almas. Despertar al dormido —como pide el maestro—: que todos vivan inquietos y anhelantes. Porque el drama nacional es uno de pesimismo y de indolencia. Y si aspiramos a la gran nación futura, debemos comenzar por crearnos un nuevo sentido de patria, una mística de acción, una fe en el suelo que pisamos, un esfuerzo compartido con el que lo habita.

¡"Pachakuti"! Bolivia toma conciencia de sí misma. Cada boliviano es un soldado en campaña de resurgimiento.

MUNDO EXTERIOR

Lo esencial, lo primero que debemos preguntamos, antes de plantear nuestro problema colectivo, es cómo andan las cosas en el mundo.

En medio siglo, la sociedad humana ha trastocado sus valores. Todo se dio vuelta, se mudó, se descompuso; todo anda en trance de transformación para volverse a organizar, y esa nueva estructura jurídica, económica, social, está en marcha todavía. O tal vez apenas comenzó. Hablamos vagamente de fascismo y bolchevismo, de las dos guerras mundiales, de economía dirigida, del relativismo einsteniano, de la desintegración atómica, sin comprender exactamente cómo actúan estos hechos formidables en la ciencia del civilizado. El hombre de hoy no es el hombre de ayer. Europa se desintegra, caduca de saberes y sistemas; su cultura de arrastre, de superposición, ya no satisface los modos vitales de la muchedumbre occidental. Y el pensador, angustiado, reflexiona: la razón europea, nuestra hermosa razón, se ha convertido en demencia. Nuestro dinero en papel, Nuestras máquinas sólo saben disparar y producir explosiones. Nuestro arte es suicidio. Estamos en pleno ocaso. Roto el equilibrio entre los valores materiales y espirituales, se produce la confusión de alma y mundo, se debilita el poder de dominio organizado sobre la materia. La mente resulta muy pequeña para enfrentar un mundo monstruosamente grande. El occidental, semivencido, reconoce la insuficiencia de su viejo instrumento lógico. Es el caos: la impotencia de la razón aplastada por la técnica.

Ese hombre occidental, ese europeo que apesar de su caída y de su ruina sigue siendo un tipo superior de humanidad, al ver derrumbarse sus creencias filosóficas, morales y políticas, busca ansiosamente una nueva estructura ideal que le permita restablecer su seguridad perdida, rehacer su vida interior, recomponer el proceso colectivo de acuerdo a las nuevas formas convivientes que ha creado el espíritu científico. El moderno se va despojando de cáscara racionalista, para vestir un pelaje cuyo nombre ignoramos todavía. Es la muda, la muda resuelta y violenta, el tránsito un estado psicológico y social, a otro que puede resultar mejor peor, mas que nadie puede eludir, porque la criatura humana, hija de la naturaleza, fue hecha como ella para el cambio; vive inmersa en la eterna evolución del mundo, en el juego movible y variable de las ideas. Vive transformándose.

Dejemos, por ahora, el enmarque filosófico, la crítica de nuestro tiempo, para situar en forma simplista el proceso de un mundo convulso.

¿Qué es lo que el hombre actual se pregunta con angustia?

El hombre actual reduce la filosofía, los esquemas jurídicos, el mecanismo colectivo, a un planteamiento vital, fundamental, lacónico y sintético. El hombre actual pregunta: si hoy vivo mal ¿cómo viviré mañana? El problema político, el problema espiritual, se han vuelto problema de hambre, instancia de seguridad y de reposo. Esas guerras de exterminio, esa crueldad política sin término, esos éxodos espantables, esas muchedumbres famélicas que recorren los campos devastados de una Europa en ruinas están creando un nuevo sentimiento de la vida en la conciencia humana. Se quiere la paz interior, la seguridad, la nueva seguridad del individuo, de las cuales fluye el equilibrio social; y como la vieja sociedad no puede darnos paz, seguridad ni equilibrio, los hombres luchan por una nueva sociedad que sustituya los valores perdidos por mejores sistemas de ordenación y convivencia. Y el pivote en torno al cual gira el mundo moderno es el problema económico, que es en verdad problema moral, problema religioso, que un principio de justicia anima el esfuerzo humano en la vida de conjunto. El Cristo lo enseñó: amar es compartir y renunciar.

Filósofos, pensadores, hombres de espíritu, nos dicen: la civilización utilitaria ha hundido al hombre en el vacío, Necesitamos volver al espíritu, una purificación interior, un nuevo ascetismo que permita reconstruir un mundo culto. Los economistas responden: la riqueza está mal distribuída. El día que tenga cada cual lo suficiente para una vida digna, habrá sociedades estables y Estados orgánicos. Y ambos tienen razón.

Dos grandes tendencias se disputan el dominio mercantil: escuela liberal y la economía dirigida. Los unos entienden la libertad absoluta, los otros exigen el control riguroso. Pero lo cierto es que, abriéndose campo entre la resistencia desesperada los primeros y las exageraciones de los segundos, el mundo marcha inexorablemente a la sociedad planificada, tomando lo mejor de ambos sistemas: libertad individual limitada por la necesidad colectiva; intervencionismo de Estado razonable, equitativo, que no anule al individuo, pero que tampoco lo convierta en amo explotador de los demás. Es la democracia orgánica, el sistema social prudente y fuerte, que evita por igual la hipertrofia del dinero y la miseria convertida en dictadura de clase.

¿Cómo impidieron las grandes naciones la revolución política, siempre temible y destructora? Realizando por propia iniciativa la revolución económica, más justa y menos disolvente. El hombre puede usar, mas no abusar del dinero; y el mejor medio para prevenir la conmoción social, consiste en robustecer al Estado, en acatar sus leyes, en limitar el poderío excesivo de los menos, para asegurar un mínimo honorable de subsistencia a los más. Esa tendencia al equilibrio económico, es la única defensa de las democracias contra el señuelo comunista. Porque sólo hay descontento donde hay miseria. Y la historia del mundo es la eterna pugna entre los que acumulan demasiado y los que ya no pueden soportar pobreza y su abandono.

Por eso Roosevelt, caudillo de la nueva humanidad, crea el "new deal" y pone freno a los monopolios devoradores. Por eso Inglaterra, maestra política del mundo, instaura el laborismo que está convirtiendo en algo nuevo su vida nacional. Y en nuestra América, el "nuevo orden" proclamado en el Brasil, la Argentina resurgente de Perón, marchan por esa misma senda de equilibrio económico y justicia social. El privilegio fue sustituido por la igualdad de oportunidad: todos pueden progresar si saben responder. Y la riqueza no es bien inviolable del cual se ha de disponer sin freno, sino el instrumento creador que la sociedad pone en manos del hombre para que le dé función colectiva, para que la sirva mejor.

Si el siglo XIX estuvo al servicio de una idea de lucro, el siglo XX está al servicio de un principio de justicia. Cada día habrá menos ricos, pero cada día habrá hombres más dichosos que disfruten una vida compatible con el decoro del ser humano.

El nuevo orden económico tiende a la salud general, a la seguridad de cada uno, antes que al regocijo y la abundancia excesiva de los menos. Y el choque ideológico, la pugna política de Nueva York contra Moscú, no es en buena cuenta otra cosa que el conflicto secular de individuo y colectividad, de donde saldrá mañana la sociedad futura que ya se viene perfilando: la comunidad planificada, ordenada y regulada por la necesidad común, sin dejar por ello de respetar la dignidad del individuo.

Hay dos modos de pasar de un orden caduco a otro nuevo: la revolución o el impuesto. Los estados totalitarios acuden al primero, confiscan la gran propiedad y la pequeña, se adueñan de la economía, imponen sus ideas con la misma violencia que sus métodos, anulan al hombre en holocausto de un Estado hipertrófico. Las democracias, más ecuanímenes, respetan al ser humano, le conceden libertad en cuanto ella no atente contra la seguridad colectiva, pero buscan también el equilibrio económico nivelando fortunas por medio del impuesto; y a la postre el Estado controla y distribuye la producción de modo que sus beneficios recaigan efectivamente sobre las mayorías.

La realidad mundial, la aspiración de los pueblos, es hoy economía planificada de tendencia socialista, como ayer lo fue consigna liberal. Y como el planeta es ahora una inmensa malla de fuerzas convergentes que se atraen, se repelen, se equilibran y pugnan entre sí, sin perder contacto íntimo, porque política, economía, cultura se corresponden y se anudan como partes del mecanismo social, común a todas las naciones, pueblo que se resista mudar es pueblo condenado a perecer.

Se explica que algunos ciegos y algunos ignorantes sigan aferrados a la economía liberal, según la cual cada Uno hace lo quiere con su dinero. Pero esos embobados nada podrán contra la evolución filosófica y política de la sociedad humana: que solos, están ya solos. Habitantes de otro planeta, moran en mundo irreal, son hombres anacrónicos, más dignos de compasión que de combate.

El ojo que mira por fuera contempla un panorama general de transformación en las ideas políticas, de evolución en los sistemas económicos. El multimillonario desaparecerá de la sociedad futura. Baste señalar que EE.UU. ha probado el sueldo máximo 25.000 dólares y en Inglaterra los grandes rentistas entregan mayor parte de lo que reciben al Estado.

¿Se quiere medir el abismo que media entre nosotros y el mundo civilizado?

Un solo ejemplo: mientras en otras naciones las fortunas limitan y nivelan, pasando al Estado la mayor proporción de la renta privada y quedando sólo un saldo menor para el rentista, Bolivia es justamente a la inversa; el fisco reclama la porción menor y el rentista dispone libremente de sus grandes ganancias. Y aun esto, en teoría, porque en el hecho pocos son los acaudalados pagan sus tributos, y muchos los que burlan el impuesto.

¿Bolivia pertenece económicamente al mundo civilizado de 1948, o es un pequeño reducto feudal del monopolio privado, desconectado y al margen de la realidad mundial?

La respuesta pertenece a otro capítulo.

MUNDO INTERNO

Nosotros vivimos en el mundo de la paradoja. Somos un pueblo increíble: el rico-pobre. O el pobre rico. La naturaleza nos lo dio todo; no supimos aprovechar nada. Potencialmente opulentos, intrínsecamente míseros, los bolivianos no sabemos administrar nuestra riqueza nacional.

Tiene en Bolivia el dinero un sentido mágico de fuga, de evasión. Capital que surge es capital que huye, apresurado, desalado, como si alguien le pisara los talones. Durante la Colonia, la plata de nuestras montañas sólo sirvió para llenar las arcas españolas. Durante la República, el estaño sólo sirve para formar sociedades financieras en el exterior. Quedaba una esperanza: la gran industria, pero la gran industria, contagiada de ese morbo de espanto y de huida, ha comenzado a emigrar silenciosamente a los países vecinos. Nuestras fábricas manufactureras se van reproduciendo en Santiago, en Buenos Aires; sólo que ya no son manufacturas nacionales, sino fábricas chilenas o argentinas. Y aunque ese desdoblamiento industrial se haya logrado con las divisas que el fisco boliviano entregó a los grandes industriales para desarrollar la manufactura nacional, fuerza es reconocer que el gran capital, en este país, está como embrujado: cuando no puede salirse por la puerta o las ventanas, se filtra por los muros, pero se escapa siempre, porque

el hombre de empresa se acuerda de Bolivia para pedirle y sacarle fortuna, pero se olvida y reniega de ella cuando se encuentra potentado.

El ausentismo de capitales es sólo un aspecto del problema. Hay cosas más graves.

Veamos, por ejemplo, la cuestión tributaria. ¿Se concibe nación donde no pagan sus impuestos los que deben, sino únicamente los que quieren? Parece fantasía y es verdad. Un técnico en el ramo ha demostrado en certeros estudios que la carga tributaria en Bolivia, recae sobre el pequeño y mediano contribuyente, no sobre el mayor. Porque dos medios tiene el gran rentista para eludir el global complementario, impuesto que la ley señala a la riqueza progresiva: la organización de compañías en el exterior, a las que entrega sus acciones haciendo desaparecer por este medio persona física sobre la cual recae el gravamen; o las acciones al portador, mediante las cuales elude igualmente el peso de la carga tributaria.

Nuestras leyes son inexorables con el empleado público o particular, con el pequeño rentista, con el obrero, con el profesional; con todos aquellos que al percibir remuneración o salario, su o rentas determinadas, se obligan a declarar lo que perciben pagar al fisco lo que le corresponde. Pero esas mismas leyes se declaran impotentes frente al poder escurridizo del gran rentista, que asesorado por abogados hábiles en evadir la imposición legal, sortean diestramente las olas de la tormenta impositiva.

Sólo un técnico en impuestos, podría demostrarnos la enormidad del fraude tributario. Yo me reduzco a pedir que se publiquen las listas de los ciudadanos que pagan el global complementario; su simple lectura bastaría para confirmar el aserto anterior: en Bolivia, pagan sus impuestos los que quieren y no los que deben pagarlos.

No es aventurado afirmar que si se lleva a cabo la reto tributaria, si hay estadistas capaces de aplicar esa reforma, aritméticamente nuestro presupuesto nacional se doblaría; es decir que en lugar del millar de millones que hoy tenemos para vivir pobremente en el curso de un año, el Estado se robustecería con un ingreso de dos mil millones, elevando el nivel de vida de la administración y aun pudiendo emprender obras de beneficio colectivo.

Un humorista ha clasificado a los ricos en tres categorías: los que tienen hasta un millón; los que tienen de uno a diez millones; y los que pierden. Esta clasificación que a simple vista parece broma, revela en el fondo un agudo conocimiento de la psicología del acaudalado. El que posee hasta un millón es generoso, desprendido comparte lo que tiene con los demás, no tiene nada que ocultar. El que tiene de uno a diez millones, más cauteloso, es ya algo reservado, confiesa a medias sus negocios, cede algo y se reserva la mejor parte. Calcula. Pero el que tiene más de diez millones, lo oculta todo y de todo se lamenta. Está perdiendo, los tiempos son malos, no puede dar nada porque apenas le queda para mantenerse.

Es increíble pero verdadero, salvo la excepción que no viene a confirmar la regla. Confieso que mi crítica se dirige a los ricos.

En Bolivia, desde que tengo uso de razón, la minería pierde, los industriales pierden, el comercio pierde, los afincados pierden, los propietarios de casas pierden; hasta los banqueros, que cobran es y comisiones inauditos, pierden. Pero háblese de nacionalizar, o de socializar un negocio, y sus dueños ponen el grito al cielo: todos pierden, ésta es la teoría. Pero todos reparten buenos dividendos, se distribuyen fuertes sueldos, ensanchan sus negocios o disimulan sus ganancias mediante la inflación de gastos generales, los castigos y otros juegos de contabilidad. En el fondo todos contentos, pero protestan para que el fisco los deje en paz y no les pida más. Casi todos cometen fraude, porque el gran capital tiene a su servicio los mejores abogados, los mejores financistas, los mejores políticos; y a veces también los mejores escritores, que pueden demostrar en cualquier momento la pobreza franciscana de los potentados bolivianos.

Esto es vergonzoso. Esto hiere nuestra dignidad de ciudadanos. Esto debe terminar.

Y nada de ello viene dicho en son de ofensa, porque hay industriales, comerciantes, propietarios, hombres de negocios, perfectamente honestos; pero están en minoría y nada pueden contra el egoísmo de los más.

Lo cierto es que en nuestro país la riqueza anda mal distribuido: casi no tiene función social. Y esto llega a tal extremo, que veces ni los buenos decretos llegan a cumplirse, porque su aplicación se enreda y se retarda en la densa malla del mecanismo jurídico. El Estado es impotente al medirse con los grandes intereses económicos.

¿Qué es lo que Bolivia necesita?

Aparte de la revolución espiritual, que nos restituya a la noble condición del patriota de verdad, necesitamos una nueva moral en los negocios. El hombre verticalmente honesto, que confiese sus ganancias y las comparta en justa proporción con el Estado que le brinda amparo y protección. Necesitamos hombres de me visión porvenirista, capaces de comprender que el excesivo enriquecimiento de algunos, debilita al Estado, empobrece a las clases medias y bajas y tiende a romper el equilibrio social. Necesitamos mentes prevenidas, que al tiempo de pensar en su interés privado, piensen también en la conveniencia de su comunidad; porque hay sociedad estable donde no existe moral individual. Necesitamos una profilaxia en la vida de relación entre Estado y contribuyente: debe cambiar la mentalidad del hombre de negocios, para que la sociedad boliviana se asiente sobre normas más digna y más justas.

Es indudable que la reforma de nuestro sistema político y económico pertenece a los estadistas, a los legisladores, a los técnicos. Ellos deberán planificar la economía nacional de acuerdo la realidad que vive el mundo civilizado; más, entretanto, y aunque sólo sea en modo meramente enunciativo, permítaseme apuntar algunos tópicos de interés general.

Toda reforma de tipo evolucionista debe venir de arriba. ¿Pediremos al indio, confinado en sus campos, la solución de nuestros problemas? No. ¿Al cholo, hombre de tránsito, que recién inicia su educación política? Tampoco. La iniciativa corresponde a los intelectuales, a los economistas, a los técnicos, a los políticos y a los hombres de negocios, porque la más honda responsabilidad, tarea mayor, corresponden a los que más alto se empinaron en escala social. Y si hablamos de la urgencia de marchar a una sociedad mejor, en la cual cada uno sea responsable por sí y por los demás, será necesario comenzar por el principio: reemplazando el arcaico sistema feudal liberal-plutocrático que nos rige, por otro verdaderamente democrático, planificado, en el que cada cual encuentre la protección y también el freno del Estado. Porque no es sólo un anacronismo, sino grave síntoma de descomposición social, que en este país haya personas o entidades más fuertes que el Gobierno Nacional.

En Bolivia hay que sacudir y removerlo todo: vivimos en un retraso de cien años. Política y económicamente, hay que romper con la Colonia. Nuestras leyes son deficientes, nuestro sistema crematístico arcaico, pesado, injusto. Si la legislación agraria es ominosa, el régimen tributario es irritante. Las grandes mayorías nacionales viven pobres y olvidadas, carentes de higiene y de instrucción, desnutridas, sin nexos evidentes con el cuerpo jurídico y social. Nos acordamos del indio para quitarle sus tierras. Nos acordamos del cholo para exigirle que luche por la libertad. Pero cuando llegan los buenos tiempos, seguimos explotando al indio y olvidamos la necesidad de los mestizos, desconociendo la verdad democrática que manda: Bolivia es crisol de razas, y ha de tomar su fuerza nacional elevando el nivel de sus muchedumbres.

No podemos hablar de patria en sentido integral, mientras el indio siga como paria y el cholo de elemento disolvente. Hay que terminar con los prejuicios raciales. Hay que redimir al indio. Hay que dignificar al cholo. Porque éste es el material humano que nos fue donado; y todos somos responsables por su miseria actual. Porque patria no es la minoría desdeñosa y desconectada de la mayoría nacional, sino la mayoría humanizada, sensible y comprensiva, entroncada, articulada con la realidad vital y activa de las muchedumbres que le dan origen y sustento. Patria es la necesidad de todos y no el regalo de algunos.

Y sólo el día que cambiemos nuestra economía feudal, por una economía orgánica, planificada, de tendencia socialista, equidistante del abuso y del temor, habremos fundado una democracia real para un pueblo libre y justo.

¡Alcémonos contra un pasado de orgía y de sangría! Evitemos que capitales muchas veces resarcidos, sigan produciendo riqueza que fuga en proporciones fabulosas, como lo acaba de

probar el Consejo Nacional de Economía, al detallar las utilidades mineras evaporadas del país en los últimos siete años. Que termine el fraude de las divisas; que se importe lo que el país debe importar, pero que no se improvisen fortunas a la sombra de la especulación cambiaria. Que todos paguen sus impuestos, y en especial los que más tienen. Y que concluyan también esas ganancias exorbitantes del particular a costa del fisco: esas concesiones, esos contratos, esos llamamientos a propuestas, esas regalías que hacen la riqueza de algunos a costa del hombre de los más. Basta de leyes burladas, de decretos incumplidos. Porque o la democracia política bate al monopolio económico, o el monopolio económico acaba con la democracia y hunde al Estado.

La Nación quiere ser nuevamente organizada, rechazando igual la dictadura de las masas y la oligarquía financiera.

Aspiremos a la gran nación futura, donde todos convivan la comunidad de leyes sabias, en el recíproco equilibrio de in reses. Propugnemos la intervención organizada de nuestras clases medias en política activa, porque las clases medias, que carecen por igual de la inconsciencia masiva y del egoísmo plutocrático forman la columna vertebral de toda democracia; y son las llamadas a dirigir la revolución económica en este país. De su seno saldrán las élites responsables, los equipos de comando, esas generaciones de técnicos y profesionales que Bolivia necesita para ascender a la nación moderna.

¿Cuál sería un programa a largo plazo para transformar economía nacional?

El socialismo de Estado como principio; y en el hecho, la nacionalización de las fuentes productoras. El Estado es el dueño de origen de las riquezas del suelo y del subsuelo, como lo manda la Constitución. ¿Por qué al adjudicar la explotación de esas riquezas al particular, se despoja implícitamente de tal propiedad? Minas, tierras, bosques, todas las fuerzas físicas y las riquezas naturales que hoy explotan sin control los particulares, pertenecen de hecho y de derecho, al Estado Boliviano. En vez de dueños, debería haber, pues, simples contratistas, a los cuales la Nación concede la facultad de explotar y administrar esas riquezas, siempre que les den función social, de beneficio común. Y a los cándidos que esgriman el argumento de que la propiedad es intangible, habría que preguntarles: ¿No se nacionalizan las minas de carbón en Inglaterra, los ferrocarriles en Argentina, los sistemas de transporte y comunicación, aun las grandes empresas industriales otros países?

Mas el programa a largo plazo para estructurar una economía planificada en Bolivia, no es cosa inmediata. Hay que confesar que no estamos preparados para esa gigantesca evolución: no se pasa en un año de la democracia-feudal al estado-intervencionista, porque ello supone el vencimiento de ciertas condiciones previas en el desarrollo económico y en la formación cultural de pueblos. El principio de un estado que absorba los monopolios privados, la transformación de la riqueza anárquica en riqueza nacional bien administrada, es un ideal que todos debemos mirar.

Pero el programa a corto plazo es otra cosa: está aquí, alcance de nuestras manos. Con sólo apoyarse en las prescripciones de la Carta Magna, aplicando en forma práctica la sabiduría la ley, podemos preparar el camino a nuestra liberación económica. El Estado debe asumir resueltamente la dirección superior de la economía nacional, como lo manda el artículo 109 de la Carta Constitucional. ¿Cómo ejercer la superior tuición del proceso económico? Interviniendo en el proceso de la producción y del consumo. Declarando el monopolio fiscal de las exportaciones. Exigiendo la entrega del ciento por ciento de las divisas. Regulando el ejercicio de la industria y del comercio. Constituyéndose en único adquirente de materias primas. Parcelando los grandes latifundios y dando una función dinámica al trabajo agrícola. Imponiendo la radicación de capitales para evitar el empobrecimiento general que hoy padecemos. Otorgando participación a los empleados en las utilidades de las empresas.

Pero la medida primordial, la más eficaz para responder a norma de justicia social que señala el artículo 107 de la Constitución, la manera más práctica y sensata de encarar la crisis de pobreza que el país padece, no puede ser otra que acudir de inmediato, de toda urgencia, a la reforma tributaria: porque el impuesto es la mejor válvula reguladora para nivelar fortunas sin trastornos sociales.

Hay que decirlo claramente: necesitamos una mejor distribución de la riqueza, y a ella sólo se puede llegar por dos sanos principios de economía social: 1°) que todos paguen sus impuestos sin excepción y sin demora; 2°) que se reforme el global complementario, aliviando a los chicos y aumentando las tasas de los grandes, de modo que en el hecho exista la imposición gradual y ascendente a la gran renta.

Y que terminen las mixtificaciones de los "holdings", de las sociedades en el exterior, de las empresas que pierden, de las acciones al portador, de las industrias que filtran las divisas por el ingenioso juego de las materias primas y los cambios, de las grandes fortunas que se distribuyen en vida para burlar el derecho fiscal. En Bolivia, es doloroso, es humillante, pero es necesario decirlo, hay que legislar contra el fraude.

La Nación requiere un presupuesto anual de dos millones. Hoy apenas se recauda algo más de la mitad; y el nivel vida del juez, del maestro, del empleado público; los salarios campesino y del obrero, contrastan penosamente con el lujo y abundancia de las clases altas. Eso está mal. Eso no debe continuar. Mas si el Estado despertase del asombroso sueño en que lo sumieron cincuenta años de economía liberal; si fuera directamente a la reforma impositiva aplicando cargas progresivas a las rentas mayores, creando nuevos sistemas de control que aseguren rígida percepción de las contribuciones, evitando también la fuga de capitales y el éxodo industrial, estoy seguro que a muy corto plazo Bolivia tendría este presupuesto de dos millones de millones que requiere para cubrir sus gastos fundamentales, elevando el nivel de vida de sus poblaciones. Pero ese aumento del presupuesto nacional no debe emplearse en policías ni cuarteles, sino en grandes campañas de alimentación, de higiene, de vivienda, para nuestro pueblo desnutrido, apiñado en albergues inhumanos.

En cuanto al temor de gravar al gran capital no temáis: minería, industria, comercio, latifundios pueden soportar mayores cargas de las actuales; y con mayor razón los dueños, porque tributo personal es el que flaquea mayormente. ¿Por qué el fisco no lleva estadísticas de la riqueza privada, como pasa en todas partes? Si se supiera los bienes, las rentas y los impuestos que paga cada cual, habría una base científica para establecer la pésima distribución de la riqueza en este país de estructura económica feudal, donde hay ricos que pasan por pobres, y millonarios que eluden tributos por ignorar el sentido de la palabra "responsabilidad". Que se publique la lista de las personas que pagan el global complementario, y se verá si la crítica es fundada.

Nadie quiebra en Bolivia. Ninguna empresa se liquida pérdidas. Nadie va para atrás; todos progresan. Pero todos se dan maña para protestar contra las leyes y eludir los tributos. Y si quiere medir la potencia de nuestros grandes financistas, baste recordar que la alta minería, apesar de sus continuas protestas de y quebranto, ha sacado del país, durante los siete últimos más de mil quinientos millones de bolivianos, no obstante recuperado varias veces sus capitales de origen. Esas riquezas que fugan, esas leyes que se eluden, esos impuestos que no se pagan, esos decretos que no se aplican, esos ministros que caen misteriosamente, son la demostración palmaria del monopolio económico a costa del bienestar general.

El ojo que mira por dentro, aconseja: si hasta hoy la nación estuvo al servicio del dinero, desde hoy el dinero debe entrar al servicio de la Nación.

No pidamos moderación al indio. No pidamos educación al cholo. Pidamos primero espíritu de justicia, desprendimiento, responsabilidad social a las clases altas. El día que el blanco se humanice a la medida de sus deberes cívicos y cristianos, automáticamente mejorará el mestizo y se aquietará el indio. El malestar social que padecemos, es pues la consecuencia de la falta de visión de nuestras clases dirigentes y pudientes.

En toda democracia consciente, el ejemplo debe partir de arriba. Y cuando las élites fallan, nuevos elementos, más aptos, enérgicos, sustituyen a los que se cansaron de mandar y responder por ese mando. Por eso pedimos hoy una clase media activa y responsable, bien organizada, capaz de actuar como punto bascular entre la desesperación de los que nada tienen y el egoísmo de los poderosos. Pedimos una juventud idealista, dinámica, militante, optimista siempre pero siempre inconforme, que ponga su inteligencia y su energía al servicio de un ideal de patria nueva. Pedimos partidos que no vayan al poder para abastecerse, sino para y organizar esta inmensa

nación desordenada. Pedimos una fe en Bolivia, que sea una mística de acción y de mudanza, para que un día nuestros hijos no nos avergüencen preguntando:

—Padre: ¿por qué hablaban ustedes de libertad, si vivían esclavos del dinero?

El deber de nuestra generación es predicar y luchar por una mejor distribución de la riqueza. Es la justicia social. Es el equilibrio económico. Sólo una sociedad económicamente justa, hará posible un Estado políticamente fuerte.

MENSAJE

Los redentores que necesita hoy la cultura —dice el pensador— son los que pueden traernos formas y no los que las rompen. Es evidente: si rechazamos la quiebra del humanismo occidental, ese aire de ruina y de extravío que sopla de los Alpes a los Andes, debemos comenzar por tender a un humanismo americano, un nuevo estilo de vida, donde hombre y mundo vuelvan a reconciliarse en la unidad de espíritu y materia. Si Europa ha sido el saber de dominio, el ansia de expansión, América es un saber de alumbramiento, el anhelo de paz y ordenación.

¿Cuál será el estilo americano?

La libertad dentro del orden. La piedad en las almas. La salud de los cuerpos. El respeto a la dignidad del ser humano. El sometimiento voluntario, libremente consentido, al poder regulador de la comunidad que nos contiene. El espíritu de justicia, el equilibrio económico y social, la protección al débil y el freno al poderoso. Y sobre todo la generosidad, el idealismo, ese ímpetu romántico que si ayer encarna en Narciso Campero, el hombre del deber; hoy es espuela y acicate en la memoria de Busch, el hombre del valor. Porque Bolivia, como América, es romántica de esencia y de presencia. Y la sombra sublime del Thunupa andina, símbolo de amor y de virtud, se cierne por toda la extensión americana.

Al alma crepuscular del europeo, responde el alma matinal del sudamericano. No somos esclavos de conceptos; somos almas crecidas en libertad exterior, en anchuras interiores. Ciertamente aun vivimos en la confusión, en la indolencia; pero ya se acerca la hora del choque de Norte contra Sur: la fuerza que se opone a la armonía, porque si del septentrión nos viene todo en forma de voluntad organizada, de actitud deportiva, de genio mercantil; del austro nacen las tensiones desinteresadas del espíritu, ese puro juego moral y emocional que constituye la verdad americana. Y del encuentro de la eficacia con la pureza, saldrá mañana esa sociedad mejor que todos anhelamos: generosa y romántica, práctica y bien organizada a un tiempo mismo.

América, la Bien Hallada, la nuestra, la del Sur, es la esperanza de una nueva humanidad. No buscamos genios, sino pueblos dichosos. No aceptamos déspotas, preferimos al caudillo moral. Y en vez de la codicia organizada, del frío racionalismo científico que causaron la ruina de Occidente, América es siempre joven, llena de vitalidad y confusiones, siempre revolucionaria, porque detrás del ansia de mudanza bullen los más nobles valores del espíritu. América es la juventud del mundo.

¿Y qué es Bolivia en Sudamérica? ¿Qué significa este peñón soberbio, clavado en el corazón del continente?

Bolivia es una proa: abre siempre camino a los demás.

El mito nace de nuestras montañas coléricas. Los dioses más remotos, la teogonía, la cosmogonía americanas, brotan de la entraña andina. El árbol genealógico de la América sureña, viene de "Pacha", de "Wirakocha", de "Thunupa", númenes telúricos; de "Wira", el dios de la fuerza; de "Kjuno", el destructor; y se alza y se enfrondecen en el prestigio de sus montes sagrados: Illampu, Sajama, Illimani, Huayna Potosí, Mururata. Todo el pasado, la antigüedad geológica, la tradición inmemorial, la toponimia y la semántica, los dioses y los héroes, el sabeísmo celeste y el sentido tierra, la organización agraria, la prehistoria viva de América, surgen del promontorio boliviano.

América debe mirarse, reconocerse en el Ande, porque la estirpe andina es una de antigüedad y poderío. El Ande, padre fabuloso, es el divino escultor que forja pueblos, el que cuenta titánicas hazañas con lengua de montañas.

Pasemos del mito a la prehistoria. ¿Qué pueblo ostenta linajes más insignes que los del kolla "Mallcu Kaphaj", y aquel "Manco" fundador del imperio de los quéchuas?

"Kollasuyo" es una matriz de pueblos y culturas. "Tahuantinsuyo" el eslabón final de la cadena prehistórica. Y quien quiera internarse en el pasado fidedigno del continente, tiene que consultar la huella de nuestras culturas primitivas. ¡Quéchuas sapientes, kollas indómitos, urus misteriosos, y esos antis legendarios, tan distantes, que sólo se les divisa el nombre!

Durante la Colonia, el Alto Perú desempeña función rectora enseña, civiliza. La tradición jurídica, el humanismo americano las formas políticas y sociales, nacen de nuestra sociedad colonial. Potosí, Chuquisaca, son luminas de trabajo y de cultura. Y se ahonda en el proceso social, se comprobará que la economía política, la ciencia industrial, la explotación de la tierra, el comerciar del hombre actual, tienen sus orígenes en la cultura mestiza de nuestras ciudades y campos coloniales. Aunque no pudo fundir enteramente al hispano con el indio, la Colonia fabricó al mestizo, gran tensor de fuerzas encontradas, al hombre nuevo del continente. Alto Perú no es simple denominación, histórica. Es todo un símbolo, el testimonio vivo del poder creador y organizador del hombre americano.

Fuimos también vigías de la libertad política de América. Luchamos quince años por la libertad; y si fuimos los primeros en rebelarnos y los últimos en alcanzar emancipación, fue porque España conocía la importancia estratégica del reducto andino. Luchó hasta el último instante por el más rico florón de su Corona. Mas la Academia Carolina, los doctores de Chuquisaca, los protomártires, el pueblo en armas de la gesta emancipatoria, pertenecen a la historia continental. ¿No dimos a Murillo, cholo insigne; no hemos dado a la Padilla, mujer sublime?

Bolivia es pues desde su génesis, y apenas nace, entraña viva de americanidad. Fuerza rectora. Impulso generoso de redención y de combate.

¿Y cuál es la lección humana de la República? Es una de energía, de fortaleza indómita, de tremenda superación contra un tino adverso.

¡República asombrosa! Soporta todos los contrastes, afronta todos los peligros y siempre sale incólume; porque la grandeza de un país no se mide por grados geográficos, sino por la fortaleza de sus almas. Maltrecha, perseguida por la presión exterior, minada por el desequilibrio interno, Bolivia es la hija legítima de Bolívar, Padre de América, la grande alma que enseñaba: el arte de vencer, se aprende en las derrotas. Esta nación extraordinaria, en lucha siempre con el hado, sacó fuerzas de su propia flaqueza se levantó de sus caídas y sus errores, no se dejó abatir por la desgracia.

Nación Boliviana enseñó al mundo que se puede ser infortunada, pero digna. Pequeña y grande al mismo tiempo. Altiva en el desastre. Generosa en las horas de ventura. ¡Leona de humanidad, aunque se fuese hormiga del progreso material!

Hemos dado al continente la lección inmarcesible de la libertad. Porque estos bolivianos ignorados, desdeñados, revoltosos, son campeones de justicia: en pechos de piedra, almas de fuego. Y cuando el látigo del déspota cae sobre las muchedumbres, siempre la muchedumbre termina con el déspota y su látigo. El pueblo boliviano es el maestro de sí mismo. Levantó y tumbó caudillos. Castigó por igual la indolencia y la violencia. Y esta sabia enseñanza, este natural dominio del instinto por la ética, esta probanza de autodisciplina al servicio de una idea de justicia, es el tributo de nuestra patria andina a la cultura americana.

Bolivia es maestra de civismo. Cuna de libertad. Voluntad que renace de sí misma.

Bolivia es la Hija del Destino.

¿Y cuál será nuestro mensaje creador, en esta hora de convulsión mundial, cuando se quiebran y vacilan la ciencia jurídica, la experiencia política, la técnica económica de los pueblos?

Será uno de amor consciente, de mudanza previsora, de responsabilidad social, de intrepidez para afrontar la confusión presente. El Ande ha sido siempre el vigía interior de América: de aquí deben partir las grandes soluciones colectivas. Una sociedad más justa, mejor organizada. Un nuevo humanismo. Un estilo americano de igualdad, de equidad en la convivencia; de sabiduría para el dominio de las cosas; de moderación espiritual, debe bajar de la meseta. Será el estilo grandioso de nuestras montañas. La espera tensa de los pueblos. El "presto appassionato" de las almas.

Bolivia puede, Bolivia debe recuperar función rectora en la vida continental: en la cultura, en la política, en la economía. Por eso proclamamos una necesidad de cambio, la dinámica de aventura, el juvenil impulso de resurgimiento que concluya con la pereza nacional. ¡Hacer, hacer cosas! Muchas saldrán mal, pero quedarán la experiencia, la fuerza saludable de la energía templada en el error. ¡Moverse, conmoverse! Hay que inquietar las almas, hay que sacudir las costumbres. Somos un pueblo joven, no una civilización caduca. Nuestro deber actual es uno de pujanza y de atrevimiento. ¡Sed fuertes, sed activos, sed constantes! Debemos sacudir y transformar el mundo que habitamos.

Terminemos con el mito de los capitales, de los brazos los técnicos que vendrán de afuera. Nuestros instrumentos creadores están aquí: hay que movilizar esa riqueza, organizar esos brazos, formar esos equipos técnicos. Necesitamos menos político, menos abogados, menos espadines. Necesitamos geólogos y biólogos, físicos y químicos, ingenieros y arquitectos, banqueros y agrónomos, electricistas y mecánicos, estadistas y estadígrafos. Más no desterremos al poeta —como pedía Platón— de la sociedad futura: necesitamos también del soñador, del creador, para embellecer la dureza de la existencia. Necesitamos pensadores, sabios, artistas, poetas y santones. Todo aquello que signifique actividad desinteresada del espíritu, anhelo de ascensión. Porque si la buena organización social es la sangre que da vida a los pueblos, la belleza creadora es el aire que los vigoriza y los exalta.

Este inmenso país dormido debe despertar. No al tumulto callejero, sino al trabajo renovador, severo y compartido. No a las teorías importadas, mas a la urgencia de la propia realidad. Bolivia debe ponerse a la cabeza del resurgimiento sudamericano, ganando por sí misma las etapas de su propia renovación. Contra el espíritu de lucro, el ansia de justicia. Contra la economía feudal, la economía planificada. Contra el letargo de las almas, la vigilancia activa que sacude y reorganiza. Contra los sistemas caducos y los hábitos corruptores, una nueva moral política, una nueva conducta financiera, capaz de rescatar al pueblo de la confusión y el retraso en que subsiste.

No es el tiempo de las palabras vanas, sino el tiempo de los hechos. Por eso al plantear la urgencia de acción y de mudanza, debemos recordar también nuestro deber de bolivianos. ¿Por qué esa lentitud, esa ayuda cicatera frente a la desgracia de Sucre, que es la desgracia nacional? Es éste un problema que toca, más que a nuestro bolsillo, a nuestra conciencia: somos, o no somos bolivianos. La ayuda a Sucre es un imperativo nacional. Quiero expresarlo una vez más, porque la nueva patria debe alzarse sobre el espíritu cristiano de bondad y de altruísmo.

Redimir al indio, educar al cholo, son grandes metas de la pedagogía colectiva. Pero es más urgente humanizar y conmover al blanco en la tarea de hacer patria. Si las clases pudientes, si las clases dirigentes no tienen conciencia del rol director y responsable que les confió el destino, renegarán de su misión social. Y algún día el descontento actual crecerá hasta el estallido político, porque los que no saben mandar, organizar ni responder por ese mando, no tienen derecho a comandar.

Si la reforma moral y social que pedimos viene de la derecha, bienvenida. Si viene de la izquierda, también. No discutamos rótulos, disputemos programas. Apartémonos por igual del conformismo y del demagogo. Pidamos hechos, sigamos a los hombres renovadores, constructivos, a los que hacen la dinámica social, cualesquiera que sean su filiación y sus ideas, si ellas buscan el bienestar colectivo. Hagamos la revolución económica desde arriba, para que mañana no nos sorprenda la revolución social por abajo.

¡Hay que inquietarse, hay que agitarse! Mientras el mundo cambia, Bolivia no puede seguir durmiendo encerrada en sus montañas. Proclamemos una ética renovadora, una mística de acción. Habramos campo a otras naciones con nuestro ejemplo y nuestro riesgo: atrevámonos a ser los vigías de una transformación americana.

Pasó la etapa del grito romántico y el desorden callejero. A estudiar, a plantear y a resolver sin desmayo la urgencia de renovación que nos acosa. Nuestras universidades deben enseñar descontento. Nuestros partidos políticos: renovarse o perecer. Debemos ser un pueblo de tres millones de almas y no la finca de tres mil. A esta idea, a esta superior finalidad humana, consagremos las generaciones actuales.

Bolivia nos llama. Bolivia, Nuestra Madre, nos espera.

¡"Pachakuti"! Con fervor indio, con emoción mestiza, saludemos la nueva aurora.

¡"Pachakuti"! Es la hora de emprender y realizar. Nadie puede sustraerse a la magnífica tarea.

¡"Pachakuti"! Que todo cambie, que todo se transforme. Y cuando Bolivia se levante a la entera verdad de una patria libre y justa, podrá dar, como el puma del ancestro, el salto y el zarpazo que devuelvan el mar a la montaña!

Abril de 1948.

CÓDIGO PACHAKUTICO

- I Amar a Dios y practicar la norma cristiana.
- II Consagrar a Bolivia alma, cuerpo y hacienda.
- III No mentir. No robar. No vivir en el ocio.
- IV La revolución moral antes que los cambios políticos. El individuo subordinado al bienestar colectivo.
- V Tres normas subjetivas: verdad, virtud, lealtad.
- VI Tres fines prácticos: democracia orgánica, liberación económica, justicia social.
- VII Una sociedad responsable; cada cual responde por los demás. Libertad dentro del orden. Disciplina en la igualdad.
- VIII Moral de sacrificio. Dinámica de aventura. Oportunidades y responsabilidades para todos.
- IX Justicia para el indio. Superación para el mestizo. Eficiencia para el criollo. Ir a un tipo nacional por la fusión de razas y costumbres.
- X Y recordar que Pachakutismo, la Revolución de la Fe, no le cuida de victorias ni derrotas. Es servir por el honor de

Abril de 1949.

SIRIPAKA

LA BATALLA DE BOLIVIA

El destino llama a la puerta. Son tres toques cortos, vibrantes. Nombres como centellas que alumbran la noche boliviana: Santa Cruz, el constructor; Linares, el reformador; Busch, el visionario. Los tres nos espolean a la acción con el ejemplo de su varonía. ¡Haced patria, combatid la iniquidad! La política es hoy el deber; nadie puede sustraerse al gran llamado. Porque éste es el despertar de Bolivia. Y quien busque patria grande, ha de sumergirse primero en el dolor y en la miseria de las muchedumbres olvidadas.

He aquí: la hora de la verdad llegó. Cansado de la mentira y la injusticia, el pueblo cóndor quiere alzar vuelo.

Preguntareis:

¿Y quiénes sois vosotros, para asumir voz por todo un pueblo!

Respondemos:

—Somos los "Pachakuti", los Hijos de la Tierra. Los que toman su mensaje del suelo y de la raza, en pos de patria mejor. Los que piden libertad y dignidad para todos. Los que luchan contra el privilegio y el engaño. Cristianos de intención, demócratas de acción, queremos humanizar la política. Y frente al sistema plutocrático, anacrónico y feudal que nos rige, exigimos una democracia responsable, orgánica y dinámica, una democracia económica, donde verdaderamente todos gobiernan para todos, donde cada cual se sienta hermano de su hermano: en lo jurídico, en lo económico, en lo social y espiritual.

No aceptamos la consigna moscovita ni el pongueaje al dólar. Queremos nación digna, segura de sí misma, equidistante de los desvaríos de izquierda y de derecha. Bolivia debe hacer su propio camino, atenta a su interna realidad social. ¡Basta de marxismo y de fascismo! Necesitamos una nueva síntesis política, de estructura típicamente boliviana, donde razas y clases se fusionen por el juego concertado de sus diferencias. Una norma india en el concebir, una economía socialista en el obrar; pero ética y política de tipo sudamericano, no transeuropeo, que partiendo del arraigo a la tierra, se base en el trabajo compartido, en la igualdad de oportunidad, en esa "libertad de la necesidad" proclamada por el primer estadista de nuestra época, o sea el mínimo económico para que cada individuo alcance los fines propios de su naturaleza humana.

¿Qué es lo que Bolivia necesita?

Primero una "metanoia", una transformación de las almas, porque si no mudan las almas, de nada servirá el cambio de las leyes. Propugnamos la revolución moral, antes que la revolución política. Porque sólo cuando el ciudadano sea virtuoso la comunidad vivirá en paz.

Después una mística de acción y de mudanza. ¡Todo debe cambiar, todo cambiará! Frente al egoísmo y a la corrupción actuales, oponemos la voluntad de sacrificio y de combate. La verdad y la virtud del tiempo clásico, contra el maquiavelismo contemporáneo. La lealtad contra la intriga. La pelea abierta, varonil, contra la combinación de trastienda. La servidumbre desinteresada contra las ambiciones del poder. Pedimos que Bolivia sea gobernada por la inteligencia y no por los puños. Que el espíritu de comprensión sustituya al espíritu de violencia. Que el desinterés, la generosidad, destierren al odio y la venganza. Una renovación integral: primero las conciencias, después las instituciones. Una política de gran estilo, para terminar con el desordenes. Y si esto es soñar ¡soñemos! Porque sólo avanzan los pueblos en progreso —como recuerda el filósofo— cuando se sueñan a sí mismo; cuando imaginan, crean, y hacen planes sobre su capacidad de organizarse.

¿Qué es lo que ofrecemos a Bolivia, en esta hora de crisis?

Ni razones políticas ni programas presuntuosos. Le ofrecemos humanas, normas éticas, un norte espiritual. Una prédica de amor y de justicia; una disciplina actuante y constructiva.

¿Cuál es la consigna de las nuevas generaciones?

Es el renacimiento de Bolivia. No pidamos victoria rápida, porque esta siembra misteriosa tendrá germinación lenta y difícil. Se trata de cambiar cuatrocientos años de esclavitud por una era de libertad y dignidad para todos los bolivianos.

He aquí: la hora de la verdad llegó. Si los indios, los cholos, los obreros y los empleados no tienen quienes los defiendan, nosotros hablaremos por los empleados, los obreros, los cholos y los indios. Porque la Colonia y el Feudalismo agonizan en el mundo americano, para dar paso a sociedades de hombres libres y dichosos. Y escogemos otro símbolo ancestral para expresar nuestra pasión realizadora. Decimos: "Siripaka", como dice el indio. O sea: va la luz, el que dice la verdad. Deben hablar las ideas callen los fusiles.

Y así comienza la Batalla de Bolivia.

ARUMA: LA NOCHE

Es tiempo de sopor, de temor: duermen las cosas y los seres. Si el cuerpo se inclina al descanso, el alma yace en aura de quietud. Decae todo transido de incertidumbre. Trance nocturno, mensajero de congojas. La sombra tiene cautivo al hombre, le impide movimiento, le roba la voluntad; y el hombre teme a la sombra, padece melancolía, cuando la Nodriza de Ebanos extiende sus hilos negros sobre el mundo.

"Aruma": la inacción, la esclavitud, porque la criatura humana es prisionera de la naturaleza y de su pánico. Retraso, desamparo, oscura ignorancia que deprime. Por eso para significar la desgracia de un pueblo se dice: "es un pueblo nocturno; duerme todavía el sueño de su miseria y de su angustia".

Hablemos, ahora, de la noche boliviana.

Somos pueblo triste porque somos pueblo siervo. Pues ¿cómo hablar de libertad donde no hay vida digna para todos? ¿Cómo pedir alegría cuando reina la miseria? ¿Cómo exigir bienestar colectivo si campean el privilegio y el abuso?

La llamada "democracia boliviana" es un concepto: no existe. Carecemos de unidad étnica y política. Si socialmente vivimos en la desigualdad, económicamente yacemos en el desorden. Algunos viven cómodos, con todos los refinamientos de la técnica moderna; constituyen una reducida minoría, ajena a la miseria del conjunto nacional. Bolivia son, en realidad, los territorios despoblados, la raza desnutrida, las familias hacinadas en viviendas antihigiénicas, la morbilidad infantil, el analfabetismo, el hombre aplastado por la pobreza, por el alcohol y por la coca, la mujer envejecida prematuramente, la ancianidad desvalida, la juventud con escasas posibilidades de progreso. La falta de seguridad económica. La ausencia de cultura. La ley que sólo ampara a los de arriba. Y éste es el drama nacional: uno de hambre, de incompreensión, de mala distribución de la riqueza, porque todavía no aprendimos a transferir lo superfluo de los ricos para proveer a lo necesario de los pobres.

¿Hay igualdad de oportunidad para los bolivianos? ¡No! El país se rige por el principio caciquil: unos mandan y se acrecen a costa de la desgracia de muchos. El dinero y el espíritu de lucro lo hacen todo. Se maneja el país desde el gobierno, la banca, la industria, el comercio, el latifundio, la prensa; ese complicado mecanismo de negocios, intereses creados y compadreríos. Una minoría privilegiada usa y abusa de la riqueza nacional, mientras las grandes mayorías vegetan en la pobreza y la ignorancia. El boliviano medio depende en absoluto del patrón. Su vivienda es mezquina. Se alimenta mal. Carece de recursos para combatir la enfermedad. No puede instruirse. Cae en el vicio por imposibilidad material de recreo honesto. Rara vez progresa: subsiste en un clima sordo que mina su organismo y su espíritu. Ignora el pan celeste de la cultura.

Sólo deja a sus hijos una herencia de pobreza, de trabajo agobiador agobiador, de explotación. ¿Cómo cerrar los ojos a la realidad?

El indio dice: —¿acaso hay día para nosotros? Nos tratan como a bestias. Para nosotros siempre es de noche, porque sólo conocemos miseria y opresión.

El cholo agrega: —¿vivo yo mejor? Me niegan, me combaten, me apalean. Me atribuyen todas las taras, se me culpa de las desgracias nacionales, sin reconocer mi tensión vital ni mis fuerzas creadoras. ¿Quién se preocupa por educar y dignificar al cholo?

El obrero protesta: —Tenemos hambre de verdad, hambre de justicia. No somos comunistas ni agitadores. ¿Por qué los gobiernos están siempre de lado de las empresas? Nuestros problemas humanos, de superación colectiva, concluyen fatalmente en representación política. ¿Por qué se nos empuja a la violencia?

El empleado añade: —Queremos superarnos: un trabajo asociado y no de sumisión. Participación en la responsabilidad, pero también en las utilidades. No podemos seguir de proletarios. Una voluntad de colaboración debe cambiar el actual régimen explotador.

Y si preguntamos a cuatro millones de seres, que habitan todavía un orbe colonial en pleno siglo XX, cuatro millones nos dirán: —¿de qué nación, de qué democracia, de qué progreso se nos habla, cuando inmensas muchedumbres yacen postradas en miseria, en ignorancia, en abandono?

En naciones avanzadas, la colectividad es responsable por el bienestar de sus individuos. El Plan Beveridge, en Inglaterra, quiere proteger al ciudadano desde la cuna hasta el sepulcro, asegurando la unidad de destino entre los hombres. Pero en Bolivia el Estado, que da todo a unos pocos, no concede ni lo elemental a grandes mayorías; y este problema de desequilibrio es el origen del descontento nacional.

El pobre no es libre; es esclavo de su necesidad. Y el boliviano es doblemente esclavo: por su pobreza y su ignorancia.

¿Qué pasa en este país con las ganancias? Algo irritante: mientras los grandes inversionistas acumulan anualmente millones, empleados y obreros sólo reciben pequeños sueldos y salarios y algunos beneficios sociales que no compensan tamaña desigualdad. En tanto no se graven esas ganancias excesivas, como hecho ya en EE.UU., en Inglaterra, en Francia; mientras no se transfiera parte de esa riqueza privada a grandes fines de utilidad colectiva, elevando el nivel de vida de empleados y obreros, hasta transformarlos en seres conscientes de su propia superación, no podemos hablar de igualdad democrática. Pueden variar las porciones de utilidad para cada cual, pero las ganancias de partirse entre Estado, patronos, empleados y obreros. Esto es lo justo. Esto es lo que hará la nueva sociedad humana.

Analicemos la cuestión impositiva. ¿Quiénes pagan sus impuestos? Ni la mitad de los contribuyentes. Generalmente los obreros, las clases medias, el pequeño rentista o profesional, los empleados públicos y particulares, el industrial y el comerciante sujeto a declaración de renta. ¿Y esas grandes fortunas privadas que todos los años crecen desmesuradamente? Pagan unas veces y otras no; y cuando pagan, pagan lo que les viene en gana pagar. Baste señalar esas vergonzosas defraudaciones de los Patiño y los Aramayo, que ningún gobierno tiene pantalones para castigar porque el oro de los ricos puede más que la espada de las leyes. El Estado es impotente para reprimir estas defraudaciones de impuestos; este robo a la colectividad, porque con esos centenares de millones defraudados, Bolivia podría atender sus problemas apremiantes de bienestar social.

Veamos otro aspecto. ¿Cuál es el régimen agrícola en el país? En sus cuatro quintas partes, es uno de abyección. Se alquilan hombres como bestias, se extenuan los organismos, sécanse las almas. El siringuero del Beni y de Pando; el cambia en Santa el chapaco en Tarija; el quéchua en Cochabamba y en Chuquisa; el kolla en La Paz; el campesino de Oruro y Potosí son explotados inmisericordemente. Habrá excepciones, en algunos latifundios próximos a las capitales, pero nunca las excepciones borran el mal general. El peón, en Bolivia, es tratado como cosa, no como ser humano. Al campesino se le arrebató sus tierras, se le despoja de su ganado,

se viola su integridad familiar, se le roba su mísero salario, se le atropella con el puño y con el látigo. La vida en el agro nacional es una espuela de seis púas: patrón, corregidor, cura, tinterillo, comerciante y comisario de policía; y las seis se clavan despiadadas en el campesino. Nos enfurecemos hasta el histerismo cuando sobrevienen las sublevaciones indigenales, pero no reconocemos que esos estallidos de la masa india, apenas son la natural reacción frente a los excesos de la autoridad y del patrón.

Pasemos a las minas. Ya la Misión Mac-Gruder, formada por técnicos norteamericanos, reconoció el miserable nivel de vida de los trabajadores, preconizando que habrían siempre conflictos sociales, en tanto no se mejore esas condiciones adversas: vivienda antihigiénica, alimentación deficiente, salarios bajos en su gran mayoría, falta de medios recreativos, morbilidad acentuada y depauperación biológica de la raza, ausencia total de cultura técnica y elemental. En las minas de Patiño, el 35% de los trabajadores padece tuberculosis y otras enfermedades profesionales. Abandonado por el Estado, explotado por las empresas, el obrero es presa todavía de la suciedad, del alcohol, del concubinato, del desorden físico y moral. La chichería, la multa, el prestamista se llevan buena parte de su salario; hay autoridades que se complican con esta inicua explotación. Y cuando el trabajo agotador hace una piltrafa del obrero, y éste acude a las cajas de seguro en demanda de indemnización, se ve nuevamente explotado: beneficios sociales y ahorros van a parar en buena proporción a manos de inspectores, de médicos, de abogados, de peritos, de procuradores y toda esa fauna social que vive a costilla del trabajador minero. La Caja de Seguro y Ahorro Obrero —dice un agudo observador— lejos de ser una garantía es un dogal para el obrero. Por eso el minero busca en el sindicato un arma de combate que piensa lo sacara de su desesperación y su miseria. Por eso es empujado a la violencia: por hambre, por injusticia, por ignorancia. Porque comprende que mientras a él se le niegan buenos salarios, hospitales, vivienda cómoda, alimentación sana, educación elemental, se tiran 50.000.000.- de bolivianos en pagar los caprichos de la mujer más elegante del mundo.

Lo que pasa en los campos y en las minas, rige para las fábricas y las empresas mercantiles: nadie está contento. Empleados obreros mantienen latente un espíritu de rebelión, porque advierten que son explotados, no siendo justo que muchos trabajen para pocos. Las clases medias, a su vez, colocadas entre el capitalismo devorador y un proletariado tormentoso, padecen idéntico drama de sometimiento y estrechez. En vez de ser el punto de equilibrio entre la minoría conductora y las mayorías de trabajo las clases medias se inclinan naturalmente hacia la muchedumbre de los inconformes, porque intuyen que también ellas son explotadas.

Indiquemos sólo una de esas profundas causas que en Bolivia disfrazan de aventura política la necesidad humana: la desnutrición, la subalimentación de nuestro pueblo. Pero como en Bolivia a la verdad se le dice "demagogia", a la necesidad del "comunismo", y al ansia de progreso "totalitarismo", acudamos al testimonio de los hombres de ciencia, al estudioso, al técnico, a la estadística, para dar una pálida idea del drama nacional.

El profesor Escudero, eminente científico argentino a quien nunca agradeceremos lo suficiente por su magnífico estudio técnico sobre "El presente y el Futuro del Problema Alimentario Bolivia", ha escrito estos severos conceptos: "En Bolivia el consumo y la desnutrición de la masa trabajadora son evidentes debido al bajo signo monetario, a la industria agropecuaria de alimentos muy pobre, a los pocos caminos de comunicación rápida, a la falta de industrias para la conservación de alimentos, y a la comercialización de tipo colonial. El 56 % de la población liviana, indígena, se alimenta escasamente, y a ello se debe el bajo rendimiento del trabajo muscular y la minoración biológica la población minera. El 44 % restante, formado por blancos y mestizos, tiene una alimentación probable de 1.200 calorías diarias, cuando el índice normal debería ser de 2.562 calorías diarias. La desproporción entre los salarios y el costo de vida es la causa originaria de la miseria nacional. Esta subalimentación constituye un estado de "hambre crónica", que es peor que el hambre total mata, porque aquella lleva a la degeneración del hombre".

Después de maduros estudios sobre base estadística, el renombrado profesor Escudero concluye: "Bolivia tiene un solo camino para llegar a la reconstrucción biológica, económica y social: agricultura. Hay que alimentar a la familia del obrero aisladamente. Hay que subsidiar los alimentos a las clases pobres. La física y moral de la familia, depende de su alimentación. El salario debe estar regido por el costo de alimentación, única manera de asegurar la normalidad física y social del país".

Los técnicos en cuestiones sociales señores Capriles Rico y Arduz Eguía, ambos ex-Ministros de Estado afirman: "La alimentación del indígena es misérrima. Un amplio sector de la población boliviana, vegeta en condiciones de vida casi subhumanas. Este bajo nivel de vida se traduce en un progresivo debilitamiento la raza y en su pobre capacidad de creación cultural".

El Dr. Germán Orozco, delegado boliviano a la Tercera Conferencia Internacional de Alimentación expresa: "los indígenas y mestizos se alimentan muy mal, siendo su salud precaria".

El profesor Balcázar, médico y ex-Ministro de Estado habla en sus libros de: "la grave subalimentación infantil que da cifras rosas sobre la desnutrición del niño boliviano".

El economista y ex-Ministro de Estado señor Vásquez, en un estudio efectuado en 1944, dice: "he comprobado que de una población de 222.000 personas, en La Paz, 161.569 consumidores, o sea el 72 % no tienen ingresos suficientes para sus gastos de alimentación; 59.746, o sea el 26,89 % si cumplen con la alimentación establecida, en cambio su presupuesto no alcanza para cubrir el resto de los gastos familiares; y sólo 896 consumidores, o sea el 0,41 % tienen entradas para cubrir todas sus necesidades". Si sucede en La Paz, ¿cómo será en el resto del país?

Otro estudio técnico revela: "El régimen alimentario de la familia del obrero minero, no alcanza, en el más alto número de a cubrir la ración de trabajo, pero ni siquiera la ración mínima ordinaria correspondiente a la vida en reposo".

El Doctor Sotelo, director del Centro Materno infantil de la Cruz Roja Boliviana, quien lucha desde hace varios años con admirable abnegación por las clases desvalidas, después de realizar cuidadosas investigaciones científicas en 1.140 niños, desde la cuna hasta los dos años de edad, llega a esta desoladora conclusión: el 75% son distróficos e hipertróficos, o sea que crecen en condiciones anormales, con falta de peso y talla, inmunidad disminuida, y retraso general; y sólo el 25% son eutróficos, es decir se desarrollan normalmente. Esto en la ciudad más moderna del país. La morti-natalidad infantil en las minas —señala el Dr. Sotelo en otro forme técnico— es impresionante: de cada mil niños nacidos, mueren 370 y sólo 630 llegan a cumplir un año. Para este notable investigador, la subalimentación de las madres proletarias y la nutrición de sus niños, constituyen el más grave problema que debe afrontar el país, porque "la defensa de nuestro capital humano es el primer deber social de la colectividad".

Han hablado los hombres de ciencia y los técnicos. ¿Qué dicen, ahora los políticos miopes, los periodistas alquilados y los intelectuales a sueldo del Circuito Ordorica? Y conste que hemos levantado la punta del velo que cubre el drama boliviano.

Patria no es el privilegio, sino la necesidad de todos. No es únicamente la minoría que dirige; es también y en primer término la muchedumbre que produce y obedece. Por eso en tanto subsistan el hambre crónica, la injusticia, el descontento, y el abuso de los unos a costa de la aflicción de los más, diremos que no es un pueblo libre, sino el feudo de unos pocos que olvidaron a sus hermanos desdichados.

"Aruma": la Noche. ¿De qué sirven el oro, el estaño, antimonio y el petróleo, si nuestro capital humano se extenua sordamente? ¿De qué riqueza nacional nos jactamos, si la miseria y la incultura mantienen al pueblo boliviano en uno de los más bajos niveles de vida del continente?

"Aruma": la Noche. Somos pueblo triste porque somos pueblo pobre. Vivimos en estrechez, en retraso, en confusión. A la vivienda del boliviano hay que ensancharle la puerta, abrirle grandes ventanas, para que entren aire, luz, sol y cultura. Hay que dar salud y vigor a los cuerpos, y un rayo de esperanza a las almas, porque sin salud y sin esperanza no pueden subsistir los pueblos.

"Aruma": la Noche. Se quejan las quenas, lloran las zampoñas. La coca es el refugio del indio, la embriaguez el asilo del obrero. Ajusto es el empleado. El estudiante taciturno. ¿No habéis sentido el dolor reconcentrado de nuestra música vernácula? Penas guarda el kaluyo que romperían corazones. El huayño embosca decepción. Y hasta la cueca boliviana tiene un trasfondo de melancolía porque brota del dolor de un pueblo incomprendido.

Ahora oídme bien: ¿por qué Busch y Villarroel llegaron al corazón del pueblo?

Porque Busch y Villarroel entraron en la noche boliviana. Oyeron el clamor angustiado de las muchedumbres, quisieron levantarlas de su abandono y su amargura. Ambos pagaron con la vida su osadía. Porque es duro, es difícil servir a este pueblo sin servidores. Y el Ángel de la Patria tiene un rostro terrible que enciende y aniquila al que se acerca al resplandor de su misterio.

MIEDO Y CONFIANZA

Para entrar en batalla, primero vencer el miedo.

Vivimos atemorizados y anhelantes. Desconfiamos de todo y de todos. No hay gente más espantadiza que la nuestra, habituada a la zozobra. El rumor, la conjetura, los malos presagios nos asedian. Es como si la imaginación saliera de madre llevándose reposo y confianza en el remolino de sus ondas. Vivimos asustados.

Hay miedo al ejército, a la policía, al gobierno, a la oposición, al capital, al indio, al obrero, a la mudanza. El boliviano es uno que perdió la confianza en sí mismo: transcurre atormentado por los desórdenes externos que alimenta con su propia nerviosidad.

¿Cuál es el origen del pánico? El varón justo no teme nada. Hay susto porque hay iniquidad; el injusto está obligado a desconfiar de todo. Una sociedad inmoral, está siempre pronta a desmoronarse. Los pueblos que se alejan de la equidad, caen en la duda y el temor. Hay miedo porque hay injusticia. Y si las mayorías padecen hambre y desamparo, las minorías temen al espectro de la revolución y la violencia.

Debemos terminar con esta cobardía colectiva. ¿Qué es el miedo sino la falta de confianza en sí mismo? Y la falta de confianza sí mismo, ¿no conduce a la desconfianza en los demás? No hay patria estable sin sosiego en los espíritus. Lo primero que ha de hacerse para alcanzar nación orgánica, será desterrar el miedo; porque como afirma el clásico: el desesperar es falta de ánimo; los esforzados dan rostro a la fortuna.

Necesitamos una ética de valor, una estética de esperanza. El boliviano debe confiar en su capacidad de recuperación. Y aquí cabe el distingo: no hablamos de valor físico, de temeridad ante peligro, sino de aquella otra forma de coraje, el valor civil el valor responsable; aquel que se entrega a la verdad, a la defensa de las causas justas. El que nada teme, porque su fuerza es cosa interior, y está por encima de la desgracia y de la muerte.

¡Basta de miedos imaginarios! Hay que acercarse a todos con lealtad, porque la fuerza tranquila de los buenos puede más que la fuerza agresiva de los malos. ¿Queremos nación orgánica, sociedad estable, unidad espiritual? Comencemos por organizarnos en un orden justo, racional, donde el optimismo creador disuelva las nieblas que nos envuelven. Abolido el privilegio, sobrevendrá la armonía. Seamos hombres de entereza y no facciosos en procura de venganza. Si al pueblo hay que enseñarle que nada se gana con violencia y el tumulto, a la fuerza armada hay que darle una pedagogía de serenidad y discriminación. ¡Que nunca más fusiles livianos apunten a pechos bolivianos! Y humanicemos la lucha interna evitando las persecuciones al caído, porque son las policías agresivas las que desatan los odios vengativos.

No hay que temer al ejército, porque el día que el ejército contemple a una civilidad compacta, manejando eficazmente los asuntos públicos, dejará de conspirar. No hay que temer al pueblo, si le damos leyes justas y trato equitativo; el pueblo es bueno. No hay que temer al indio si lo redimimos por medios rápidos y enérgicos: haciéndole justicia, dándole tierras inembargables, y una educación de tipo técnico y elemental, que le otorgue conciencia y usufructo de sus derechos humanos. No hay que temer al demagogo ni al agitador, porque el único modo sensato de eliminar al agitador y al demagogo, consiste en evitar el descontento colectivo por el equilibrio económico y la justicia social. No hay que tener miedo al dinero, porque al fin el dinero se derrumba en su propia podredumbre. No hay que tener miedo a las mentiras de una prensa venal y engañosa, porque los falsarios se destruyen a sí mismos: perecerán!

La esencia de la democracia — sostiene el pensador — es el diálogo con el adversario. Si no puedes defender tu idea contra la de tu contrincante, es que tu idea es débil y se desvanecerá. ¿Por qué en Bolivia se teme la discusión; por qué se amordaza a la prensa; por qué gobiernos y minoría dirigente viven en permanente defensiva; por qué se ha creado el "Círculo Ordóñez", ese vil instrumento de "opinión dirigida", que oculta la verdad y corrompe las conciencias? Porque no somos una democracia. Porque aquí no se gobierna con todos y para todos, sino solamente en nombre de la fracción gobernante, del Superestado Minero, y contra las grandes mayorías bolivianas. Y éste es el origen de nuestros males: la ausencia de moral, la venalidad y la bellaquería de quienes se dicen conductores de opinión, el desequilibrio entre economía y sociedad. Hay temor al gran cambio social que se avecina, porque se vive en iniquidad e impunidad. El miedo de la oligarquía plutocrática, es el miedo del cobarde y del injusto.

Una prédica engañosa afirma: Bolivia sólo requiere tres cosas: orden, inmigración, capitales y técnicos de afuera. No es así. Sin desconocer que la estabilidad interna, el aluvión inmigratorio, los capitales y técnicos extranjeros contribuyen al desarrollo de naciones semicoloniales, nosotros contestamos:

—No haya miedo al fantasma internacional. La solución boliviana es interior y no vendrá de afuera. Organicémonos en régimen de justicia y libertad, antes de acudir a estímulos externos. Ningún orden se funda en el caos. Mientras no haya democracia auténtica, no habrá paz social. En tanto no elevemos los niveles de vida de nuestras masas, no debemos pensar en corrientes inmigratorias; porque primero son nuestros deberes con el indio, con el cholo, con el campesino y el obrero. Si no damos función social al capital que tenemos dentro, de nada servirá traer nuevos capitales de tipo parasitario. Insistamos pues: antes que orden, justicia! Antes que inmigración, mejoría para nuestras masas. Antes que capitales de fuera, abolición del Superestado y liberación económica.

Proponemos cambiar el complejo de miedo que paraliza a las minorías bolivianas, por una norma de confianza que fundada en los valores eternos del hombre, nos devuelva la serenidad y la constancia. Nada es imposible; y el estadista, el político en la acepción profunda del término, se miden por su capacidad para resolver problemas.

Los chinos y los griegos, maestros en la ciencia de gobernar tenían como fin del Estado la virtud, no la riqueza ni el poder. Sus gobernantes se inspiraban en un ideal elevado de austeridad, humanidad, de reputación moral; por eso edificaron las culturas más admirables. ¿Y qué harán los hombres de hoy para ser dignos de los hombres de ayer? Volver al buen sentido, volver a razón. Entenderse por la palabra, planteando y resolviendo en no de igualdad las discrepancias, porque nada hay que escape a soluciones de conjunto. En vez de temer al minero, al indio, al fabril, al campesino, al empleado, acerquémonos lealmente a ellos. Auscultemos sus necesidades, resolvamos sus problemas, mejoremos sus condiciones de vida. Practiquemos la moral pachakútica: todos respondemos por todos y nadie puede ser dichoso mientras sufren los demás.

Tener confianza en Bolivia, tener confianza en nosotros mismos. Pensar que la nueva patria surgirá del libre consentimiento de los bolivianos, sobre normas de libertad y de justicia efectiva.

La batalla contra el miedo forma parte de la batalla de Bolivia.

Y al temeroso que se asuste por el fragor de estas aguas mudanza que se despeñan presurosas, digámosle con palabras de! Unamuno:

—Los ríos no se pasan por los puentes. Los ríos se pasan a pie.

¿Qué es lo que esta nación necesita? Conductores osados y tranquilos, estadistas responsables. Hombres que trabajen sin miedo al miedo porque su lucha es el deber. Y el día que tengamos conductores valerosos, capaces de dictar y de hacer cumplir leyes justas, el pueblo se habrá aquietado y habremos ganado la primera posición en la Batalla de Bolivia.

REGIÓN Y NACIÓN

Somos nación retrasada, despoblada. Pero más grave que el despoblamiento y el retraso, es la inconexión vital en que yacemos. No hay pueblo más desarticulado que el nuestro. Una abrupta geografía, una historia tormentosa, un dislocamiento étnico y social: he aquí nuestra realidad presente. Y este penoso engranaje se mueve al impulso de fuerzas encontradas, en eterna fricción, porque nadie mira al conjunto y sólo a lo particular. El regionalismo — dicen los sociólogos — es el cáncer de las patrias pequeñas.

¿No será un falso miraje? ¿Y por qué confundir la estrechez lugareña, con aquel otro sentimiento de superación que eleva y dignifica la pasión regional?

Montañeses, vallunos y llaneros viven en recíproco recelo. El kolla desconfía del quéchua; el quéchua malquiere al kolla; el oriental vive alejado de ambos. Esa separación racial instintiva, se ahonda en lo político y geográfico: emulan los departamentos, rivalizan provincias, la comarca es enemiga de la comarca. El espíritu divisionista ha hecho presa del boliviano. Aunque aparentemente kollas, quéchuas y orientales se vean distanciados, sin haber llegado a la fusión de los tipos regionales en el arquetipo nacional, esa desinteligencia no será permanente: es un fenómeno biológico. Es crisis de crecimiento. Es el desequilibrio del progreso.

Pasa como entre familias; cuando un hermano avanza con excesiva rapidez, crece el sordo resentimiento de los postergados. Y es natural. Sucede lo mismo entre pueblos y regiones: si no la igualdad material, físicamente imposible, se pide una semejanza de ritmo en el progreso, un equilibrio entre las oportunidades y los medios para realizarlas, una distribución equitativa de las energías concurren al desarrollo económico y social. Debemos poblar fronteras y despertar las provincias.

El organismo boliviano padece de crecimiento inorgánico. Es un desarrollo desigual, una desproporción entre las partes que afecta la estabilidad del conjunto. La montaña creció a un ritmo; el valle a otro; el llano a un tercero. Esa diferencia de velocidades produjo una ruptura en el proceso fisiológico de la nacionalidad. ¿Por qué funciona mal este organismo? Porque sus partes constitutivas desarrollaron unas muy aprisa, otras muy lentas. Somos un cuerpo irregular: padecemos desorden y desproporción. Y esa fuerza peligrosa, más no siempre negativa, incomprendida, mal utilizada, que hemos dado en llamar "regionalismo", no es otra cosa que el ímpetu vital de pueblos jóvenes que pugnan por su ritmo de vida y de progreso.

¿Es lógico que mientras valles y montañas se unen por sendas ferrovías, no existan ni simples carreteras para alcanzar los bosques y los llanos del oriente y noroeste? ¿Es natural que la primera capital del país cuente con 350.000 habitantes y la última sólo tenga 2.000? ¿Es conveniente la incongruencia económica de que el 75 % de la potencia industrial se concentre en un departamento, mientras los demás sufren falta de capitales y medios de producción? Veamos el proceso demográfico: en ciertos departamentos la densidad de población es de 20 por km²., mientras en otros desciende a 1 habitante por cada 10 km². Tocante a progreso urbano: ciudades hay con millares de casas y otras con algunos centenares; en las primeras se cuenta con todos los adelantos de la técnica moderna, y en las últimas se vive en plena colonia. Existen lugares de lujo, de riqueza superflua, en diversos puntos de la república, con grandes construcciones y espléndidos paseos, mientras zonas enteras agonizan por carecer de lo mas elemental: servicios públicos adecuados, pavimento, aguas luz, escuelas, asistencia social. Los mercados de producción y los centros de consumo en la montaña y en el valle, mantienen tráfico intenso y recíproco; pero recién tratamos de crear núcleos productores en los llanos, en los bosques, en los grandes ríos. Las estadísticas son lastimosas: somos un organismo macrocéfalo constituido por una cabeza excesivamente desarrollada, que se apoya en las cordilleras, mientras el resto del cuerpo nacional yace en debilidad y en abandono porque no pudo fortalecerse. Estas bruscas desigualdades, estas diferencias irritantes, son las que enconan hermanos contra hermanos, las que minan nuestra seguridad interna, porque la historia enseña que la cadena colectiva se rompe por el eslabón más débil.

Piensan algunos que dentro del sistema unitario que nos rige se debe resolver este problema de planificación nacional, de redistribución de las energías económicas. Estiman otros que sólo el sistema federal podría conducirnos al desarrollo orgánico del país. Nosotros creemos

que la solución política exige un previo planteamiento psicológico, Es cuestión de buena fe: dejamos de ser lugareños, desechamos la desconfianza y la envidia, y ascendemos todos a un plano nacional de entendimiento, o seguimos debilitándonos por la discordia.

Hay que planificar el futuro desarrollo de este país, sobre la base de mutuas concesiones regionales, atendiendo lógicamente a las necesidades de las zonas que menos progresaron, pero mirando siempre al equilibrio del conjunto. Necesitamos algo más amplio, más ajustado, más previsor que el Plan Bohan, que sólo consultó el aspecto económico. Necesitamos un Plan Nacional de Recuperación, formulado por los mejores estadistas y técnicos, un plan decenal que contemple el desarrollo político y económico, social y espiritual de la nación, dentro de una orientación científica que asegure el crecimiento orgánico de las zonas y los pueblos que forman la nacionalidad. No sólo descentralización administrativa, como se pidió en 1930, sino descentralización integral: política, económica, administrativa. Que las regiones se manejen por sí misma, con sus propios recursos y sus propios hombres, porque los pueblos de Bolivia ya son mayores de edad y exigen la responsabilidad de su destino. Una fórmula mixta, mitad unitaria, mitad federal, que nos permita acomodarnos al mundo moderno.

Existe una congestión de fuerzas creadoras en el Ande. Pues en bien: si queremos patria grande, patria unida, debemos redistribuir esas fuerzas en equidad y en armonía. Este es el destino de nuestra generación. Gravitar en los llanos y en los bosques, con la misma intensidad que actuamos en los valles y en los montes. Y dar a los olvidados más de lo que piden, para reparar con la generosidad presente los yerros del pasado. Las ciudades lo tienen todo: hay que motorizar también la vida en las aldeas y en los campos.

Superemos la trágica antinomia de región contra nación, convirtiendo la pugna actual en la armonía de contrarios de que habló el jónico, La nación debe moverse en el juego concertado de las fuerzas regionales; las fuerzas regionales deben converger en la nación, Avancemos del caduco lugareñismo de retraso y resentimiento a un nuevo lugareñismo de tipo abierto, generoso, que crezca sin destruir, sin negar a los demás lo que busca para sí. Busquemos el ascenso de conjunto, armónico, equilibrado. ¡Bolivia para todos!

Mas ese equilibrio político y económico, esa equidad para la distribución de energías y posibilidades, no se refieren sólo al progreso de las ciudades; comprenden también y en grado urgente al desarrollo intensivo de todos los pueblos y comarcas. La patria del futuro es la provincia. Hay que despertar, hay que estimular esas potencias dormidas. Necesitamos un espíritu territorial, capaz de llevarnos al completo dominio de nuestras riquezas humanas y naturales. Ese anhelo emprendedor, esa pasión de conocer y organizar, esa dinámica de aventura que engrandece a los pueblos. Una cruzada de actividad llama a nuestras puertas.

Porque antes de librar la Batalla de Bolivia, debemos saber por qué peleamos, cuántos peleamos, cómo peleamos. Y es preciso aplastar primero al localismo disolvente, a la ignorancia territorial, al aislamiento de las zonas geográficas, para poder marchar a la espléndida unidad del suelo y de la raza. ¿Hay quienes en el hombre de las ciudades? Pues yo creo en el campesino, en el provinciano, en el hombre de las tierras interiores!

Los tres paisajes fundamentales de Bolivia son: el oriental, el quéchua, el kolla. Hay que reconciliar y concertar el alma pánica del oriental con el alma bucólica del quéchua y el alma dramática del kolla. Cuando el oriental despierte su energía; cuando el quechua encauce la suya; cuando el kolla entre en simbiosis con demás; entonces lo pánico, lo bucólico y lo dramático, conmoldeados en una misma y sola fuerza ascendente, habrán creado el carácter nacional sobre el triple concurso convergente de la llanura del valle y la montaña. Tres como uno.

Región y Nación convergen al mismo centro: el conocimiento, el acercamiento, el desarrollo orgánico del cuerpo nacional. Necesitamos caminos a centenas, ferrovías, escuelas por puentes, hospitales, estadios, asistencia social, nuevas empresas de producción que distribuyan energía creadora por todo el territorio, desde los ríos noroésticos hasta la campiña tarijeña, desde la meseta andina hasta la fecunda inmensidad de los llanos orientales.

Y cuando este país se haya movilizad dentro de sí mismo, acercando sus fronteras por la continuidad de sus masas demográficas, acrecentando sus comunicaciones internas, dando a cada

zona, a cada pueblo, la oportunidad requerida, habremos ganado otra etapa fundamental en la Batalla de Bolivia. Y llegará día en que, olvidados de los antiguos recelos, de los niveles de vida desiguales, todos podremos mirar confiadamente al porvenir. Porque cuando la riqueza natural, humana y económica de este país en formación, sea encauzada por vías más racionales y más justas, atendiendo a un progreso de conjunto, podremos decir con entereza:

—Aquí no hay kollas, no hay quéchuas, no hay orientales. Hay solamente bolivianos. Y habrán desaparecido los hermanos y los hermanos débiles, porque la familia nacional estará constituida por nueve cuerpos regionales, igualmente jóvenes y enérgicos, igualmente ricos y desarrollados, trabajando en equipo solidario por la verdad indivisible de una Patria libre y grande.

¡Lugareños no; bolivianos sí!

DEMOCRACIA RESPONSABLE

Dos escuelas políticas mueven al hombre: la clásica y la moderna. Una condensa la sabiduría antigua por boca de Platón; la otra expresa el amoralismo renacentista en los escritos de Maquiavelo. Es la eterna pugna de la verdad contra el engaño; la virtud frente a la bellaquería; el cálculo mezquino que niega la eficacia de una conducta austera. El mundo anda trastornado porque el inmoralismo maquiavélico prima sobre el orden platónico. Y en Bolivia, pueblo joven, pueblo en formación, donde se lucha desesperadamente en torno al presupuesto, donde los partidos exigen obediencia ciega sin pedir idoneidad, el hambre, la competencia y espíritu de lucro han hecho su tarea: somos una comunidad sin ideales, de pequeños apetitos. Casi todos juegan sucio y juegan chico, porque los maquiavelos de cartón que infestan el ambiente prescinden de la ley moral, sólo saben del cubileteo y de la intriga. La consigna partidista puede más que el bienestar colectivo.

A la política nacional le falta un sople de idealismo, estructura moral. Somos desdichados porque somos utilitaristas desprovistos de fuerza espiritual. Hemos olvidado que no sólo de pan vive el hombre. Que la política y la economía no bastan para abarcar la total complejidad de la sociedad humana. Hay un abismo entre lo que se ofrece y lo que se cumple. Nadie obra de buena fe: ni los de arriba ni los de abajo. Miedo, desconfianza y rencor trabajan el alma nacional, que jamás se siente satisfecha porque siempre se ve engañada. Vivimos en el fraude.

Necesitamos patria espiritual antes de patria material ver al hombre, núcleo de toda aventura social. El pueblo quiere superar la violencia y el desorden, por una revolución de responsabilidad: todos obran por todos, nadie puede sustraerse al deber común. Pedimos una democracia responsable. Porque ¿cómo ganar madurez política si los encargados de aplicar las leyes son los primeros en burlarlas? Necesitamos la mejoría integral de las muchedumbres postergadas. Queremos gobiernos justos y no gobiernos de oropel!

Hay que cambiar la política enconada de las facciones, por una política de gran estilo, verdaderamente nacional, dirigida hombres que vayan a servir a Bolivia y no a servirse de ella. La nación no puede ser patrimonio de las minorías privilegiadas; porque ¿de qué voluntad democrática se nos habla, cuando de cuatro millones sólo salen 100.000 electores, o sea que ni el 4% la población interviene en la vida civil? ¡Basta ya de monopolios personales! Gobernar si no con todos, al menos para todos. Basta de oligarquías patinistas, de influencias plutocráticas, de ese sentido monopolista de partido que pone a los gobiernos frente al país. Basta de mercaderes engreídos que corrompen al poder público, y sólo se interesan en producir más para ganar más, aunque el pueblo se muera de hambre!

Existe el buen capital: el creador, el que radicado en el país se somete a sus leyes, paga sus impuestos, reinvierte sus ganancias. Nada hay que objetarle, pero desgraciadamente es la excepción. Y existe también el otro, el mal capital, el capital financiero, el capital especulativo, el que según las justas frases del profesor Chariaviglio "posee el control de los bienes de la naturaleza con facultad para negociarlos sin misericordia, al precio determinado por la necesidad de muchos". Es el monopolio económico, el lucro desenfrenado, el azote de los pueblos: el dinero lo controla todo. Y este monstruoso mecanismo de explotación, cuando se hace proteger por el Estado, pervierte el sentido igualitario y generalizador del proceso democrático. Entonces ya no

hay democracia; hay plutocracia, es decir el gobierno de los ricos. Por eso decimos que en Bolivia, la democracia republicana ha sido sustituida hace muchos años por la plutocracia patinista. No manda la ley, ¡manda el estaño!

Defendamos a este pueblo sin defensores diciendo la verdad. Formemos una conciencia pública sobre nuestros deberes colectivos. Hagamos justicia, levantando el nivel de vida de nuestras mayorías desamparadas, educándolas por la escuela y la sana moral dirigente. Las balas, los palos, las prisiones y los destierros, no curan a las masas; las enferman de odio, de desesperación y de venganza. Y lo que éste pueblo quiere no son revoluciones ni desórdenes; son cosas primordiales que se llaman: pan, leche, vestido, techo, cultura, comprensión, justicia. Esto es lo que busca el pueblo boliviano. Y quien diga lo contrario, ¡miente! Y por bellaco ¡palo con él!

Somos pueblo mísero porque estamos mal alimentados. Mirad al norteamericano: sabe alimentarse y fortificar su cuerpo; por eso anda hoy a la cabeza del mundo civilizado. Ved al argentino: está bien nutrido, su presencia denota vigor, confianza en sus aptitudes creadoras. Ved ahora al boliviano: padece de hambre crónica, es de apariencia raquítica, y a ese cuerpo endeble no podemos pedirle hazañas, porque para tener alma intrépida —a no ser genio— hay que contar primero con cuerpo fuerte y sano. Y ésta es la revolución de la responsabilidad que proponemos: la recuperación biológica, económica y social de nuestro pueblo por medio de nutrición adecuada, de educación elemental, de mejoría sus niveles de vida, para que de una raza vigorosa pueda surgir mañana esa patria grande y fuerte que todos anhelamos.

Tres factores requerimos para defender nuestro capital humano. Estado, capital, individuo. El primero con leyes justas; el segundo con su contribución pecuniaria; el tercero con su propia voluntad de disciplina y resurgimiento. Porque no hay liberación económica donde falta educación individual; y la verdad es que si debemos buscar un equilibrio entre economía y humanismo, defendiendo la raza, protegiéndola con todos los estímulos que ofrece la técnica moderna, debemos también curarla de influencias perniciosas, haciéndole comprender que aparte de la miseria, la desnutrición, el abuso de los ricos y la inoperancia del Estado, sus peores enemigos son: el alcoholismo, el Cocaísmo, el concubinato, falta de higiene, el analfabetismo, la violencia, y esa secuela vicios ancestrales que ni Estado ni patronos se cuidan de extirpar. Al obrero no hay que decirle solamente cosas agradables; hay decirle también la verdad.

Por eso al tiempo de procurarle mejor vivienda, mejor alimento, mejor salario, debemos darle también escuelas de enseñanza técnica y elemental; debemos luchar para sanear el concepto de autoridad, acabando con el mal cura, el mal juez, el mal comisario, el mal corregidor, el tinterillo, el pulpero fraudulento y el usurero, esa plaga de vampiros que le roba al obrero su fuerza sangre, embruteciéndolo por el alcohol, la multa, el arresto y la amenaza. Porque todo aquel que priva a su prójimo de lo primordial para vivir, el que por malas artes le quita los billetes que ganó con su esfuerzo y su desgaste orgánico, es robador de sangre, robador de vida, robador de salud; y la lucha contra el vampiraje económico, es punto esencial en la defensa del obrero y de la raza.

El problema del indio y del campesino es igualmente impostergable. Un Ministerio Indígena debería acometer la redención del indio en gran escala, con todos los recursos técnicos y económicos que la grande obra demanda. No se trata de crear una nueva burocracia, sino de formar una generación de educadores, de técnicos, de funcionarios consagrados a su mística tarea de redención y educación. Bolivia debe acercarse a las masas indias para sacarlas de su postración y su miseria. Y comenzar de inmediato, porque es criminal el abandono de cuatro siglos.

No se trata únicamente del problema agrario, que el indio sea dueño de su tierra, buen agricultor. Se trata de combatir el latifundio improductivo, sustituyéndolo por granjas colectivas que la tierra sea del que la vivifica y la cultiva; y se trata bién, de educar y elevar la psicología campesina. Porque si económicamente el problema indígena es uno de sabia regimentación en la propiedad y explotación del suelo, espiritualmente es otro de enseñanza elemental, de tipo técnico, rudimentario si se quiere, para que el campesino sepa que aun confinado en el altiplano, en los valles o en los llanos, es también un ser humano; un hombre sujeto y amparado por las leyes; una conciencia libre, una voluntad responsable, que pueden y deben superarse por medio del trabajo y la cultura.

No es imposible transformar el régimen feudal -agrícola del donde el campesino sirve de sirvo, en un cooperativismo estatal convenientemente tecnificado. O como sugieren sociólogos de México y del Perú: ir a la producción socializada de la tierra, porque las tierras deben ser de usufructo colectivo, como en tiempos del Inkario, para lo cual se industrializará el sistema agrícola, haciendo que el préstamo bancario, el tractor y las semillas puedan llegar a todos.

El problema del indio es en gran parte el problema de Bolivia: mientras esas inmensas multitudes no sean jurídica, económica y culturalmente incorporadas a la vida nacional, no podemos hablar de nación, de verdadera democracia, de justicia social.

El indio nos ha servido varios siglos. Ahora nosotros debemos servir al indio. Y no se entienda la frase en el sentido demagógico azucar a las masas, sino en aquel otro evangélico de servidumbre voluntaria a una causa justa. Porque no hay causa más grande en este pueblo nocturno, inerme, acosado por el dolor y la miseria de sus masas campesinas, que consagrarse al bienestar de las multitudes desvalidas; porque allí donde el pueblo sufre, allí están Dios y su designio.

La redención del indio, la superación del campesino, sólo admiten una fórmula: justicia, tierras, escuela. Seguridad económica y enseñanza elemental. Cambiar cuerpo y alma, porque si a uno le faltan las calorías necesarias, la otra debe mudar su mecanismo mental para alzarse a una vida mejor. Las mayorías indomestizas esperan una siembra de amor; una pedagogía de comprensión y de esperanza; una tarea práctica de nuevos usos y de tecnificación progresiva. Porque el día que la población indomestiza haya encontrado su camino, recién podremos decir que Bolivia ha cumplido su destino en América.

¿Cómo se harán la revolución moral, la democracia responsable?

Ni por asalto al poder ni por zarpazo al presupuesto. Ni siquiera desde la agresiva posición del partido político. Por la pelea abierta, desinteresada: en la calle, en la conferencia, en el boletín, en la prédica radial, hasta crear una conciencia nacional, un nuevo estado de espíritu en los bolivianos, que todavía ignoran lo que son y lo que pueden, porque hasta las ideas, las noticias, crítica de prensa, les son servidas en la mamadera patinista, toda hecha de mentira y de explotación.

Hacer Patria antes de hacer política. Porque la política, ciencia de gobernar pueblos, se ha desnaturalizado entre nosotros, se ha reducido a la alternancia de compadres. Si pedimos Patria Nueva, debemos dar sentido ético y renovador a los partidos. Por eso la revolución de la fe pide hombres aptos, responsables, grupos realizadores y altruistas, que fundados en la norma cristiana pongan la economía al servicio del hombre y no el hombre al servicio la economía. Que la moral pública y la moral privada corran parejas, porque si al Estado le pedimos justicia, al que gobierna se le exige austeridad. Sólo es digno de conducir a los demás, el que sabe manejarse a sí mismo. La democracia responsable postula hombres íntegros para un gobierno justo.

Bolivia requiere una cura de decencia y de realizaciones prácticas. Primero protección a la madre y al niño, columnas sociedad; después leyes protectoras para obreros, campesinos y empleados; luego oportunidades para el estudiante y para el técnico. Menos política, más trabajo. La fórmula pachakútica: juego grande y juego limpio en servicio del pueblo. Gobernar no con el partido y las picardías, sino con la nación y administrando severamente la riqueza nacional. Porque el día que se gaste sólo aquello que se debe gastar; cuando todos paguen sus impuestos; cuando las divisas se distribuyan en forma justa; cuando se impida salida de capitales en forma de remanentes incontrolados y dividendos que se filtran por bolsa negra; cuando terminen los privilegios y los negociados con el fisco, ese día lo que Bolivia produzca será para los bolivianos y habremos comenzado a salir caos financiero en que vivimos.

Este cambio gigantesco se realizará de adentro hacia primero en las conciencias, después en los hogares, finalmente el sindicato, en el gremio, en el grupo, en el partido. Si todos proceden con buena fe, si todos hacen concesiones recíprocas, sometiendo su pequeña verdad particular a una grande y unificadora verdad de conjunto, entonces podremos marchar a la organización nacional.

Vivimos en plena revolución mundial: la sociedad humana, nuevas formas políticas y económicas. Otra estructura social. Estamos ya avanzando a ellas; pero entretanto, en nuestra América nocturna, atrasada y despoblada, sólo cabe la democracia orgánica y dinámica que propugnamos. Sin temor a los excesos del capitalismo liberal, sin temor al Estado-prisión del marxismo comunista, porque la lucha de clases será superada en la concertación y el equilibrio de las fuerzas productoras, en la igualdad seguridades y de posibilidades para todos. Y ésta será la humanidad del futuro: la fusión del sindicato y de la empresa, por un principio de trabajo compartido y asociado. Una síntesis social de esfuerzo, de responsabilidad, de usufructo. Trabajadores, empleados, gerentes, patronos, participando en el capital, en su conducción, en los riesgos y en el beneficio del negocio. La voluntad de posición reemplazada por la voluntad de cooperación, porque sólo colabora el igual entre iguales; el que se siente seguro entre los demás. Democracia participante, de cohesión, no democracia de explotación. Y si se busca el término justo, irrevocable: ¡democracia responsable!

Esto es lo que anhelamos para Bolivia. La Revolución de la Responsabilidad. Mudanza de las almas, de las instituciones, de los hábitos. ¡Mira en tí: esa es tu patria! Cada cual debe responder por lo que piensa y por lo que hace. Todos se deben a todos. Y si quieres patria grande, conságrate a estas gentes bolivianas que padecen hambre de amor, hambre de justicia, hambre de verdad y de belleza.

URU: EL DIA

Una democracia responsable no se conforma con lo existente: quiere removerlo y transformarlo todo.

¿Qué necesitamos de urgencia? Un cambio total, una nueva estructura psicológica y social. En Bolivia todas las revoluciones fueron traicionadas o truncadas; ninguna llegó donde se propuso. Necesitamos, pues, hacer la Revolución Nacional. Ni cuartelazos ni violencia desatada; la fuerza expansiva de las ideas puede más. Aunque parezca paradójica, seamos insurgentes dentro de la ley: hagamos la revolución interior. Y cuando este anhelo renovador en las almas bolivianas, un día, sin disparar un tiro, toda basura y la podredumbre actuales serán aventadas. El mundo dará paso al mundo nuevo. Y un pronunciamiento nacional de nuevo estilo, respaldado por cuatro millones de conciencias, milagro de la Patria Mejor. De la joven república ascendente.

Después requerimos dirección. Diez mil líderes, diez mil técnicos, que broten de los trabajadores, de las clases medias, del grupo dirigente; porque los líderes que hoy tenemos, por su escaso número y por su bajo índice de productividad, no bastarían para transformar una provincia. Exigimos conductores idealistas y realizadores a un mismo tiempo, que en vez de conspirar y murmurar nos enseñen a resolver nuestros problemas con paciencia y con habilidad. Aparte de las universidades de formación humanista que ya tenemos, pedimos universidades populares, escuelas técnicas y manuales, centros cívicos y artísticos, de educación: gratuita, donde todos puedan aprender sin privilegios de nombre o de fortuna. ¡Oportunidades para todos: ésta es la consigna democrática!

Los conducidos constituyen el primer deber de los conductores. Lo inmediato es pues dar seguridad económica a nuestros capitales humanos. Diez mil deben obrar consagrados al bienestar de cuatro millones. Necesitamos un Instituto de Alimentación que encare el hambre crónica de las poblaciones; proteger a la madre y al niño mediante dispensarios materno-infantiles; asistencia social en gran escala, para que la higiene, la medicina y los recursos técnicos de educación familiar puedan llegar a las aldeas y los campos; enseñanza intensiva popular, por medio de escuelas rurales y brigadas móviles, adaptada a las modalidades de la vida regional, una prédica de orden, de austeridad y disciplina, para que la familia boliviana sea impulsada por una mística de resurgimiento y por una voluntad de organización. Obtenido el reajuste humano, todo problema técnico y político deviene soluble.

No somos enemigos del capital ni de los ricos. El industrial, el comerciante, el agricultor, el mediano y el pequeño minero que después de una larga vida de trabajo labraron fortuna y cumplieron las leyes, merecen respeto y estímulo. Somos adversarios del abuso de riqueza, del egoísmo, del monopolio. Porque si los enemigos del cristiano son tres: mundo, demonio y carne; los enemigos del boliviano son también tres: Patiño, Hochschild y Aramayo.

¿Cuál es el planteamiento económico que Bolivia necesita?

Planteamos un Nuevo Sistema Económico. Trabajar más, producir más; distribuir mejor la riqueza. Sustituir la economía anárquica y de privilegio que nos rige, por una economía ordenada y participante. No basta acaparar las divisas por el fisco; es preciso cortar los presupuestos inorgánicos, terminar con el favoritismo y el despilfarro, eliminar los peculados. La Nación debe vivir con lo que tiene, Hagamos la reforma tributaria para que cada cual pague lo que debe pagar. Demos función reproductiva al crédito bancario. Gravemos no la producción, no el consumo, sino las grandes rentas. Nivelemos el presupuesto fiscal y el presupuesto privado, porque el orden y el ahorro hacen los pueblos fuertes. Y cuando haya utilidades, que no se repartan sólo entre Empresas y Estado, sino también entre empleados y obreros, porque son éstos que contribuyen a levantar las grandes fortunas. Que el inversionista maneje su negocio dentro de la libre iniciativa: bien. Pero así como el país le otorga derechos y garantías para crecer a su amparo, a la hora de los beneficios el país debe exigir un sentido social en la distribución de la riqueza. Si creció ayudado por todos, que también él ayude a todos, ¡Pedimos economía de participación, no de explotación!

Esta planificación del proceso económico, este cambio de un sistema de vida a otro, no pueden ser obra de un hombre ni de grupo. Los planes unipersonales se los lleva el viento, Nosotros planteamos un Nuevo Sistema Económico de orden, de equidad de presión, que sólo puede llevar a la práctica un equipo de estadistas, de técnicos, de legisladores; o sea la suma de aptitudes, la suma de conocimientos para transformar nuestra actual economía individualista, raquílica y confusa, en una vigorosa economía social de contenido humano, capaz de darnos estabilidad política y seguridad económica.

¡Necesitamos una economía de honradez y de justicia!

¿Queremos liberación económica, paz social? Comencemos por ser moralmente dignos y políticamente justos.

La vieja beligerancia entre Capital y Trabajo puede y terminar. Socialicemos razonablemente la producción, por un nuevo régimen de convivencia entre empleados y empleadores. Obreros, empleados y patronos, deben asociarse en la dirección de las empresas, en su perfeccionamiento técnico, en los riesgos y beneficios; así se habrá cambiado el actual complejo de sometimiento, en un principio de libertad compartida y asociada. Que todos sean participantes, nadie explotado.

Pero si el capital no hace concesiones, si se niega a reconocer la urgencia de transformación que acosa al mundo, no habrá otro camino que fortalecer al Estado asegurándole el dominio de la economía nacional. Y aquí entran todos esos puntos de política económica que pertenecen a todos los partidos renovadores, a todo el pueblo boliviano: nacionalización de las fuentes productoras, sin que nacionalizar signifique estatizar; reforma impositiva para todos paguen sus impuestos y en la proporción debida; radicación de las reservas impidiendo la fuga de capitales; lucha contra la especulación y las ganancias exorbitantes; vivienda barata para empleado y el obrero; reforma agraria parcelando el latifundio improductivo mediante cooperativas agrícolas tecnificadas que aseguren al campesino lo que un economista europeo llama la "unidad vital": un trozo de tierra propio, inembargable, vivienda holgada, un equipo técnico que asegure la autonomía económica del grupo familiar; impuestos al lujo y al exceso, no al consumo; y finalmente organizar la sociedad boliviana de suerte que haya muchas rentas medias y pocas elevadas, muchos pequeños propietarios y pocos grandes propietarios, porque el mundo actual no admite ya ese canibalismo plutocrático que consiste en devorarse los demás, mientras unos cuantos engordan como pavos de Navidad.

Hay que descentralizar las industrias, establecer rápidas vías de comunicación, formar centros rurales de producción y de consumo, distribuir mejor las energías humanas y materiales del país. Dar una esperanza de redención moral y de realizaciones prácticas para todos. Ayudar sobre todo a la familia, porque es la célula productiva de la comunidad social: que el Estado lleve su tarea protectora, el equilibrio económico, la seguridad del individuo, lo mismo a la choza del indígena que

a la casucha del obrero y a la vivienda del empleado, Gobernar es cuidar por las muchedumbres. Gobernar es ordenar.

La nueva humanidad no acepta un capitalismo de fuga y de rapiña. Pide capitales honestos, creadores, de producción racional y compartida. Quiere abolición de privilegios, mejor distribución de la riqueza, un acercamiento equitativo entre los hombres, Exige una nueva actitud ante la vida y para afrontar la organización social.

Educando la voluntad hacia superiores fines, toda obra material será posible. La redención del indio, la superación del mestizo, la mejoría de nuestras clases medias; esos inmensos sueños para surcar el territorio de vías comunicatorias, diversificar y mecanizar la producción, autoabastecer las poblaciones; la tecnificación ejército y de la administración pública; la planificación económica e industrial; la educación popular en gran escala, todo esto será realizable si llevamos a cabo previamente la reforma política moral que consiste en dar a los bolivianos la conciencia de su destino, y el manejo de las energías nacionales, para que en vez privilegio y del abuso, sólo impere la verdad fuerte y sencilla de las multitudes.

Bolivia debe ser remodelada, jurídica, política, económica, culturalmente. Nuevas leyes, nuevas costumbres. Que hagan su obra los legisladores y los técnicos. Forjemos una nueva filosofía colectiva de honradez, de trabajo, de inquietud renovadora y creadora, de libertad dentro del orden, de disciplina en la igualdad. Un nuevo código moral que sea también instrumento y norma de convivencia para todos. Una democracia actuante, recta y previsor, y sagaz, que fundada en la libertad y en la responsabilidad, asegure la vida digna a las mayorías olvidadas.

La Batalla de Bolivia es la batalla por nosotros mismos. Podemos ganarla si sabemos pelearla. Pero brazos, capitales, técnicos hay que buscarlos afuera: están aquí, son brazos, capitales y técnicos bolivianos que sólo esperan oportunidad de obrar bajo una dirección sabia y diligente. Porque es urgente revalorizar lo boliviano. Confiando en lo nuestro, también nosotros podemos manejar minas, petróleos, ferrovías, industrias y comercios. ¡No hay razas superiores!

"Uru": el Día. Una inmensa tarea de organización social nos espera. Es el tiempo del ímpetu atrevido. Es el amor que anuda. Es la ambición generosa que eleva. Es el destino que toca a nuestras puertas. Es el despertar de Bolivia.

La montaña se ha puesto a caminar. Los valles tiemblan impaciencia. La llanura espera el abrazo amoroso que la fecunde. ¿Qué fuerza oscura estremece los caminos? ¿Qué dicen los grandes ríos? ¿Por qué los aires se pueblan de signos y latidos augurales? El hombre de bronce de las punas, el hombre musical del valle, el hombre vegetal del bosque y de los llanos, ensayan primera por vez una sinfonía nacional. La región cede paso al sentimiento unificante de nación. La patria del odio y la pereza cederá ante la patria del amor creador y del esfuerzo compartido. Dejaremos de ser lugareños, para llamarnos solamente "bolivianos". Los que comen del mismo pan. Los que duermen bajo el mismo techo. Los que visten la misma tela de dolor y de alegría.

"Uru" el Día. Tiempo de liberación, promesa de mejora, aunque primero sobrevengan las horas duras del sacrificio y de la lucha. Nobles derechos, pero también grandes deberes. La insurgencia dentro de la ley. Estamos contra todos los privilegios de grupo y de personas. Bolivia es para todos y no de las logias que usurpan el derecho de comando a las multitudes nacionales. Un nuevo sentimiento de patria. La justicia antes que el orden. La honradez individual y colectiva. La responsabilidad frente al destino. La nación por encima de las fracciones. Y un día de días, cuando la redención de todo un pueblo sea lograda, zampoñas de cristal dirán el ímpetu de este amanecer boliviano que parece brotar de las profundidades de la tierra india.

"Uru": el Día. Para hacernos dignos de la luz, debemos ganar la batalla de la ignorancia y de las sombras. ¡No llores ya, boliviano! Calle la quena quejumbrosa, fuera melancolías. Porque es tiempo de riesgo y de mudanza. Nadie debe lamentarse como hombre, cuando es hora de salvarse como pueblo! Huayños, kaluyos, cuecas, carnavalitos hablan al corazón; mas hoy necesitamos músicas épicas, viriles, que hablen a la voluntad: broncos tambores indios, fuertes cantares cholos, clarines criollos que saluden a la nueva aurora con himnos de coraje y de esperanza.

¡Aimarás, quéchuas, orientales: todos hermanos! Salen de los bosques, se esparcen por los llanos, brotan de los valles líricos, se descuelgan de los filos montañoses. Es la patria en marcha a la búsqueda de su destino. Es una muchedumbre innumerable henchida de gérmenes secretos. Y a la cabeza del pueblo indio avanza un heraldo fabuloso, que abre camino con su honda de estrellas. Y los bolivianos le preguntan:

—¿Cuál es tu mensaje?

Y el "Siripaka" dice:

—Soy el que lleva la luz, el que dice la verdad:

Y cuando todos insisten:

—¿Dónde vamos?

El "Siripaka" responde:

—Vamos al encuentro del suelo y de la raza. Por el dolor a alegría. Por el trabajo al bienestar. Por el combate a la victoria.

Y cuando ellos interrogan por tercera vez:

—¿ Y si perdemos el combate?

El "Siripaka" por tercera vez responde:

—Sólo pierden su combate los pueblos que se sienten vencidos. ¡Marchad sin preguntar, pelead sin desmayar! La victoria es de los osados y los fuertes, de los que se atreven a ser amos de su hado.

Y las multitudes reanudan su marcha, fortalecidas por el heraldo indio.

Porque la Voz de Dios ha resonado en las Montañas. Lengua profética. Sacro designio. Un pueblo sale al encuentro de su destino, transido de pasión y de esperanza. ¡Queremos ser nosotros mismos: bolivianos de alma y de obra, de sentimiento y voluntad realizadora!

Tengamos fe. Seamos constantes. Luchemos contra nosotros mismos, venciéndonos en la duda y en el sacrificio. Si el Cóndor Boliviano tiene las alas rotas ¡no importa! Volemos con las alas rotas, que acaso un día el mar lejano con sus brazos de espuma le dará otras alas más bellas y más fuertes.

Y así se libra la Batalla de Bolivia. ¡Paso de vencedores, no hay retirada!

Agosto de 1949.

[EL KOLLAO ENTRA EN LA HISTORIA](#)

En el primer tomo de su monumental "ESTUDIO DE LA HISTORIA", el profesor Arnold J. Toynbee, abre nuevos horizontes a la interpretación del pasado. Tan rico de perspectivas, tan cargado de material crítico e informativo, tan complejo de substancia es el libro, que desalienta a los profanos: ¿cómo atreverse a medir tanto saber? Se trata de una obra "demasiado sabia" para la mentalidad corriente. Pero si el trabajo de Toynbee es casi inabarcable en el conjunto, puede ser desmontado en el detalle. Y esto es lo que haremos tocante al origen de las remotas civilizaciones andinas, punto que el historiador inglés no parece haber profundizado.

Sostiene Toynbee que las civilizaciones precolombinas surgieron en áreas difíciles, hostiles. Verdad incontestable. Para nosotros, los bolivianos, esta tesis no requiere demostración: sabemos que el Ande áspero y estimulante, es la cuna del acontecer histórico en el continente Sur.

No aceptamos, en cambio, la teoría que recogida de otros eruditos, lanza Toynbee afirmando que la costa es, culturalmente, anterior a la montaña. Es justamente a la inversa: Chimú, Nazca, Mochica, Inca y todas las formas mixtas o sucedáneas de estas civilizaciones, derivan del gran núcleo central andino o KOLLA, de raíz eminentemente cordillerana. Los investigadores europeos sólo hablan del Cuzco por su mejor proximidad histórica, ignorando que en la cuenca del Titikaka, piedras legendarias de Tiwanaku y en diversos focos arqueológicos cos del Kollao o gran altiplano de Bolivia, duermen todavía vestigios de la primitiva sociedad andina.

¿Qué saben los occidentales del remoto pasado sudamericano? Nada o casi nada. Veinticinco siglos durmió el Egipto antes de revelar su mensaje. De los mayas, de los quichés, de los toltecas se sabe algo. Pero de los kollas o andinos primitivos (muchísimo más antiguos que los quéchuas o incas que heredan sus formas vitales) todo está por descubrirse.

Hay dos líneas para estudiar el pasado precolombino en el Ande: la peruana y la boliviana. La peruana está al alcance de todos; parte del rapsoda Garcilaso; comprende excelentes monografías de los profesores Tello, Valcárcel, Cossío del Pomar, Basadre, etc.; se apoya en el testimonio de investigadores de la talla de Midendorff, Uhle, Nordenskiöld, Means, Baudin; viene avaluada por el trabajo científico de arqueólogos como Kroebers, Bennett, Duncan, Collier. Para la gran mayoría de estos, todo sería de origen quéchua y lleva el sello de lo inca. Apoyándose en ellos, Toynbee estima que el Estado Universal Andino era el Imperio de los incas. La línea boliviana, que carece de un tronco colonial como Garcilaso, que no posee la riqueza de material difundido que tiene la peruana, hay que rastrearla en los cronistas de la Colonia y seguirla en libros casi ignorados o en revistas y periódicos ya olvidados. Aparte de estudios aislados de investigadores extranjeros, sólo Posnansky ha sistematizado y divulgado en amplio radio sus trabajos; en cambio Villamil de Rada, Díaz Romero, Camacho, Federico Diez de Medina, que tienen estudios interesantísimos, no difundieron al campo internacional sus descubrimientos. Estos desembocan directamente en lo kolla o aimára, términos que aun no manejan los investigadores modernos por ignorarlos casi del todo. Más insulares los bolivianos que los peruanos, con menos posibilidades para el estudio científico, sistemático y la divulgación de sus investigaciones, ofrecen mayores dificultades de acceso y de observación. He aquí por qué la línea peruana nos aventaja en cercanía y novedad. Por ahora.

¿Mas qué dirían los eruditos de Occidente si supieran — como lo ha demostrado científicamente el profesor Camacho— casi todas las instituciones agrarias, económicas y sociales del Incario, están calcadas en las más antiguas y remotas instituciones y costumbres de los kollas?

La leyenda de Manco-Capac y Mama-Ocillo — los Hijos del Sol— no nace en el Cuzco como algunos pretenden hacer consentir sino en el Lago Titikaka, punto reconocido aun por los peruanistas.

El Gran Perú, formado en el pasado por lo que hoy constituyen los territorios del Perú y de Bolivia, ha sido estudiado sólo desde el ángulo peruano en un sentido universal; es decir, con ojo quéchua. Los bolivianos, encerrados en nuestras montañas, no tuvimos grandes ingenios ni medios técnicos para investigar y difundir nuestros orígenes, más ricos y antiguos que los peruanos. Y no hablamos en términos de odioso nacionalismo arqueológico, sino en perspectiva de antecedencia continental.

Los kollas, aimáras, o primitivos andinos, aunque rara vez aparecen citados en los modernos textos de historia y de arte, viven todavía en la leyenda, en la piedra, en la geografía, en la raza. Cuando Keyserling, con juicio aquilino, dijo de nuestros indios altiplánicos "estos hombres son muchísimo más viejos de cuanto se ha puesto hasta ahora", lo dijo todo. Esa cultura remotísima, creadora de las actuales ruinas de Tiwanaku y de otras fábricas líticas diseminadas por la meseta (ruinas que son un fin de civilización y no un principio) generó las formas religiosas, políticas, sociales y artísticas que de ella heredaron las sociedades andinas posteriores a la diáspora kolla. Los incas bajaron de la alta meseta boliviana a los valles sudperuanos: los quéchuas son pues sucesores y epígonos de los aimáras, que actualmente llamamos "kollas" para distinguirlo en el tiempo histórico de la raza sobreviviente. Y así como detrás de los primeros hindúes aparece Mohenjo-Daro, o detrás de los helenos asoman los aqueos y pelasgos, detrás de los incas brota el impulso eterno, primordial, poderoso de los kollas, sobre cuya arquitectura lítica de inmensos bloques naturales modificados por arte humano, se levanta la posterior y menos

sólida construcción incaica, hecho reconocido por todos los arqueólogos, aunque no todos reconocen que esa fundación inicial es kolla.

Tocante a la tesis geográfica, la compartimos y a la intuición de Toynbee. Efectivamente: del medio físico duro, hostil, saca el andino su religión hillozoísta, su técnica agraria y de regadío, su disciplina social, su arte mágico y telúrico revela profundos conocimientos astronómicos, matemáticos, geométricos. Cuentan las tradiciones que en la meseta de los Andes hubo un tiempo sin sol: la "Chamak-Pacha" o Edad Oscura de los kollas. ¿Fue la última glaciación en América? Lo dirán geólogos, mas en ella hay que buscar el origen de las primeras culturas andinas que fueron nocturnas, adoradoras de la montaña, y que sólo miles de años después se volvieron heliolátricas.

Para un sentir cronológico Sud-América sólo tiene diez siglos de ordenación histórica; Bolivia ciento treinta años. Casi nada. Pero para nosotros, los descendientes del andino primitivo, la huella del hombre, la impronta del espíritu, se remontan más de diez mil años. El panteón andino duerme todavía bajo tierra. Las ruinas mayores — y mejores — yacen enterradas en el subsuelo. El indio, hurraño, calla. El buceo arqueológico rara vez toca los substratos de la tradición, porque carecemos de investigadores geniales, de talentos poéticos, de los medios materiales para realizar tal estudio en gran escala. Todo está en la sombra intacto, durmiendo, en espera de los Evans, los Schliemann, los Morley. Y del hombre, de la obra mágica del alma expresando el poder de estas montañas seculares que fueron, según la teogonía india, ellas mismas los héroes del Tiempo Mítico, sabemos muy poco.

Se necesitaron dos mil años de pensar humano organizado y sistemático, para llegar a las prodigiosas síntesis de Curtius o de Burckhardt respecto a los helenos. ¿Cuántos siglos transcurrirán antes de que el Ande nazca a la comprensión universal? La gran cordillera, en su épica culminación de la meseta ando-boliviana, no es sólo un tremendo suceso geológico: es el mayor y más remoto "habitat" del sudamericano. Todo fue misterio en su origen. Todo será revelación mañana...

Lo arcaico, en prehistoria andina, es típicamente kolla de altura, dominante de arriba hacia abajo.

Apesar de su prodigiosa erudición, Toynbee no alcanza la verdad inmovible de nuestra geografía física, de la tradición secular, lo que enseñan la geo-psique, la toponimia y la semántica, los restos arqueológicos, usos y costumbres milenarios. Si hubiera visitado el Ande, habría hallado en los hábitos ancestrales de nuestros kollas montañoses, un ritmo inalterable: de la meseta a los valles, de los valles a la costa. Siempre la misma línea que cae — histórica, política, sociológicamente — de lo dominante a lo tendido. Las tierras bajas nunca afirmaron influencia extensa, aunque pasajera hubieran señoreado el paisaje encumbrado. En cambio la meseta está presente en las culturas de los valles y zonas costeras. Baste recordar que la cerámica del Tiwanaku, nuestro famoso signo escalonado, la arquitectura lítica, las raíces de la lengua aimára, signos, ideogramas, pictografías del planalto andino transvolaron a medio continente: Perú, parte de Colombia, Ecuador, Venezuela, norte de Chile y Argentina y hasta de la remota Polinesia.

Hay tres estilos artísticos bien diferenciados — aparte de otros secundarios — en el Perú prehistórico: el Incaico o cuzqueño; el Tiwanakense o Kolla; el de Chavín o costeño. Y todos ellos hablan de un origen montañoso en los estilos nacionales. La piedra bajó con los exploradores indios de la cordillera a los valles y a la costa. Si se sigue el rastro de la sucesión arquitectónica, cultural y estilística, se comprobará que la montaña es principio y fin, centro y clave, el "anima animans" del orbe andino. Tiwanaku, el más antiguo recinto arqueológico de la América del Sur, elabora un arte naturalista, figurativo, de ordenaciones geométricas. Formas cúbicas y rectangulares — estilo ortogonal lo llama Cossío del Pomar — con predominio de símbolos agolpados, expresan una inteligencia desarrollada que tuvo comprensión nocturna del cosmos. Pero Tiwanaku apenas si es conocido por los historiadores modernos, que no ven más allá de lo incaico e ignoran la génesis del alma primitiva en el planalto andino.

Sostiene Toynbee que nada es más relativo que el pensamiento histórico. Exacto. Y tan exacto que cuanto más creemos abarcar sabemos menos, por paradójico que parezca. Hay que mirar el Ande prehistórico con visión multiplana. Primero la versión del conquistador español que nada comprendió en profundidad del mundo indio; luego el suceso quéchua o incaico; en seguida

el hecho kolla o tiwanakense; mas atrás la leyenda de los "Intis", hipotéticos primitivos pobladores del territorio alto; más allá todavía otras huellas o reminiscencias de culturas arcaicas que carecen de nombre. Y esto sin olvidar que Nazca, Mochica, Chullpa, Uru, Paracas son reinos singulares no por secundarias menos evidentes. Se confirma, aquí, la sentencia aristotélica: "las ciencias y artes fueron inventadas muchas veces y muchas veces desaparecieron". Como los pueblos, como las civilizaciones. Es éste acaecer desaparecer y reaparecer incesante, este hundirse y resurgir de imperios en el tiempo, lo que un gran poeta nuestro vislumbró al decir:

"...horizontes que siguen a horizontes,
lontananzas detrás de lontananzas..."

Si pasamos al campo filológico, las pruebas son mayores. "Kolla" quiere decir "el primero". El famoso "Wirakocha", deidad mayor del panteón andino que los incas mantienen como representación de una fuerza universal, es sólo una nueva encarnación de "Pacha", el dios telúrico del Ande, inventado por los "kollas" como suma expresión metafísica del mundo circundante. "Thunupa" figura mítica e histórica, quiere decir: "el primer jefe". Y el Manco-Cápac", fundador de la dinastía de los Incas, arranca su genealogía de su remoto antecesor montañés "Mallku-Khapaj", el "cóndor poderoso" de la leyenda andina. Hijos del Sol se llamaron los reyes incas; pero su adoración al Sol o "Inti", era sólo una prolongación del culto kolla a "Willka" el astro fulgurante. Por dondequiera que se avance, hay siempre una antecedencia aimára detrás del hecho quéchua. Tradición, geografía, semántica y toponimia lo comprueban. ¿Qué mejor explicación que la sugerida por la palabra "aimára" que para un filólogo autorizado significa: "los antiguos, los de tiempo inmemorial, la estrella remota"?

Quien quiera estudiar severamente la hondura de nuestro pasado precolombino, debe abandonar el concepto de "Inti" o el Padre Sol que adoraron los incas, para profundizar el estudio de la palabra "Pacha", el más remoto dios del Ande inmemorial. "Pacha" la deidad que baja de la montaña, el Señor del Mundo. "Pacha" que como el "Pan" de los helenos es la personificación del todo, el universo mismo, la palabra primordial del mito andino, la fuerza absorbente y coordinante, la gran deidad telúrica que lo resume y lo comprende todo.

Y "Pacha" es la ley de la montaña transferida al hecho humano. Esa antiquísima religión telúrica que subyace en la ciencia esotérica de las pirámides de los egipcios, y que los griegos recuerdan todavía a través de sus divinidades chtónicas o subterráneas.

El imperio de los Incas no fue el Estado Universal Andino primitivo, sino sólo el sucedáneo del anterior imperio de los Kollas. La Iglesia Universal Andina — siguiendo la teoría toynbiana — que el historiador inglés encarna en la teocracia solar de los Señores del Cuzco, tuvo un antecedente en la Iglesia Universal Kolla: hilozoísta y mágica; que adoró montes y astros, piedras, árboles, ríos y lagos; que tuvo concepción totemística de la naturaleza antes de que el indio alcanzara la etapa astrolátrica.

Tocante a los "volkerwanderung" o migraciones de pueblos fueron tantas en el promontorio altiplánico, mezcladas con catástrofes geológicas, que sus líneas se confunden oscuras e intrincadas: un enigma que nadie ha descifrado todavía.

No es difícil que detrás de una huella quéchua haya casi siempre dos rastros aimáras. Pero esto, mejor que el historiador transatlántico, pueden comprobarlo el arqueólogo y el estudioso que pongan pie en nuestro altiplano y en las ruinas peruanas.

No somos hombres de ciencia, ni siquiera investigadores sistemáticos; apenas aprendices de la historia. Soñadores, fantasistas, "buscadores" como el protagonista de "NAYJAMA". Sentidores del pasado, que no pretendemos enseñar a quienes nos superan. Expresamos pues estos conceptos que sólo reflejan el punto de vista de un aficionado, desde un ángulo cerrado por la convergencia intuitiva del suelo y de la raza en que nacimos.

La historia es, ciertamente, primero el historiador, luego el suceso. Lo extraño es que el profesor Toynbee, un neogótico, un pitagórico, que se complace en el sistema de representación multiplana e inacabable, haya visto tan poco en el vasto y complicado pasado andino. El tiene, ciertamente, una cabeza prodigiosa que no se pierde en el dédalo de las civilizaciones

desaparecidas; pero el Ande muchas veces milenario es bastante más hondo y resonante que la cabeza del profesor Toynbee.

Quedamos pues con nuestra propia visión del pasado andino flor de culturas, polvo de civilizaciones; viejísimo, palingenésico, muchas veces compuesto, descompuesto y recompuesto. Y aceptamos sólo como remate final, en cierto modo decadente, la civilización incaica, que es sólo parte mínima del acontecer prehistórico en la Gran Cordillera sudamericana.

"Kollasuyo", el lugar o el imperio de los kollas, entra la historia universal. Es el hito más lejano en la exploración alma andina. Y nadie que pretenda estudiar a fondo los orígenes de la cultura en el planalto continental, podrá prescindir de "cosa primera" que como un sol nocturno dispara sus pálidos rayos a través del mito y la leyenda. Suelo, raza, idioma, arqueología son las puertas fundamentales para llegar al mundo kolla.

Pero la montaña sólo entrega su secreto a los que aman la oscuridad de su misterio.

Julio de 1951.

Respuesta del profesor Toynbee

"The Royal Institute of International Affairs.

Chatam House.

London -Julio 13 de 1951.

Señor Fernando Diez de Medina,

Casilla 13 - La Paz -Bolivia".

"Apreciado señor Diez de Medina:

Le agradezco por su muy interesante carta de 2 del presente. Reconozco que mis conocimientos sobre la Historia Andina no son muy profundos y, a causa de ello, yo estoy enteramente dispuesto que no tengo el suficiente peso para dar la importancia que tiene el Collao en la creación de la civilización andina.

De lo que usted me dice en su carta, adivino que no soy el único historiador que, en su opinión, se ha extraviado en este camino.

Otra vez gracias por su carta. La conservaré para que cuando llegue la oportunidad, yo pueda revisar lo que he publicado.

Sinceramente suyo.

(Fdo.) Arnold J. Toynbee".

MARE NOSTRUM, MARE SACRUM
Meditaciones sobre el Mar: la gran herida de Bolivia

I

No es una palabra: es un sentimiento. No es sólo un elemento de la naturaleza: es la esencia misma de nuestra vida espiritual. No es un sueño: es la verdad. No es únicamente la verdad: abarca el sueño. Más que el pasado que acosa o el futuro anhelado, es puro presente: la espada fría del minuto, el venablo ardiente del segundo. No es la meta lejana: es el deber irrenunciable de cada día. No es el patrimonio que no supimos conservar: es la heredad que sigue siendo nuestra por la sangre de los abuelos, por el padecimiento de los padres, por el viril resurgimiento de los hijos. No es ilusión, no es bandera electoral, no es delirio quijotesco: es una realidad inexorable. No es el destierro que anonada: es el reino prometido. No es el pequeño dolor de cada uno: es la suma angustia de todos. No es la quietud cobarde que duerme: es la espera fecunda, vigilante, titánica y dinámica que muere.

¡El Mar!

La gran herida de Bolivia y a un tiempo mismo la suprema alegría de una época mejor que nos espera.

¡El Mar!

Es el amigo invisible con quien dialogamos sin descanso. El único que ignora de ingratitudes y traiciones.

¡El Mar!

Estrella de la infancia. Música de la adolescencia. Hoguera para la juventud. Sierpe en la madurez.

¡El Mar!

Exalta, acicatea. Hostiga y quema. Da vida y mata. Resucita. Sabe el secreto de las transfiguraciones. Modela dioses, pueblos, hazañas y naciones. Es el gran taumaturgo inmemorial. Padre de las ondas, abuelo de las horas. Sus manos líquidas empujan a la energía y al progreso. Su extensión misteriosa trasciende a poesía y maravilla.

En el principio era el Mar...

El hombre de los palafitos lo adoraba. El cazador y el nómada lo temieron. Para el oscuro egipcio era el camino acuoso que conduce a la perennidad. ¡No puedo describirte, juventud inmortal creadora de sí misma! — canta el poeta antiguo —. El fenicio lo convierte en vehículo de riqueza. Para sumerios, persas, y helenos es fuente de vida, camino de expansión y poderío. Cuando el griego genial quiere expresar sus ansias de perfección y de belleza, se sumerge en el mar azul de las islas y regresa con la imagen de Afrodita Anadiomena, dea del amor y la hermosura. Y el hombre del Renacimiento, precursor y fundador de la civilización moderna, descubre el mundo, lo redondea, lo señorea y organiza por los anchos caminos de la mar: navegar fue su divisa.

Para nosotros, los americanos del sur, el mar es atributo vector de soberanía. Sin litoral marítimo no hay nación perdurable. Desde la lejanía cosmogónica dicta el océano sus pautas legendarias. Dicen que los "antis" — raza sutil — lo dominaron hasta posarse en los corales de la distante Polinesia. Dicen que el "kolla" lo habitó. Dicen que el "inca" lo temía. La "colonia" lo utiliza diestramente. Las fogatas de la independencia arden en sus playas. Dicen que el último deseo de Bolívar era hundirse con su delirio inmenso de libertad y de gloria, en sus orillas mágicas. Y es que el mar es dado, el mar pertenece a nuestras jóvenes repúblicas por la geografía, por la historia, por el nuevo Derecho Americano que imponen los pueblos y el legislador consagra.

Nuestra política internacional debe girar en torno a un eje inmovible: la reintegración marítima a corto o largo plazo. ¿Doctrina jurídica? Es poco decir. ¿Atributo territorial? No colma el caso. ¿Exigencia de vida y paz social? Algo más, todavía: consigna permanente de nacionalidad, porque no hay patria digna con las órbitas huecas y los brazos amputados. Y ciego y manco es el organismo nacional que carece de salida al océano.

Postulemos, pues, desde ahora — ¡y para siempre! — que todos los países americanos tienen derecho a libre acceso al comercio terrestre, aéreo, marítimo y fluvial. Que no habrá pueblos mediterráneos en América. Que Bolivia proclama la urgencia biológica de su reintegración marítima, como un problema continental que rebasa los límites del caso nacional.

"Mare nostrum, Mare Sacrum": la gran herida de Bolivia sigue abierta.

II

Si bien se mira, si se piensa hondo, el mar está presente en la vida, en la historia, en la leyenda, en la continuidad insoslayable del suelo y de la raza.

Si la montaña es como el esqueleto primordial, hueso, nervio, sangre y músculo del boliviano, el mar aparece y reaparece en nosotros a la manera de un espíritu familiar que vela por los suyos.

"Anima animans".

Buscad, rastread la huella del tiempo mítico, o seguid la línea airada de la ingeniería telúrica: el Mar acude, omnipresente, y cubre todas las solicitudes de la memoria y la imaginación.

El mar está en la cosmogonía primitiva cuando las aguas y las tierras empastan de limo el continente. Señorea el área diluvial que aniquila dos veces Tiwanaku. Se dispersa en las copas azules de los lagos que esmaltan la capa de armiño de la gran Cordillera. Permanece en el milagro líquido del Titikaka, el que quiso subsistir entre montañas para eternizar la gesta remotísima.

¿Y qué fueron Tupac-Amaru, los Katari, Murillo, el chollo intrépido, Huallparrimachi, sino manifestaciones submarinas del alma nacional cuando la Patria no existía?

En la guerra sublime de las republiquetas, mientras pueblos y hombres con fragilidad de espuma luchan por la libertad ¿qué representan los guerrilleros, qué significa la coronela Juana Azurduy de Padilla, varona insigne, sino golpes de mar contra el colonialismo decadente?

Si seguimos la línea hirsuta de la República, se oye también un galope de olas que envuelve a los héroes, a los conductores, a los adalides, a todo aquel que surge o cae con Bolivia. Tienen la virtud vivífica del agua, vastedad marina, plenitud lacustre. Fuerza de marejada o maremoto. Se dilatan en el tiempo como el horizonte marítimo. Relucen al sol de la gloria como la piel de pantera de los mares que tatúan los vientos y los soles. Vendabal en el océano, náuticas proezas, cuando pensamos en sus hechos y en sus vidas, nos bañan, nos lavan, nos redimen de la basura y del engaño.

Y son Bolívar, el héroe impetuoso que lleva tras su capa voladora la emoción del continente. Sucre, el fundador sin mácula. Santa Cruz, estadista visionario. José Ballivián, militar y político. Linares, el reformador. Campero, el hombre del deber. Frías, íntegro, solitario, magnánimo. Baptista, el orador. Pando, explorador y geógrafo. Montes, el constructor. Saavedra, el kolla dinámico. Busch, el patriota malogrado. Y Villarroel, el generoso, que da su juventud, su talento y al fin su sangre misma por Bolivia.

¿No enseñaron violentar al destino Abaroa en el Topáter, el corneta Mamani en San Francisco, Paredes en el Acre, Jordán en Kilómetro Siete? Ellos y otros como ellos renacen a la manera de héroes mitológicos saturados de yodo, de sal, de aguas y de espuma para recordarnos que más vale vida corta que duranza indigna.

En la prosa estupenda y tierna de Nataniel Aguirre, mansedumbre del mar.

En los versos tempestuosos y armoniosos de Franz Tamayo, furias del mar.

En los lienzos coléricos de Cecilio Guzmán de Rojas, raptos, tintas y colores del mar.

En la música ternurosa de Roncal, de Vargas o de Caba, aires y nostalgias del mar.

En la escultura vigorosa y atrevida de Marina Núñez del Prado, curvas, ritmos, goces, plástica hermosura del mar.

En los estudios científicos de Aspiazu, de Villa mil de Rada, de Posnansky o de Martín Cárdenas, vastedad y persistencia del mar.

En la ruta penosa y abnegada de Campos, de Vaca Díez, de Armentia, de Suárez, celos y desvelos por el mar.

En la historia atormentada de Moreno y de Arguedas, venablos y venenos del mar.

En el violín mágico de Jaime Laredo júbilos y delirios del mar.

Y en el llanto del mitayo, en la hosquedad del minero, en la melancolía del campesino, o en la rebeldía del estudiante, en los cuerpos que esperan y en las almas que desesperan, un dolor y un sabor de mar que nos transvierten y nos espolean: ¡nunca cesaran!

Cuando Tamayo dijo: "Osad, perseverad!" quiso agregar: tened la osadía del mar y la resistencia de la montaña. Porque osadía y resistencia son las dos grandes líneas fundamentales que arquitecturan las naciones. ¡Osad, perseverad! Como el monte, que nunca se desmedra. Como la líquida llanura, que jamás detiene su mover acompasado y majestuoso.

III

Que no se espanten derrotistas ni timoratos: la guerra no es la solución para volver al océano. En la era atómica, cuando la fuerza destructiva está controlada por dos potencias, un conflicto armado entre dos países pequeños, inorgánicos, desprovistos de grandes recursos técnicos y económicos, sería absurdo.

El puerto volverá a Bolivia por gravitación, por ley natural, por obra del tiempo y por esfuerzo propio.

La prédica incesante, la divulgación de nuestro derecho, el fortalecimiento paralelo de la fe nacional y del engrandecimiento colectivo. Por la unidad geográfica y humana. Por la paz política y social. Por el sano desarrollo económico. Por la moralidad pública y privada. He aquí los caminos para llegar al mar.

Cuando superemos el desorden y la debilidad actuales por un sereno esfuerzo de conjunto. Cuando seamos oídos y atendidos en el concierto de naciones por nuestro propio mérito. Cuando nos fortalezcamos en la disciplina que duplica y en el orden in que acrecienta, podremos instaurar la demanda restitutoria.

No por la violencia, mas por el amor que trabaja y edifica, el mar volverá a nosotros. Y no las bayonetas, sino la palabra que anuncia, el brazo que se esfuerza, la inteligencia tenaz, el corazón inquebrantable nos llevarán al litoral perdido.

Y si en un mañana próximo, unificados y organizados por dentro, pedimos nuestra reintegración marítima, y no somos escuchados ni atendidos por el mundo y por América, anatema, para el mundo y para América.

Ni guerristas ni revanchistas. El odio al usurpador no cabe en la nobleza boliviana. Pero a los chilenos diremos — ¡siempre! — y a la América y al mundo, que Bolivia jamás renunciará al litoral que le fue arrebatado en una guerra injusta, y segregado después bajo la ficción jurídica de un tratado impuesto por la doble amenaza de las armas y del dogal aduanero.

Cualquiera que sea la solución futura, debemos pedir la restitución de lo usurpado. Nada de callejones, puertecillos ni caletas que equivalen a limosna de mendigo. Un vasto litoral con puertos amplios y seguros: lo que tuvimos en 1825.

Y no importan plazo, fatigas, sufrimiento. Pero el mar ha de volver a la montaña. Porque está escrito: Bolivia, la prisionera, no es para siempre. Y el mar, el desterrado, está volviendo ya.

IV

Thales, sabio entre sabios, atribuía la vida al agua sacrosanta, desde el origen hasta la subsistencia del universo y sus fenómenos.

La poesía primitiva, los mitos y las fábulas, la leyenda dorada de los dioses y los héroes surgen de la marea azul y de la espuma nacarina, de las caracolas legendarias, de las islas bienaventuradas, del arcano acuático sondable pero incontenible.

Y en las playas que se pierden en remotas lejanías ¿no nacieron, no fueron a morir las mayores hazañas de la historia?

¡Mare Nostrum, Mare Sacrum!

Qué sería de los hombres sin el genio protector de tus mareas. ¡Y guay del pueblo que se atreva a vivir de espaldas al océano! Irá contra la especie y contra el hado.

En Bolivia, aunque ausente, invisible, el mar subsiste y persiste inmutable, Perennidad indeclinable: raíz y ala. Deidad omnipresente lo colma todo.

En el indio que soporta el impacto violento de la reforma agraria, que exige mejoría: un ondular de mar.

En el obrero y en las clases medias que ascienden con ritmo arrollador: tumbales resonancias de la mar.

En el intelectual, en el técnico, en el conductor que luchan y padecen por la patria que se remodela, un amor responsable que manda levantarse con ella o con ella aniquilarse, Como la ola en el mar.

Toda la cavidad anilina, el ámbito valluno, y el área de los llanos están como sedientos de músicas marinas.

Y nuestro suelo es duro porque no tiene la trémula humedad de las finísimas arenas.

Y nuestras gentes como herméticas, hurañas, porque habitan lejos del verde tierno y del azul cerúleo de las aguas sin frontera.

Y dicen que la belleza alucinante del "Illimani", la augusta majestad de las cimas del "Illampu", y el cono vertiginoso del "Wayna-Potosí" esconden la historia increíble de una hidrografía mítica. Tierras que fueron mares. Mares, montañas.

Y el altiplano andino es un mar petrificado que tiende a juntarse con el otro mar en movimiento que baña la tierra prometida.

V

El gran tema para la bolivianidad. La consigna unificante. Lo que nos salvará como nación y como pueblo: el regreso al mar. Lo engloba todo: imperativo biológico, reparación histórica, necesidad geográfica, atributo económico, objetivo espiritual.

Sólo un alto ideal patriótico puede unirnos y llevamos a un camino de superación que nos aleje de la violencia y el desorden en que nos vamos consumiendo. La salida oceánica.

Una conciencia nacional indeclinable de reintegración marítima. Un esfuerzo homogéneo y solidario de todos para todos. Una norma permanente de responsabilidad frente al enclaustramiento, deberán conducirnos a la meta libremente elegida: la restitución de nuestro litoral en el Pacífico.

Necesitamos un otro estilo nacional — de verdad, de constancia, de altivez — y una diplomacia nueva por encima de discursos y banquetes, para que la voz de Bolivia suene fuerte y clara en las reuniones internacionales. No imploramos: exigimos.

Como lo hizo cien veces en sus libros, en la cátedra, en polémicas de prensa, en notas diplomáticas y en conferencias internacionales don Eduardo Diez de Medina, denodado y gallardo defensor de los derechos de Bolivia en el Pacífico y en sus cinco fronteras terrestres.

¿Qué son, para nosotros, bolivianos, la solidaridad continental, el pan-americanismo, la fraternidad del sistema americano, la democracia para la libertad y la justicia? Palabras vanas. Mientras subsista cautiva, olvidada en sus montañas, una de las veintiuna repúblicas de América, las otras veinte deberían prender un crespón funéreo en sus banderas.

Vergüenza para el Continente de la Esperanza que la desdicha de una hermana deje indiferentes a las demás. Y oprobio para los países del llamado Mundo Libre: Bolivia mutilada es un baldón para el derecho internacional, ley de naciones.

Estamos como anclados en la tierra. Somos un pueblo inmóvil, rodeado de montañas, de llanuras. Nuestros grandes ríos, inertes, apenas si son navegables. El hombre de los bosques ignora el valle; el valluno poco sabe del montañés; el montañés no abandona su refugio encumbrado. La geografía boliviana, que es una desarticulación natural, se agrava por la desinteligencia humana. Nadie quiere moverse, raro es quien se arriesga. Dormimos.

Cuando Bolivia requiere, precisamente, destino de caminante y navegante.

El mar y la marcha hacia el mar, vienen a ser como el método fisiológico para un despertar nacional.

VI

El viajero que rueda por el mundo difícilmente escogería entre tantísimos el mar ideal.

Se piensa en el Mediterráneo, en el calmo Adriático, en el Jónico fosforescente y terso. En los mares lejanos de la China y del Japón. En la costa azul y en la costa brava. En las riberas miríficas de Hawai y las Bermudas. En las dos cintas angulares que la itálica extiende sobre el mar de Liguria. En las playas distantes que baña el Índico enigmático. En la costa amalfitana, o en el golfo de Nápoles, serenos y lumíneos. En el Caribe misterios. En los mares boreales de lunática hermosura. En el Caspio, en el Negro, en el de Baffín, desconocido casi.

Son tantos y tan bellos... Playas de maravilla, cielo zafiro, sol de oro deslumbrante. Las arenas finísimas y trémulas. A veces el agua verdemar deja entrever como a través de mágicos cristales, un fondo de rocas, de algas y de peces. Las piedras se redondean en curvas voluptuosas. Una vela se pierde en el horizonte. El oleaje acaricia el ojo y el oído. Una vez en la de Santos me pareció escuchar la palabra de Dios que dicurría por la playa sin término y sin pausa.

Para nosotros, bolivianos, el más excelso de los mares — porque era el nuestro— es el que corre al filo del extenso litoral que nos arrebató el Tratado de 1904: Cobija, Mejillones, Tocopilla, Antofagasta. En cualquier punto de los 400 kilómetros de costa marítima que tuvimos sobre el Pacífico anchuroso — amplias bahía, caletas quietas, ensenadas dilatadas — podemos situar la reconstituida heredad marina.

Dicen que el océano, allí, mira a la costa abrupta, al desierto, porque es rudo, afila los acantilados, se agarra a dentelladas con el suelo. No importa: así semi-salvaje lo queremos, áspero pero en el abrazo, duro al contacto. Que nos llame a la fatiga y esfuerzo. Y ese es el mar ideal para nosotros, educador de la voluntad, maestro de carácter, antes que paisaje idílico o portento de belleza.

No un mar de sueño para románticos y fantasistas, mas un mar viril, febril, pleno de vida tumultuosa, capaz de contener, como un polígono increíble, todos los disparos ambiciosos del alma colectiva.

Un mar tan vasto y anchuroso que expanda el área boliviana. Donde el minero encuentre refugio cuando las vetas se agoten. Donde el campesino halle horizonte más activo. Donde el se ejercite como más dinámico en el acercamiento a la civilización y a sus técnicas portuarias. Donde el estudiante sienta mejor el pulso del mundo y el escritor y los expertos como más viva respiración de la sociedad humana.

Un mar tan rico de oportunidad y de sentido, que hará imposible el desangre y el odio entre bolivianos. Porque habrá que hacer y construir en sus riberas, que esa sangre que se ha visto correr fratricida en Catavi y en Huanuni, en La Paz Santa Cruz, entre ucureños y cliceños, ya no volverá a vertirse estérilmente, porque estará ocupada en ansias marineras.

Y es que el mar ha de ser símbolo de unión y de concordia, para un pueblo devastado por el divisionismo y la fractura.

No pensemos ya en destruirnos, sino en acercarnos y comprendernos, en una superior inteligencia de Bolivia y sus problemas porque la problemática nacional comienza en el hombre boliviano: no habrá futuro mejor sin superación individual. Y hemos de corregir los errores actuales para merecer el sosiego que vendrá.

VII

Indiecito que avanzas por el páramo: ¿conoces el aire salino de las playas?

Obrero que te agotas en las minas y en las fábricas ¿respiraron tus pulmones la pura brisa marina?

Estudiante que fatigas tu inteligencia en la aridez de los libros ¿sabes que al otro lado del muro de los Andes te aguarda el océano, puerta soberbia abierta a todos los horizontes del mundo?

Político, intelectual, técnico, empleado u empleador, sacerdote, militar, profesional, artista ¿no sientes tu vida incompleta porque la voz del mar no acaricia tus oídos?

Campesino que te curvas sobre el surco ¿no se mecen las espigas como un rodar de olas que estremece tus íntimos afanes?

Hombre duro del Ande, hombre tierno del valle, hombre pánico del bosque y de los llanos ¿no os brota de lo hondo la canción de la espuma y del oleaje que las bisabuelas pusieron en vuestra sangre?

Mujeres bolivianas, las más bellas, las más finas, las mejores y más santas, por sufridas, abnegadas, silenciosas ¿no estalla un deseo de haber mar en vuestras venas?

Patricios de sienes nevadas, jóvenes de corazón intrépido, no sentís la palabra del destino que manda inexorable:

¡No olvidéis el Mar!

VIII

Necesitamos puertas y ventanas que se abran sobre el planeta, pero llaves y pestillos en nuestras manos. Porque el aire que lo aproxima todo, es todavía, por el alto costo de transporte, menos que el océano que todo lo comunica y acrecienta.

Para aumentar la velocidad nacional — única forma posible de progreso — requerimos una cura de acicates marinos: tráfico oceánico, dinámica de puertos y de muelles, vastedad del mar ante los ojos, la circulación humana en las playas que acelera el proceso demográfico. Esto nos haría como más ágiles, nos volvería como más responsables. Tendríamos una mejor percepción del mundo y sus problemas, una mayor capacidad para la acción y sus conflictos.

Porque el boliviano de hoy no vive en 1950: cincuenta años de lastre en las ideas y en los hábitos le impiden alzar vuelo. Y el enclaustramiento marítimo es causa principal de ese retardo que nos circunda.

El espíritu de dependencia, de molicie, proclive a la anarquía, proviene de que hacemos el diálogo y la fricción de intereses sólo entre bolivianos, como si no existieran las demás gentes del planeta. Diálogo y fricción de prisioneros, encerrados, fastidiados con su destino, que carecen de medidas de relación con pueblos cercanos o distantes.

¿Por qué el comercio se asfixia, la industria languidece, la tarea agraria acusa un retraso de mil años? Porque estamos lejos, todavía, de las grandes rutas marítimas, del natural dominio de nuestra economía nacional. Porque la producción y el tráfico de las materias básicas, o todo aquello que traemos de fuera, sale o llega al impulso de ajenas voluntades. Supeditados a la eficacia extraña, tenemos que pedir permiso para subsistir. Y esto es contra naturaleza, contra derecho, contra equidad.

Necesitamos del mar para probanza de varonilidad. Para poder hombrearnos con todos los pueblos del globo. Para demostrar que somos señores de nuestra propia heredad. Para terminar con la servidumbre geográfica que vulnera nuestra existencia nacional.

En el siglo del átomo y de la astronáutica, es irrisorio que sigamos confinados entre el paredón andino y las grandes llanuras corren al Amazonas y hacia el Plata.

Hay que mover la barca boliviana sobre invisibles ruedas, arrojarlas por valles y mesetas, cubrir el llano, hendir la cordillera, y conocido ya el interior perímetro, echarla al fin sobre el Pacífico tranquilo, a la búsqueda de la Patria Perdida, La que fuimos, la volveremos a ser, Señora y dueña de su casa, de su puerta, de su destino.

He aquí: consigna de descubridores y navegantes requerimos. Descubrir la realidad interior, conocernos y pesarnos a nosotros mismos, para navegar después hacia la plenitud histórica. No mirar tanto el pasado cuanto enfrentar lo que viene y seguirá. La siesta y el carnaval deben terminar. Nos aguardan duros trabajos, contrariedades, riesgos y sacrificio.

Tenemos algo de insular. Vivimos como encapsulados dentro de nuestra propia sequedad terrestre: ostras humanas, Asimilamos de la rudeza mesetil y del páramo altiplánico. Pedimos poco y producimos menos, Desvinculados del vértigo dinámico de nuestra época transcurrimos en "tempo" en o, moroso. Vivimos demorados. Una tristura ancestral nos devuelve hacia adentro. Subjetivizados en exceso. La voluntad se sustrae al impacto de la incitación moderna.

En cierto modo corremos peligro de perder la circunstancia presente y comprometer el porvenir. Podríamos quedar anclados en un tiempo de inacción y desórdenes, que gran parte del planeta ha vencido ya.

Estos males y estas fallas deben superarse. Nada hay que no pueda alcanzar una voluntad nacional enérgica y constante.

Criaturas del mar somos y de la tierra. La mitad de esencia náutica, la mitad cosa telúrica. ¿Cómo podríamos renunciar a cualquiera de ambos si nos son connaturales, irrenunciables por ley y por derecho humano?

Una hermosa cara ¿no tiene la movilidad del mar? Un cuerpo se mueve armonioso ¿no evoca la plasticidad del oleaje? Un alma grande ¿no es como el abismo oceánico sin fondo y misterio siempre?

Es que todo el enigma humano y su sentido trascienden en cierta forma al líquido elemento.

Y para ser bolivianos de verdad, hombres enteros, tenemos que tender al Mar lejano, inmenso, fuente de sabiduría, copa incolmable de riqueza.

Que el idealismo marítimo sea como un baño de honestidad y de frescura que vigorice los cuerpos y lave las almas.

Porque está escrito: la victoria acude al empeñoso, no al dormido. Y toda hazaña humana peralta su transcurso cuando el hombre se agiganta en su tarea, violenta al destino, y deja una huella tumultuosa en la memoria de las generaciones.

¡Oh pueblo boliviano! No te desangres ni extenués en lamentable contienda fratricida. Elévate a un alto ideal nacional que te una y engrandezca como agiganta al mar el galope y el estruendo de sus olas!

IX

Una perspectiva de actualidad. ¿Qué debemos hacer si se presentan manos que vienen en ayuda de Bolivia para volvernos al océano? Si la ayuda para resolver la cuestión portuaria viene de los EE.UU., aceptada. Si llega de Rusia, aceptada también. Si proviene del Brasil o de Argentina, mejor todavía. Los pueblos deben ser realistas y egoístas cuando se trata de sus grandes fines nacionales.

Y si la ayuda no viene de parte alguna, como es probable porque el horizonte externo se cierra y se oscurece para el débil, entonces a fiar de nosotros mismos, extrayendo fuerza, impulso, prestigio del propio recinto boliviano.

Regresaremos al mar por el consenso americano o sin él.

Tocante al Lago Titikaka, que Tamayo con frase feliz designó como el corazón de Bolivia. Hombres de estado, juriconsultos, publicistas han explicado con amplitud el criterio nacional en torno a la soberanía, dominio, condominio y aprovechamiento de sus aguas. Aquí sólo cabe subrayar que si ellas van a servir para realizar grandes proyectos hidroeléctricos de trascendencia continental, el Lago Sagrado es el as de triunfo de los bolivianos.

Desde ahora y para siempre postulamos que toda tratativa para utilizar la energía industrial del Titikaka, debe consultar simultáneamente una salida al mar para Bolivia.

Y ésta es la línea inmovible hacia la que deben convergir la fuerza y el potencial de fuerza del país. El estaño declinante, el hierro del Mutún surgente, el petróleo y los oleoductos, las posibilidades futuras de la agricultura y la ganadería en el este y el norte, el dragado de los grandes ríos benianos, la naciente industria cruceña, el resurgimiento de la producción de minerales, la política vial y de transportes, la enseñanza pública y la tecnificación de las fuerzas armadas, la incorporación del campesinado a la ciudadanía responsable; todo cuanto signifique incremento de la producción, tráfico organizado de riqueza, progreso nacional, finalidad espiritual, debe concentrarse y potenciarse en un solo anhelo poderoso, irresistible de reintegración marítima.

No bastan la revolución social ni la planificación económica para conmover a un pueblo y lanzarlo a más alto destino. Es un ideal colectivo que contenga a todos y a todos cohesionen por encima de ideologías y rencillas. Es el espíritu, dador de vida. Es la fe, paridora de milagros. Es el sentimiento de nación que manda empujar la línea móvil del horizonte, cuando el horizonte se estrecha y lanza a hermanos contra hermanos.

No hay fatalismo histórico. No hay pueblos desdichados o perennemente a la zaga. Hay solamente sociedades nacionales en ascenso y sociedades nacionales que decaen. Demostremos que pertenecemos a las primeras, superando la discordia y el desorden, imponiendo la norma jurídica sobre el caciquismo y los disturbios, organizando la economía, frenando los abusos de poder, restituyendo a todos los bolivianos el pleno goce de sus libertades esenciales para que cada cual se desenvuelva tranquilamente al amparo de la Patria y de sus leyes.

Entonces estaremos capacitados para responder al reto de la naturaleza y del destino, unidos y fortalecidos por la idea grandiosa que acerca y enaltece a los bolivianos sin exclusión alguna:

¡Enclaustrados, no. Libres y navegante, sí!

X

Sé de dos libros que el Estado debería reimprimir y distribuir gratuitamente, para que los bolivianos conozcan su historia y su derecho al mar. Son, en verdad, la biblia en la cuestión portuaria: lo analizan y plantean todo. Uno se nombra "Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico" por Daniel Sánchez Bustamante. Otro "El Problema Continental" publicado bajo el pseudónimo de "Prescott" por Eduardo Diez de Medina. Son de 1920 y 1923 respectivamente y no han perdido actualidad.

Cuarenta años atrás, Sánchez Bustamante planteaba como factor positivo para volver al mar, esta doble fórmula sagaz: interesar al yanqui, atraer al europeo. El yanqui está interesado en Bolivia, el europeo habita entre nosotros pero ninguno de ambos podría resolver por sí la cuestión marítima.

El mundo ha cambiado en forma prodigiosa, la vida internacional es más compleja y delicada. El derecho inalienable de los pueblos se mide, hoy, por el mirar de largo alcance de sus estadistas, por la dinámica positiva de su política, de su diplomacia, de su expansión económica y comercial. Por la firmeza con que se sustentan los objetivos nacionales y por la habilidad en difundirlos.

Desde Grocio los "horizontes jurídicos del mar libre", abierto para todos, son una conquista de la humanidad. Ha llegado el momento de hacer saber al mundo que Bolivia mantiene su derecho inmanente a ese patrimonio sagrado.

Sin gimoteos. Sin mendigar. Porque ya no existen cenicientas en la América del Sur. Con voz clara y fuerte, con serena decisión. Interesemos no sólo al yanqui y al europeo, sino también al ruso, al japonés, al hindú. Toquemos las puertas del Asia: tal vez la China nos entienda mejor. Busquemos en el corazón del África, el continente que despierta, los principios de justicia que parece haber olvidado el occidente supercivilizado. Busquemos la amistad de todos, pactemos con cualquiera si ese entendimiento con las naciones ha de acortar nuestro retorno al océano.

Nuestra política internacional no debe ser pasiva y quieta, sino activa, ultradinámica. Inquietemos al mundo, provoquemos el juego de las Cancillerías, despertemos la conciencia moral de pueblos y naciones para que termine el injusto cautiverio.

¡Bolivia no puede subsistir aislada del Mar!

La economía, la ciencia, y la técnica, han cambiado los términos de relación en la vida internacional. La fuerza y el tamaño no lo pueden todo. En el mundo de hoy, que se transforma y se remodela, sujeto a tensiones múltiples y encontradas, donde el hombre ha sido interiormente conmovido y alterado, vemos cosas que parecían imposibles. La Cuba de Fidel Castro tiene en un

brete a los Estados Unidos. Argelia trae tambaleante a la grande Francia. Y el pequeño Ecuador desconoce un tratado que considera injusto frente a un Perú cuatro veces mayor.

No es que se trate de incendiar el mundo ni de promover discordia en el ámbito sudamericano. Nada de ello. Pero Bolivia tiene derecho — derecho irrenunciable — a proclamar la verdad de su causa Y la justicia de su acción. La Revisión del Tratado de 1904 y la salida al mar son como el eje de nuestra política internacional. Que ella sea activa, vigilante, que con serena firmeza ponga freno a las ambiciones del Brasil, y recuerde a Chile la necesidad de restituir lo que usurpó.

En suma: que en materia internacional Bolivia no aparezca como una barca a remolque de la navegación continental, sino como el joven navío valeroso que abra ruta nueva a la América del Sur.

XI

Ni árbol. Ni piedra. Ni monte. Ni sosiego. ¡Navegante! Realicemos un doble crucero hacia la propia realidad y hacia el exterior descubrimiento. La tierra sola, por anchurosa y noble que sea, no devuelve completa nuestra fisonomía nacional; tenemos que asomarnos nuevamente a la orilla oceánica y ella reflejará la entera imagen redondeada de un pueblo infortunado pero no vencido!

Ya el Génesis, con palabra profética y simbólica, enseña al hombre: "...henchid la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar..."

Es el destino de los pueblos: caminar, navegar, moverse libremente por las grandes rutas terrestres y marítimas. Porque la vida es el movimiento y pueblo ni hombre será digno de sí mismo si se traba su desarrollo y se entorpece el ritmo de su andar.

¿Cómo y cuándo se abrirá la ruta que nos lleve del Titikaka alucinante al Pacífico sonoro?

Tal vez el adalid futuro es un niño que el aula mece con manos maternas. Acaso no ha nacido todavía. Pero llegará. Será estadista, conductor civil, político y visionario. Como Thunupa, el de la leyenda kolla, cosiendo montes, devorando planos, uniendo el Titikaka y el Poopó, acaso para señalamos el misterio cósmico de los Lípez, de los salares de Uyuni y de Coipasa, donde una inmensa riqueza y una felicidad futura aguardan a las generaciones que sepan labrar en la pelea de los días su propia grandeza creadora.

Y el arúspice andino lo ha entrevisto en su verso metálico y lumínico:

"Como vuelven las hojas
en el deshoje,
y un sol que sobrecoge
tras las congojas,
vuelve un amauta
en mí que ya fue antes
un argonauta!"

Este es el destino de Bolivia: irremediable, inexorable, nítido: el Mar ha de volver a la Montaña, o la Montaña se moverá hacia el Mar!

Una como mística portuaria debe encender las voluntades y conmover los corazones.

Y esto no es farolería romántica ni chauvinismo banderizo. Es un deber inevitable. Es conciencia de responsabilidad frente al destino adverso. Es consigna de nación, fuego de patria.

XII

La gran herida de Bolivia debe cerrarse un día. Acerquémonos a sus bordes sangrantes que manan fuerza, coraje, constancia, los tres rubíes encendidos para toda masculina dignidad.

Consagremos a la Patria, más amada cuanto más desventurada.

Que la melancolía cese, la inercia termine, y la quejumbre se desvanezca. Necesitamos una pedagogía viril y matinal que nos devuelva a la interior confianza y al respeto ajeno.

Bolivia sabe lo que busca y cuánto puede. Una serena espera creadora, fundada en el trabajo, en el orden, en la superior conciencia de nuestros deberes nacionales, hará el milagro de acortar el camino de regreso al mar.

"Mare nostrum, mare sacrum". Que ésta sea la primera plegaria y la postrera para el labio andino.

Mar nuestro, mar sagrado. Hay un rodar de olas y de espuma en la muchedumbre boliviana. Condúcela.

Porque está escrito: nadie puede ser el carcelero de su hermano.

Y si existe, verdaderamente, una familia americana de naciones, sea roto el cautiverio de Bolivia para honra de una América sustentada en el Derecho y afirmada en la Justicia!

Agosto de 1951.

EL PUEBLO QUE LUCHA CON EL ÁNGEL

Agradezco a la Nación por este homenaje con que me abrume la generosidad colectiva. Modesto aprendiz en la honda artesanía de las letras, no busqué premios ni honores. Tuve por precepto la sentencia de Goethe: "la recompensa del ruiseñor que canta es su propio canto". Mas elegida mi obra por consenso nacional, acepto la honra altísima con humildad de buen servidor. Consagré mi pluma a la Patria, a la Verdad, a la Belleza, y patria, verdad, belleza han querido enaltecerme en exceso. Dar las gracias sería poco: declaro estar profundamente conmovido por la bondad de los bolivianos, mis hermanos.

Si debo gratitud a los estudiantes y al Estado que presiden este acto, rindo el homenaje mayor a Bolivia, madre inmortal, por haberme concedido la gloria de llamarme boliviano.

Recordaré también a mis padres, cuyas virtudes bebí en la cuna. A los antepasados que me legaron nombre. A los maestros que me enseñaron su ciencia. A los amigos que alegraron mis horas, a los enemigos que templaron mi carácter. ¡Feliz el hombre que encuentra su alegría y su fuerza en la prosperidad de su patria! — dice el poeta —. De mí puedo afirmar que en el pantano o en la cumbre, en la desdicha o en el éxito, siempre me sentí uno con mi pueblo; criatura de su infortunio y de su júbilo; estrella de su angustia y su esperanza como reza el "Nayjama".

Por eso en la hora de la exaltación quiero decir a mi pueblo, al que tiene algo de Thunupa y algo de Quijote, porque surgió del hechizo indio y de la locura castellana, estas palabras de fe.

—Dichosos nosotros, los bolivianos, que no tenemos selvas de rascacielos, ingenierías estupendas, ni colmenas disciplinadas por la codicia. Los hijos de la dulce tierra madre, que todavía creemos en Dios y adoramos a Nuestra Señora la Aventura. Dichosos los bolivianos que podemos vencer o perder sin quebrar el ánimo. Los que arriesgamos todo en una sola puesta, como aquel Mansio Sierra de Leguísamo que se jugó en una noche el sol de oro de los Incas del Cuzco, porque es ley de varón fuerte exponer vida y destino sin cuidar por el resultado. Emprendemos grandes cosas, holgamos en las pequeñas. Rebeldes, indisciplinados tal vez; mas siempre osados, generosos, presta la mano a castigar follones. Dichosos nosotros, los bolivianos, varones de libertad, soldados de justicia, que preferimos quedar en nación pequeña y digna, antes que terminar en estado grande, fenicio, poblado por almas vacías y mentes cuadrículadas!

Si un día el mundo evolucionara hasta la suprema estupidez colectiva dentro de la más rigurosa ordenación material; si todo fuera clasificado y limitado hasta el extremo absurdo, de modo que hombre y sociedad sólo se condujeran como tornillos del monstruoso organismo; si la humanidad enloqueciera hasta las fronteras intuídas por Hesse y Berdiaev, sometiendo la vida al

hierro de una regimentación geométrica, no faltaría un hombre que apretando un botón de níquel haría volar al mundo para que vuelva a reinar el espíritu.

Ese hombre sería, indudablemente, un boliviano. Porque al boliviano, aparentemente un ser de violencia y desatino, le fueron donados el valor de lo imposible, la constancia frente al infortunio, la voluntad de resurgir de los contrastes. Guerrero es el que pelea sin descanso, sólo por el honor de pelear, sin cuidarse de la victoria o del fracaso. Y éste es nuestro destino nacional: luchar sin tregua contra el mundo o entre nosotros mismos, acaso porque el infortunio es vocación divina según el sentir navaliano. Somos el pueblo que lucha con el Ángel, como luchó Jacob, toda la noche que es el drama de la vida, hasta rayar el alba que es la gloria de la redención por el dolor.

Y llegará día en que mi pueblo será llamado también "Peniel", como cuenta el Libro de los Libros: el que miró la cara de Dios, el que libró su alma en el combate del coraje y la esperanza.

Esta es mi pasión de nombrarme boliviano. El que dirá la verdad de su pueblo, porque su pueblo es su verdad. Y así nació "Nayjama", el Buscador. Primero criatura del ideal, después presencia trágica, solitaria, atormentada, de una fuerte y extraña belleza, como nuestro espíritu nacional, nacido de la tempestad y del relámpago, un día que el Señor se dijo:

—En este vasto mundo de fantoches y de mercaderes, hagamos un pequeño país con hombres de verdad.

Porque la nuestra es historia de hombres: viril, pujante, brutal y celestial. Desde que los bisabuelos arrebatan a Bolívar el derecho de hacer nación hasta la fogarada del Chaco que nos deja mutilados pero no vencidos; inquietos, anhelantes, ansiosos de hacer y deshacer, unidos por el santo furor de morada mejor.

Historia de hombres que sólo pudieron componerla el griego —ser de razón, y el romano— ser de voluntad —. Porque bien mirado el boliviano, aunque reducido su escenario físico, con su temeridad y su sentido de aventura peralta la historia de América: va siempre a la vanguardia. Es el pueblo arquetipo en orden del espíritu. El que sirve de chispa para encender a los demás; lo mismo en su pasado mítico que arranca de la cosmogenia andina, o en su tumulto actual ardido de pasión renovadora. El que inicia, el que conduce, el que reforma. Es el eterno revolucionario, el que nunca conocerá quietud, porque nació de estrella tumultuosa. El que se busca en la caza del ideal, en la pelea de los días, en la fricción del hermano contra hermano, creyendo que también del gladio surge verdad. El que ignora todavía la "gravitas" del antiguo porque aun vive en heroica adolescencia. El que oye la voz desafiante y se amotina contra los hados: ¡lucha y vencerás! Pero si la victoria no llega, insiste en tu porfía. Vivir es combatir.

Nuestros abuelos, nuestros padres, fueron educados en dos temas fundamentales: uno fue el enclaustramiento marítimo, otro el concepto de pueblo retrasado. Bolivia, nación insular, aprisionada en sus montañas, debió ser fatalmente para ellos la de marcha más lenta y pesada. Nosotros, al trasmontar la primera mitad del siglo, obligados a superar el viejo fatalismo histórico, debemos contestar con energía:

—La leyenda del "pueblo enfermo" terminó! En la era de la fuerza nuclear y del avión, no hay países enclaustrados. Si se nos niega el derecho de volver por las vías jurídicas a nuestra costa perdida, nos internaremos diez millas, veinte millas mar adentro, y con ayuda de la ingeniería y de la técnica levantaremos puerto propio en el corazón del Pacífico, violentando a la naturaleza y al destino.

Sueños —dirán muchos—. ¿Y por qué no? Soñando se hacen y engrandecen naciones. Soñar es realizar.

No hay pueblo enfermo, no hay pueblo retrasado. Bolivia es planta joven, vigorosa, con todas las virtudes y los defectos de las sociedades en formación. Y los dos temas fundamentales para afrontar la otra mitad de la centuria son: conocerse bien para organizarse mejor. Ha comenzado ya ese proceso de integración. El avión aproxima fronteras, nuevas ferrovías acercarán el Atlántico, capitales altiplánicas fecundan zonas vírgenes del oriente y noroeste. Un nuevo ritmo

de vida pone en circulación fuerzas creadoras que yacían inermes y dispersas. El boliviano ha despertado al espíritu territorial: quiere conocer lo suyo. Por eso el oriental sube a la meseta, el kolla baja al valle, el quéchua se dilata por montes y llanuras. Hay simbiosis de tránsito, mudanza de sangre vieja en sangre joven, sabio ajuste de voluntades en marcha. Recién aprendemos a conocer la vastedad y la hermosura de esta fértil Nación que nuestros mayores ignoraron, porque la lentitud de la mula y la carreta escondían su grandeza.

Y no se hable de renacimiento, sino de nacimiento. Estamos comenzando a ser.

Patria es una responsabilidad, no un usufructo. No hay patriota sin entrega a una causa que lo contenga y lo trascienda. Si tratamos de organizar un Estado moderno, acorde con los principios morales, sociales y técnicos de la época, debemos recordar la advertencia del pensador báltico: el que quiera mejorar las condiciones exteriores, tiene que comenzar elevando el interior del hombre. Primero la reforma de las almas, después la organización colectiva.

Un pueblo que se hizo contra todo y frente a todo. ¿Hemos meditado en el terrible "fatum" del pueblo boliviano?

Torcimos la voluntad de los Libertadores y doblegamos al Goliath americano; porque nadie quiso que existiera nación independiente en la cúpula del continente sur. Recelaban. La historia nos colmó de mutilaciones y desdichas. Cuando no hubo que luchar contra el zarpazo exterior, nos cogimos a dentelladas entre hermanos; la contienda civil fue tan dura como el despojo exterior: se pudo creer que desapareceríamos. Pero el nuevo David surgió a despecho del infortunio, y se planta hoy en el corazón de América con la sonrisa tranquila del que ganó su propia causa, del que hizo su pelea. "Y serás amado porque padeciste, respetado porque subiste desde el polvo a tu victoria".

Conocerse, organizarse, dominar el territorio. Bien. No obstante, de mayor urgencia es redimir y levantar la raza. Esta tierra de indios, este pueblo de mestizos, piden ser educados. Liberación económica es poco decir; estas grandes mayorías olvidadas requieren una total liberación: ética, política, económica y social. Porque sólo el día que blancos, indios y mestizos convivan lado a lado, participando en todos los modos de vida colectiva, integrando un solo y fuerte tipo nacional, podremos hablar de nación orgánica. Bolivia es la suma de sus individuos, el bienestar de todas sus clases sociales, y no el privilegio de unos cuantos.

Una historia de constantes "tiempos revueltos", donde se prueba el estímulo de la adversidad para evocar a Toynbee. Una geografía hostil y accidentada. Un suelo vasto, complejo para una población escasa y heterogénea. Afuera derrota, mutilaciones; adentro desorden, fricción y dispersión. El dinero aplastando a las fuerzas morales. La economía erigida en abuso y monopolio. Y en las grandes muchedumbres que pueblan campos, minas, fábricas: hambre, miseria, ignorancia, tristeza. Esto es Bolivia en un plano estrictamente psicológico. Y si no aceptamos con varonil entereza la verdad de nuestro drama nacional, que es uno de pobreza, de injusticia, y confusión, no podremos legar patria justa a nuestros hijos.

Mas la Nación es siempre más fuerte que los extravíos de sus hijos. Sabrá luchar, sabrá vencer de todos los obstáculos actuales. Sólo faltan una voluntad que dirija, una fuerza organizada que cumpla, un pueblo que respalde con su fe esa empresa de resurgimiento.

El gran tema de nuestra historia en los próximos cincuenta años debe ser la Revolución Moral, la reforma de los hábitos. ¡Honestidad, desinterés! Que no tengamos las ciudades de tráfico más denso ni las fábricas mayores, pero que abundemos en varones rectos y almas generosas.

Si andamos atrasados, que cada cual haga el trabajo de dos. Si la inmoralidad y la ociosidad campean, palos con los pícaros y huasca con los flojos. Si hay pobreza, a producir más para comer mejor. Pero si la riqueza nacional aumenta, que ella sirva también para elevar el nivel de vida de empleados y trabajadores. Gobernar es también frenar al poderoso.

Pienso en todos los nuestros, los antagonistas del Destino, caídos o aniquilados por una idea de patria.

Pienso en Bolívar, Nuestro Padre, agonizando en Santa Marta, pobre y olvidado, por no manchar la libertad con el tizón de la dictadura. Pienso en Sucre, expiando su grandeza moral en la encrucijada de Berruecos. Pienso en Santa Cruz, cautivo en la Europa lejana, padeciendo el dolor de su obra desmembrada. Pienso en José Ballivián, el que consolidó la República en la aurora de Ingavi para morir desterrado en playas extranjeras. Pienso en Linares, en Frías, en Campero, los tres reformadores que naufragan en la tempestad de las pasiones. Pienso en el ímpetu tenaz de los mandatarios constructores: Arce, Pando, Montes, Saavedra, Siles, los más odiados porque fueron los menos comprendidos. Pienso en la trágica figura de Salamanca, el que nos condujo por el error a la verdad, porque de la guerra mal conducida brota la urgencia de renovación. Pienso en los dos caudillos del tiempo nuevo; a uno le arrancan el corazón antes de morir, al otro lo lapidan cadáver ya. Y es que ambos pasan con tránsito de héroe: se entregan a la patria y la patria los devora. ¡Suprema inmolación! He nombrado a Busch y a Villarroel.

Dí mi alegría a Bolivia, ella me dio su tristeza. Bebí el agua escondida del padecer indio, y sentí más sed. Mordí el pan áspero y rebelde del mestizo, y sentí más hambre. Soporté la iniquidad del blanco y sentí ansia de sufrir mayor iniquidad, porque sólo la injusticia nos acerca al misterio del pueblo que sufre. Nayjama, el Buscador, es ya Nayjama, el que Encontró. ¿No ha dicho Hölderlin que la ola del corazón no se cubriría de la más hermosa espuma, si la roca impenetrable del destino no se opusiera a su paso?

He aquí: en el huracán petrificado de la Gran Cordillera, unas alas flamígeras inscriben con letras de fuego:

—Soy el Pueblo que Lucha con el Ángel. No importa la tardanza, no importa el infortunio. Un día será el rescate incontenible. Tengamos fe, sepamos ser los creadores de nuestra propia grandeza. Y mañana, cuando estos bolivianos turbulentos despierten a una aurora dinámica de paz y de trabajo concertado, el Ángel hará también nuestro camino, abriendo rumbo al pueblo cuando salga al encuentro del Mar que nos espera!

Febrero de 1951.

A LA SACRA IMAGEN DE LA PATRIA

Así como el poeta se arranca una estrella del pecho y la arroja lejos de sí, para que reaparezca en el misterio de las noches como lumbre de alegría, el soldado acuna su bandera, se envuelve en su tristeza y en sus éxitos, y un día se duerme con ella para siempre bajo el palio celeste de la gloria.

¿Qué secreta fascinación esconden sus pliegues?

No hay pabellón más hermoso ni más doliente que el nuestro. Lo exaltamos con nuestras glorias, lo manchamos con nuestras miserias. Cien veces destronado, fue cien veces recompuesto. El que subió más alto, pero también el que cayó más hondo. La mitad lleno de luz, la mitad pleno de sombra. Victoria y derrota lo acechan a porfía. El honor lo salva aunque lo ronde la ignominia. Brota de la entraña del ser y flota sobre el mundo. Ha visto tantas cosas y sucesos tales, que trasunta la filosofía inscrita en el dístico de Ferdusi: "La vida es un sueño que pasa, ni la tristeza ni la dicha quedan".

Primera y última sabiduría de los pueblos. Y es que el trapo bendito no es sólo una armonía de colores como dicta el clásico, sino algo más significativo: es fuente de vidas, síntesis de anhelos, espejo de acciones y pasiones. Amasado con el dolor de las generaciones, sublimado por el holocausto de los héroes, expresa el general sentir del pueblo. Si amamos a Bolivia, nuestra madre, si queremos comprenderla, mirémonos en el oriflama ilustre que la resume y la trasciende: es la Sacra Imagen de la Patria.

La venturosa, la desdichada al mismo tiempo, porque pocos fueron dignos de alzarse a su trono de loores, y muchos los que la profanan con mirada de codicia y deshonor.

1

Bandera tricolor, la bien amada. No la cambiaríamos ni por un pedazo de cielo. Porque es polvo de los huesos que por ella se inmolaron, sangre de nuestra sangre tumultuosa, lucero de los ojos que vendrán.

Casa del corazón, morada del sueño.

Tiene el poderío de nuestras montañas seculares, la vastedad de los padres ríos, el aire sosegado de los valles, la extática potencia de los llanos y los bosques. Y al tiempo en que se admira su mayestática grandeza, cae sobre el alma la honda pesadumbre del pueblo que la inventó. Porque cuando intentamos reconocernos en hazaña y drama de la comunidad, una voz secreta narra el destino nacional.

2

Ese lugar que el indio habita, hermético y huraño, separado de todos, porque nadie lo comprende ni lo ayuda, envuelto en la doble coraza de su silencio y su tarea agraria. Ese lugar donde fermenta el vuelo creador del mestizo — pena en el huayño, fiesta en la cueca — también aislado en la tempestad de su rebeldía y su violencia henchida de precipitados anhelares. Ese lugar que señorea el blanco, frío, cerebral, solitario a su vez de su propio egoísmo, casi nunca cerca del Cristo, rondando las lindes del Maligno, porque no siente; cuenta y acrecienta y sólo mira para sí. Ese lugar del estudiante pobre y del maestro mísero que aspiran a la virtud del esenio y sólo encuentran el acoso social. Ese lugar donde el obrero se desgasta y se envicia, alejado de posibles mejorías. Ese lugar recogido del artesano, que hace contar la vida entre sus manos. Ese lugar sereno del empleado, ennoblecido por la fidelidad del esfuerzo siempre repetido. Ese lugar oscuro donde el sol no alcanza, ese camino hacia la muerte que acorta la existencia del minero. Ese lugar que pueblan el cavilar del intelectual y el padecer del artista. Ese lugar austero del sacerdote, del juez, de la autoridad civil o militar, no siempre honrados con el debido decoro. Ese lugar laborioso del técnico y del profesional, tan corto de usufructo, tan largo de perfección. Ese lugar de pasiva grandeza donde sólo deberían existir la suprema abnegación y la ciega obediencia: las armas. Ese lugar de gentes angustiadas que piden pan, escuelas, caminos, hospitales. Ese lugar pequeño, terroso, retrasado, de casuchas viejísimas y espíritus perezosos, que es sólo un lugar entre miles de lugares bolivianos. Ese lugar hosco, abandonado, silencioso donde se vive a brazo partido con el clima hostil y la falta de recursos: la frontera. Ese lugar que junta la pureza del infante con la fatiga del anciano. Ese lugar que es clave de quietud para el campesino y sonriente acicate para el nómada. Ese lugar que los sublima a todos porque lo sella la bondad, donde se mueven madre, esposa, hija, novia, hermana, abuela. Ese lugar crecido de tu amigo y ese lugar menguante de los enemigos. Ese lugar de mil nombres que acaso no tiene ninguno. Ese lugar que es la suma de lugares, así como el coro es la suma de valores que lo integran ¡eso es verdaderamente la Patria, en la tensa complejidad de sus variables armonías!

3

Quien no ha visto asomar por los pliegues de su bandera el rostro múltiple y difícil, la imagen encantada, hermosa y triste a un tiempo mismo de la vida general que lo rodea, ese ni tiene Patria ni es digno de bandera.

Porque patria es el dolor de comprender. Y el pabellón nacional el símbolo más puro que agita el corazón del hombre; lo que guarda el sentimiento como guarda la madera el leño: dar y darse, consumirse. Destino de llama o de centella. Porque patriota es el que apura los símbolos hasta su límite final. Y amar la patria es padecerla en los demás.

Tan estrecha, tan íntimamente se confunden historia y tricolor que no se comprende la una sin la otra. Dos que son uno, uno como dos. Buscad en el pasado; la historia entrega tres tonos que lo abarcan todo: sangre, luz, libertad; la bandera devuelve tres contratonos primordiales: vida, pasión, esperanza.

Y si se ahonda en la comparanza del hecho con su símbolo a poco más del vértigo social surge el remanso centelleante del iris, como el relámpago brota del trueno y la tiniebla.

¿Cuándo nació la enseña memorable? La insignia de los bolivianos es anterior a la República: nace con el mundo.

Hay que buscar su origen más allá del horizonte histórico, detrás de la Colonia, por encima de los imperios indios, más lejos todavía... en los tiempos geológicos, allí donde naturaleza y mito cruzan sus espadas. Y es de una tal antigüedad que espanta, y es de una eterna juventud que maravilla.

4

En la primitividad americana, cuando el poblador aun no había ascendido al sistema social autóctono; antes del quéchua y del aimára; tal vez en tiempo anterior a los remotos "antis", que dan nombre legendario a la Cordillera, el andino elevó la mirada estupefacta al cielo y deslumbrado por los colores del arco iris, con predominio de rojo, amarillo y verde, en estupenda hermandad, dijo:

—"Kurmi": deidad del color, la que premia o trae desgracia, la que mata y concede vida. Arco de luz. Cuerda de belleza.

La tricolor está pues en la naturaleza, en el paisaje, antes que el varón andino la transfiera al reino del mito y la quimera.

Mil o diez mil años después — que en punto a leyenda y poesía no cuentan números — el Kollao toma los tres colores fundamentales y los incorpora a la "wiphala", esa insignia ancestral que los aimáras hicieron ondear en señal de poderío desde el Chuquiago hasta el Mapocho. Los estandartes del Inka, política y sociológicamente herederos del Kollasuyo, mantuvieron los tonos dominantes de Quito al Tucumán. Durante la Colonia, cuando el sol de España oscurece la estirpe india, los tres hechiceros se refugian en los corazones: roja es la sangre de los mitayos que se aniquilan por la metrópoli lejana; verde la esperanza de los criollos que se rebelan por vida mejor; y avergonzado de la codicia de los señores, el gualda de la enseña se vuelve pálido, color de luna, y envejece en la fría conducta de los buscadores de plata. La epopeya libertaria rompe el hechizo de ausencia y los tres encantadores regresan al paisaje nativo. Bolívar trae la púrpura rojiza en el coraje de los batallones colombianos; Murillo nos lega el halo de oro que nimba su horca inmortal; Sucre abre las puertas al lago verde-mar de una conducta impecable. Y la insignia reaparece aislada en cada uno de sus símbolos cromáticos, o recompuesta en la armoniosa trinidad que los aúna y los exalta. Y es el punzó que fulge en las heridas de los guerrilleros; es el fuego violento de las fogatas de la Independencia; es el crepúsculo esmeraldino que talla los torsos atrevidos de las varonas de la Coronilla. Es la montonera india, la fiereza mestiza, el valor de los patriotas acomodados, la santa furia rompedora y creadora de un pueblo que pugna por nacer.

5

¿Habéis oído los ritos atrevidos, las extrañas disonancias, los contrastes peligrosos, las hondas armonías que Beethoven agrupó bajo el nombre de "33 Variaciones sobre un vals de Diabelli?" Hay vuelos de águila y caídas de abismo. Toda la ciencia del dolor humano, todo el fulgor del júbilo que inventa. Lo raro en lo sublime. Lo cándido en lo astuto. Se diría un genio atormentado que narra su vida tempestuosa y prodigiosamente varia. ¿Más quién podría dar la contracifra de las variaciones del alma colectiva? Sólo la música del titán germano puede sugerir el trágico esplendor de esta historia que flamea con ímpetus de bandera desgarrada, de esta bandera desgarrada que se reintegra y fortifica en hálitos de historia.

¡Planta dulce y fuerte, criatura de infortunio y heroísmo! Sus desdichas no maculan su prestigio, sus derrotas no empañan sus victorias. Si Bolivia es el pueblo del destino, que gana lentamente, duramente, la batalla de los días, su bandera es clave de ese pueblo, no hecho para sosiego ni deliquios, sino para el esfuerzo que eleva y ennoblece. Porque antes de la belleza fue el amor: el amor que se entrega y que redime. Y detrás del cristal de tres colores — huracán de dolor, de llama y vértigo — hay tal lección humana y persistente contenida, que no se comprende la

magia de la enseña nacional, si no hubo sumersión profunda en el pueblo bravío que la alumbra y la sustenta.

A ella diremos invocando el saludo triunfal que vibra en los hexámetros de Homero:

—¡Salve Diosa que reinas en las ciudades fulgurantes y domas la muchedumbre heroica de los hombres! De tu dolor hago mi canto, de tu alegría mi grandeza. Que a tu nombre termine la luctuosa discordia que enardece las almas, porque siempre es mejor la obra que terminan muchos.

Novia desconocida por la que se batieron los tatarabuelos. La que amaron Arze y Muñecas, Warnes y Mercado, Camargo y Betanzos; sólo uno de los Lanza llega a conocer su imagen. La que inspiró los versos de Huallparrimachi, el doncel quéchua que puso un rayo de ternura en el trágico sino de los Padilla. La que encendió los sueños de 1809 con su anhelo romántico de libertad. Ardiente con Linares y Campero, esquiva para Melgarejo y para Daza, es la que abre la ruta de geógrafos y exploradores: Campos, Vaca Diez, Armentia, Palacios, Pando. Preside los sueños científicos de Aspiazu, vibra en la lira tempestuosa de Tamayo, se agita en las cóleras de Gabriel René Moreno. Está en la copla chapaca, en el rodar del taquirari, en el temblor del bailecito, en la tristeza del jarahui. El indio la siente deidad externa: con ella danza. El criollo y el mestizo la llevan dentro: caen por ella. También las cholos sienten su magia; cuando la vida les trae dificultades o quebrantos, para olvidar desvíos amorosos o displicencias de los "karitos", rezan a la Señora que está en los Cielos y se refugian en la Princesa de Tres Colores.

Si a veces nos mira con pureza de novia, a veces nos contempla con ternura de madre dolorosa.

¡Oh casa de tristeza y de alegría, más amada cuanto más infortunada!

Llora nuestras lágrimas, canta nuestras dichas, es talismán de recuperaciones. Nos devuelve la confianza perdida, el entusiasmo intrépido, la pujanza nacional; porque hay batallas que esperan todavía al pendón andino para entregarle su decisión y sus trofeos.

Y el que se siente morir, lejos del terruño, le envía su último tributo por labios del poeta: "quisiera prestarme las alas del águila, para volar a tu regazo y entregarte el suspiro final".

6

Esta es la insignia que rebose de amargura en Yungay. La que se enluta en el Pacífico, en el Acre, en el Chaco. Se inmortaliza en el Campo de la Alianza; vuelve a desgarrarse en Campo Vía y en El Carmen. La que hollaron los tiranos y los déspotas, la que manchan los traidores y los indiferentes. La Gran Dama de Negro que cubre con su duelo el pesar de los días infaustos. El día que el Tratado de 1904 nos arrebató nuestro Mar. Cuando se inicia la Guerra del Sudeste que se llevó 50.000 hermanos y un grande territorio. El día que tribunales indignos absuelven las picardías de los Barones del Estaño. Cuando faltan bancos en las escuelas pero sobran divisas mal habidas. El día que la pasión política se tiñe con sangre boliviana; matanza de varones ilustres ¿no es lo mismo que matanza de mineros y de obreros? Cuando las plumas se alquilan y un silencio cobarde es consigna de sumisión al poderoso. El día que perdimos a Busch y el día que lapidamos a Villaruel.

Es la que soporta la angustia de las mayorías olvidadas. La que carga el drama del indio irredento y del mestizo incomprendido. Ancla para el anciano, es ala para el joven. Absorbe el ocio y el abuso, sufre ultraje y deshonor, porque son pocos los que honran a su bandera y muchos los que la olvidan y degradan. Y es la que se yergue altiva, desafiante, henchida de furia sagrada, cuando el hermano del norte, prevalido de su fuerza material, pretende negociar con el hambre de los bolivianos negando justo precio a sus minerales.

7

Esta insignia que se cubrió de laureles en Yanacocha y Socabaya. La que humilló al rosismo en Iruya, Humahuaca y Montenegro. Magnánima en Paucarpata, devuelve los lampos aurales de Junín y de Ayacucho. Se abrió como la rosa de una herida en la batalla de Pisagua,

para cerrar sus pliegues en la inmortal cicatriz que esculpe la defensa de Calama. Sostuvo al corneta Mamani en San Francisco, al soldado Pascual Mérida en Tarapacá, al centinela Paredes en Riosinho, a Méndez Arcos en el sudeste calcinante. Los Colorados del 80 la hacen ondear al viento de la fama, como flameó el trapo sublime que detuvo al guaraní en los campos de Kilómetro 7. Es la que honraron Sucre y Santa Cruz, Ballivián y Linares, Frías y Campero, Pando, Montes y Saavedra. Es la que el Camba Busch se lleva prendida como un flamín de gloria, cada vez que los corceles del recuerdo nos vuelven al huracán de sus hazañas. Y es la que cubre la tumba augusta de Villarroel, el inmolado por un ideal de patria nueva.

8

¿Quién fue, en verdad, el creador de la inmortal insignia?

Uno se encargó de fijarla, acaso varios, ciertamente: el pueblo todo. Faro de maravillas, trasunto de almas, es de todos sin pertenecer a nadie. Porque siempre está muriendo un héroe en el seno de esta Patria desventurada, y siempre está naciendo un vigía de esperanza, en este pueblo enardecido por un trágico destino de tensión y de pelea!

Esta emoción augusta. Esta unción de muchedumbre. Esta sacra pasión alucinante. Bolivia se levanta y se extasía en torno a su Bandera.

Día purísimo. Jamás enseña alguna flotó más alta ni armoniosa bajo la cúpula triunfal del cielo andino. Dijérase que un dios ignoto fijó un azul de gloria y de victoria, para moldear mejor la triple gallardía del rubí, del topacio y la esmeralda.

Habrán oriflomas de mayor arrogancia, pero no tan ricos de calor humano y de ufanía estética. El rojo evoca los ardores de la sangre, río de las vidas. El amarillo la epifanía de la luz, plenitud del mediodía. El verde júbilos de árbol, de bosque, de lago, de esperanza. Un fondo zafíreo sirve de lecho a tan feliz combinación: lo animal, lo vegetal, lo mineral se transfunden en el goce de una total policromía. La Cordillera eleva sus coros de nieve cuando la divisa nacional esparce sus músicas secretas. Y hasta "Pacha" — la Tierra Madre ancestral — se agita en interiores conmociones al ver flamear el pabellón ilustre, porque sabe que los tres colores primordiales de la paleta andina, esperan confundirse un día con el azul radiante del mar remoto pero no perdido...!

Meditad en el arcano de los tres colores esenciales, sacerdotes que guardan la pureza de la fe nacional. Cuando las almas duden; cuando los cansados cuerpos vacilen; cuando unos se vendan por codicia y otros deserten por cobardes; cuando debilidad y desengaño digan: "es inútil", alzad los ojos al pabellón glauco, gualda y escarlata que manda siempre: "todo es posible, venceremos!"

Aprended la lección de la insignia tremolante. Es el magno concierto de la Sangre, de la Luz, de la Esperanza. Y sangre, luz y esperanza hacen un pueblo.

9

Fiesta de la Bandera, fiesta de corazones. Pensemos en el triunfador y en el caído, en el habitante de su suelo y en el exiliado, en el poderoso y en el mísero, en el que manda y en el que obedece; todos hermanos de un común destino, aunque la circunstancia los coloque en posiciones antagónicas. Porque el lábaro magnífico lo abarca y lo comprende todo.

Roja es la pasión del kolla. Dorada la canción del quéchua. Verde el esplendor del oriental.

Habría que unir la dulzura de la vicuña, la fiereza del puma y juntarlas con la gracia vertiginosa del guanaco, ese camélido que cruza como un bólido la majestad de nuestros montes, para loar en símbolos nativos a la Amada del Poeta y del soldado.

Florezca el incendio de las khantutas, vibren los huayños, y al tiempo que broncos tambores indios resuenen por la caja de los valles, fuertes cantares cholos sacudirán llanuras y altiplanos.

En el Día de la Imagen, la Patria se viste de armiño y terciopelo.

Es Ella, la enseña bienamada. Dulce estrella indecisa, fuerte lumbre de oro alternativamente. Vino de la parte encrespada del bosque de la vida, donde crecen los árboles más altos. Se irá como el lucero matutino o el astro de los vésperos: llevándose un pedazo del corazón cada vez que se aleje de nosotros.

¡Dichoso aquel que merezca partir con ella en la Última Aventura!

Será el ungido, el elegido. Porque caer con su bandera, es la más alta recompensa que los dioses inventaron para regalo de los hombres.

Octubre de 1953.

BOLIVIA: EL ASTRO IGNORADO

En el corazón de la América Meridional, lejos, muy lejos del Atlántico impetuoso al que tienden sus vastas llanuras por las hoyas del Amazonas y del Plata; amurallado el otro flanco por la Gran Cordillera que mira al Pacífico distante; cerrada por bastiones montuosos, abierta en ríos dilatados y aires estratégicos, Bolivia se levanta como un astro ignorado joven y remoto al mismo tiempo.

Imaginad un paraje maravilloso donde todavía existen el mito y lo desconocido; la variedad, el contraste; la sencillez de las costumbres y el fuerte espíritu de aventura; donde lo arcaico y lo moderno conjugan voluntad. Algo extraño y familiar simultáneamente.

Cuatro millones de habitantes se pierden en la inmensidad de un millón de kilómetros cuadrados. El territorio variadísimo de orografía y clima se dispersa en altiplanos, valles, y llanuras. Se vive al nivel del mar, a 2.000 y a 4.000 metros de altura. Tierra y poblador tienden a lo heterogéneo: en las "punas", en las zonas " templadas y en los llanos, habitan europeos, criollos, mestizos, indios; éstos divididos en tres grandes razas: aimáras, quéchuas, orientales. Pero todos tienden a fundirse en el tipo sudamericano, vigorosa expresión del mestizaje racial. La fusión demográfica se curva hacia arriba.

Keyserling decía que nuestros indios son muchísimo más viejos de cuanto es dable suponer, intuyendo profundos secretos de estas poblaciones milenarias. Más quien ve a los espléndidos mocetones y al despierto niño indígena, atisba el futuro promisor de los núcleos autóctonos.

Nunca se sabe, en el boliviano, dónde termina el ancestro y cuándo empieza la vigencia de lo actual. Magia india — dirá el poeta — estas gentes que crecen en soledad, en oscuridad de montaña, llevan la luz y la alegría adentro.

Es un depósito continental. Lo tiene todo. Cordilleras mineralizadas, subsuelo rico, valles feracísimos, llanuras ubérrimas. Espacio holgado para cien millones de habitantes. La tierra sobra, la naturaleza aguarda, el morador acoge. No es fácil apreciar este incalculable potencial económico, apenas desarrollado por falta de capitales, de técnicos, de caminos.

¿Qué es Bolivia? Vista en su actual crisis de crecimiento, una dura realidad; avizorada en sus posibilidades próximas una gran esperanza.

Por su naturaleza física, por su población indómita, el país andino acusa personalidad definitoria. Atrae, subyuga, embruja. Y unos modos de vida, unas tales excelencias de sentido, que despiertan el alma y la tensan de novedad y de ternura.

El escenario natural se entrega difícilmente al hombre pero la entrega es total y responde al riesgo. Así las minas fabulosas, las industrias nacientes, las empresas agrícolas. En pequeña

escala si se mide nuestro desarrollo con la economía mundial, en esfuerzo intensivo si se considera que la nación despertó a la vida plena de sus multitudes hace pocos años.

Tenemos estaño, cobre, hierro, plomo, zinc, wólfram, antimonio, oro, plata, bismuto, molibdeno y otros minerales. Nuestro potencial petrolífero, sólo superado por Venezuela en el continente, recién se va a explotar en gran escala. Podemos exportar goma, cacao, café, tabaco, quina, castaña, vainilla y muchos otros productos vegetales. Existe una gran variedad de maderas y riquezas forestales. En los desmesurados llanos de Santa Cruz y del Beni se abren posibilidades ilimitadas para la agricultura y la ganadería. Las aguas del Lago Titikaka y los neveros de la Cordillera constituyen uno de los potenciales hidroeléctricos más considerables del continente. Los proyectos de embalse de los angostos del Bala, del Pilcomayo y de La Paz dilatarán rápidamente nuestra economía agraria. Sea porque la competencia no es todavía muy fuerte, o porque no hemos llegado al estado de saturación de los negocios en países más desarrollados, la banca, la industria y el comercio perciben utilidades mayores que en otros continentes.

En suma: debido a su extraordinaria geografía, a sus riquezas naturales, a la existencia de muchas zonas aun no exploradas ni explotadas racionalmente, Bolivia es un imán para el pionero y para el inversionista emprendedor.

Veamos, ahora, el cuadro político.

Históricamente somos libres desde 1825, pero en lo económico y social, descontando aisladas conquistas liberales, seguimos viviendo dentro del retraso colonial. Se gobernaba para minorías acomodadas a espaldas del drama humano general. El indio era igual a cero. El mestizo poco pesaba. Sólo el blanco o el criollo europeizado controlaban la producción y los negocios. Hasta hace pocos años, no éramos nación en el sentido integrador, en la estructura orgánica del término; sólo un inmenso feudo explotado en provecho de pocos a costa del trabajo de muchos.

Y esto ocurre o acontecía en muchas partes de la América sureña.

En abril de 1952 Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Zuazo acaudillan la Revolución Nacionalista, que después de demoler el arcaico sistema jurídico y político, crea una nueva relación de fuerzas económicas y sociales. El régimen feudal-minero, basado en una oligarquía plutocrática, dio paso a un irresistible movimiento democrático de masas: las mayorías trabajadoras, los campesinos y las clases medias se habilitan para la ciudadanía efectiva. Es sólo en función de esas mayorías productoras que hoy se gobierna y se legisla. Podemos, pues, hablar ya de una colectividad boliviana, de una economía nacional.

Sólo dos revoluciones profundas hubo hasta ahora en la América Latina: la mexicana de 1910 que se profundiza en 1917, y la boliviana de 1952.

La Revolución Boliviana de 1952 es un hecho continental, una experiencia americana que por su profundidad y contenido, no se puede juzgar frívolamente desconectada de sus antecedentes históricos ni de su realidad política, económica y social. Implantó el voto universal, dio la ciudadanía efectiva a todos, repartió tierras a los campesinos; nacionalizó las grandes minas, impulsó la industria petrolera, realizó la reforma educacional; comenzó a diversificar la producción, mejoró la legislación social, distribuyó la carga impositiva con más equidad; combatió el analfabetismo, intensificó la enseñanza técnica y la educación rural, tecnificó el ejército y lo apartó del juego político. Si la reforma agraria y la extirpación del latifundio improductivo es su obra mayor, porque ha dado la tenencia de la tierra a quien la trabaja, no es menos importante lo ganado en el plano humano.

Un aire de orgullosa dignidad distingue al poblador. El campesino es un propietario, ya no un paria. Obreros y gentes de la clase media alternan con la élite dirigente en el Gabinete, en las Cámaras, en los organismos técnicos y económicos. Esto es lo interesante de nuestra revolución, la alianza de clases, que desmiente la consigna de lucha de clases de los marxistas. Los presidentes Siles Zuazo y Paz Estenssoro, algunos de sus ministros, muchos parlamentarios y líderes políticos, pertenecen a familias tradicionales del país, son de formación universitaria, pero tuvieron la sensibilidad social suficiente para encabezar el movimiento de liberación social y económica ansiado por el pueblo.

¿Que tiene imperfecciones y fallas esta vasta operación colectiva? Indudablemente. Los sectores desposeídos luchan tenazmente por volver al sistema abolido. La inflación monetaria y la crisis subsecuente son el precio exigido por el rescate de todo un pueblo. Un sacudimiento formidable ha conmovido nuestra estructura jurídica desplazando la riqueza y la influencia política a nuevos grupos sociales.

Lo que nadie puede negar es que con todos sus aciertos, con todos sus errores, la Revolución Boliviana tiene tras de sí el 80 % del electorado nacional.

Para políticos, economistas y sociólogos, Bolivia es el laboratorio de la América del Sur en plena actividad.

Si nuestra historia es revuelta y encrespada, la geografía abrupta y dispersa, el poblador se presenta transido de ternura. El indio silencioso, concentrado en la prisión multicolor de sus ropas, posee una capacidad afectiva subyacente. Pintoresca, desenfadada, comunicativa es la muchedumbre chola. Diversa y resuelta la capa criolla. No se entrega con facilidad el boliviano, pero cuando lo hace es para siempre.

Existen unos cambios de presión increíbles en el mismo plano social. Por ejemplo, un campesino autóctono maneja el arado milenario semejante al egipcio de hace cuatro mil años; a pocos metros de distancia otro indígena conduce impávido un tractor inglés. En las iglesias se adora a Cristo, en los ámbitos abiertos al sol y a la montaña. Las capitales siguen el ritmo del progreso, su vértigo renovador; las provincias sufren todavía, en buena parte, la influencia de los usos coloniales. El acontecer nacional abarca las más diversas formas vitales: en la selva virgen el salvaje del tiempo primitivo, en las ciudades el joven que ama la pintura abstracta y la literatura expresionista. Del más bajo nivel de vida al más alto. En una sola ciudad — La Paz — el suelo tiene diferencias de mil metros. Se viaja en avión, en tren, en automóvil y en camiones, pero otros sólo conocen el paso tardo de la mula, del asno, del buey o la lenta andadura de las propias piernas.

No es exagerado afirmar que Bolivia es una síntesis cósmica en lo geográfico, y una suma de modalidades variadísimas en el plano sociológico.

El estudioso y el turista no agotan su inquietud; antes bien: la acrecen y renuevan frente a la movible y cambiante realidad de un paisaje siempre diferente.

Nuestra historia es tan accidentada como el molde físico.

Tres guerras internacionales, aparte de los 15 años de lucha tenaz para emanciparnos políticamente. Somos el país con más revoluciones en la América del Sur; no es, ciertamente, para enorgullecerse, pero tampoco para avergonzarse, porque esto manifiesta la rebeldía, el inconformismo, el ansia de progreso de los bolivianos. Tuvimos grandes varones como Jefes del Estado, famosos pícaros, dictadores pintorescos y abnegados demócratas. El pueblo católico y revolucionario al mismo tiempo, siempre del lado de la buena causa. Tuvimos, al nacer en 1825, más de 2.000.000 de kilómetros cuadrados y una extensa costa en el Pacífico. En el siglo XIX por guerras fratricidas se rectifican las fronteras nacionales; Bolivia sale mutilada de este proceso de conformación, privada de su litoral marítimo, pero el infortunio no aniquila la fe nacional y la salida al mar es un anhelo constitucional del pueblo boliviano.

Si se alarga el mirar histórico, Bolivia arranca sus raíces de la cosmogonía americana: los "Antis" y el mito andino; Tiahuanaku; los Kollas o Aimáras; el Imperio Incaico; la Audiencia de Charcas; el Alto Perú; finalmente: Bolivia.

Si América del Sur sondea su más remota genealogía, se ha de remontar al tiempo mítico, cuando los "Antis", raza fabulosa, dan su nombre a la Cordillera de los Andes. Esa filosofía telúrica constituye el más antiguo y legendario tesoro poético del continente.

"Tiwanku", con un pie en el mito y otro en la historia, ya es documento vivo. Cultura abstracta y misteriosa, de glifos y símbolos aun no descifrados, encierra en teoremas de piedras el

pasado andino. Esas piedras venerables viejas de miles de años; esa deslumbrante "Puerta del Sol"; el enigmático signo escalonado; los célebres Monolitos esfíngicos; la arquitectura ortogonal, todo esto habla de una civilización avanzada que desapareció en el tiempo.

Los "Kollas o Aimáras", antecesores de los Quéchuas o Incas que después los conquistaron, nos legaron la lengua aimára que al decir de Villamil de Rada es el sánscrito de América. El recuerdo de sus reyes y sus guerras, su arquitectura monumental, su ingeniería hidráulica, una economía agraria de hondo contenido social; ceramios, danzas, cantos, poesía y leyendas que cuentan entre las más bellas del hemisferio; una religión esotérica que aun no reveló sus enigmas al investigador, todo esto atestigua su pasado esplendor.

Vienen luego los Incas que son ya historia positiva. Grandes políticos, esforzados guerreros, sabios legisladores, señorean un tercio del continente. Parece innecesario referirse a esta gran civilización por todos conocida, que como las de toltecas, mayas, o nahuas se cuenta entre las mayores de la América precolombina.

Estas culturas remotas, que son el antecedente prehistórico, geográfico, lingüístico, y en cierto modo demográfico de Bolivia, no diré que procedían todas de la meseta boliviana, pero al menos tuvieron en ella eminencia rectora, vertebrando las corrientes direccionales de la primitividad americana.

Nos legaron figuras bellísimas que no comprendemos todavía en toda su grandeza y hermosura. Como "Pacha", dios cósmico del Ande, que da lugar a las tradiciones más memorables del ancestro. Como "Wirakocha", numen divino, histórico, y político. Como "Thunupa", el Cristo andino, que los hombres sacrifican por predicar la verdad. Como "Willka" el apolo aimára, el sol que todo genera y fructifica. Como "Siripaka", el que lleva la luz, el que dice la verdad. Como "Nayjama", el heraldo indio, el soñador, el precursor, el que busca la verdad entre montañas, para redimir a la América mestiza con una siembra de amor y de justicia.

Bolivia es, pues, cuna prehistórica del continente.

En el siglo XVI, cuando los españoles conquistan la América Meridional, la Audiencia de Charcas señorea lo que hoy es el territorio Boliviano. Se le llamó también Alto Perú. Durante los tres siglos que dura la Colonia, el Alto Perú irradia la conciencia ética, jurídica y política que hará posible más tarde las repúblicas democráticas. Si Charcas es todo el humanismo colonial, Potosí tipifica la vida urbana e industrial, la realidad económica, el hecho político y social predominante. En la organización civil y religiosa de la Audiencia de Charcas, en el transcurso histórico del Alto Perú, hay que buscar los gérmenes fecundos de la América Libre. Dos detalles significativos: la plata del Cerro de Potosí llena las arcas de los Reyes de España, y el oro del Alto Perú brilla en los techos de ilustres iglesias de Roma.

La cultura sudamericana nace en la Colonia, y la Colonia es primordialmente Charcas, Potosí, el Alto Perú.

Tuvo España genial intuición de cuanto representaba el promontorio o macizo altoperoano como centro de convergencia y señorío del hemisferio: fue el último florón que entregó al deshacerse el Imperio en sus manos.

En la época moderna, es decir en la era republicana, Bolivia es, en cierto sentido, la clave y el centro de equilibrio del hemisferio sur. Une el norte con el sur del continente. Sirve de báscula entre las potencias del Atlántico y del Pacífico. Amarra las hoyas del Amazonas y del Plata con las costas del mar que asoma al otro lado del muro de los Andes. Su altiplano es un aeropuerto natural y estratégico. Punto de convergencia de las vías comunicatorias de tierra y de aire, es también el nudo que resuelve muchos problemas, el vértice socio-económico de la política sudamericana. ¿Cómo se encuentran y equilibran lo transatlántico y lo transpacífico? En las tierras interiores, en el corazón del continente, allí donde alienta lo originario, lo comarcano, el alma de la provincia que es, de cierto modo, lo más fuerte y raigal de la americanidad.

En esa marginada geología, en ese desamparo cósmico, en el semi-despoblamiento de las áreas interiores, la nación andina-símbolo de lo fidedigno americano— cumple históricamente lo

que la naturaleza preconizó y prefiguró: es puente inevitable, núcleo esencial, fuerza centrípeta equidistante entre el Pacífico, el Amazonas y el Plata.

Repito la imagen: es nudo y punto de amarre de las influencias encontradas que circulan por el hemisferio, algo así como el reservorio intocado que la Providencia y la naturaleza guardaron para este continente aún en proceso de formación y desarrollo.

Veamos sus tres paisajes primordiales.

En la meseta o altiplano, se vive cerca de los 4.000 metros de altura. La Paz, Oruro, Potosí, con capitales elevadas, concentran la mayor carga demográfica y dinámica del país. Nevados poderosos. Cielo zafíreo, cargado de electricidad. Montañas que parecen dioses. Todo directo, fuerte, varonil. La roca y el vacío disputan primacía. Las "punas" frías y adustas, florecen en ciudades de tipo europeo, con parques y jardines armoniosos. Saturada de energía creadora, la sierra está habitada por pueblos beligerantes, rudos y tenaces, que acaudillan a la nación. La meseta es lo más fuerte que tiene Bolivia, pero también lo que exige más. Y para alivio de su ascética estructura, se decora con un sol de oro, con un cielo de porcelana azul, con un clima que no tiene par por lo regulado y conveniente.

¿Conocéis a los aristócratas del Ande? Son los auquénidos que habitan las "punas". Por ejemplo la llama, lento, elástico y flexible animal, tan estrechamente ligado a la economía doméstica del nativo. Viendo su espléndida apostura, su andar rítmico y tranquilo, su inquietante altanería, ese mecer de navío con que ondula por el plano, tuvo un poeta nuestro un presentimiento inverosímil al decir:

—Pasa una princesa india...

O son las alpacas que fingen dameros blanquinegros. O las vicuñas que dan el vellón de su lana para finísimos mantos imperiales y los soles negros de sus ojos para embrujo de soñadores y poetas. O el guanaco que cruza como un meteoro el ventisquero vertiginoso, flecha de luz suspendida entre la sombra y el relámpago, como si fuera la sonrisa del abismo.

O es finalmente el cóndor — Kuntur Mamani — el protector de los hogares, el que une cielo y tierra, el que levanta y dignifica todo, porque afirma la leyenda que las grandes montañas son cóndores caídos para velar por los hombres con las alas extendidas que la nieve petrificó en el tiempo de las edades desvanecidas.

Y dicen que existe un Cóndor Blanco, titánico y purísimo, que muy pocos llegan a ver. Pero quien lo encuentra es un hombre dichoso: vivirá muchos años, la prosperidad caerá sobre su techo, y está llamado a grandes empresas. Y el Cóndor Blanco habita en los nevados de la exaltada Cordillera. Y no se sabe si los nevados son pájaros gigantes inmovilizados en la nieve, o si el Cóndor Blanco es una cumbre que se puso a volar entre montañas.

Los valles escalonados como transición entre el altiplano y las tierras bajas, hacen la vida más grata, el esfuerzo mejor recompensado. Idílico el paisaje, generoso el suelo, y una economía agraria que aprovecha activamente los dones de la naturaleza. Si el genio indio es montañés, el genio mestizo es valluno. Estas comarcas deliciosas, a mitad de camino entre las punas y los llanos, son las que mejor reflejan el tipismo sudamericano. Físicamente lo mejor concertado; espiritualmente lo más atractivo del país. Cochabamba, Sucre, Tarija, ciudades de encanto, transcurren en "tempo lento", un suceder ya olvidado por las urbes alocadas.

Se habla el español y el quéchua, la dulce lengua nativa de Huallparrimachi, aquel poeta adolescente que templó sus versos en las fogatas de la independencia. La raza fuerte, fornida. Las mujeres hermosas. Intrépidos los hombres. La "chicha" y los vinos vallunos dan alegría, coraje, hacen soñar. Y la gente es más abierta y expansiva. Y del campo viven todos, señores y laboreros, envueltos en la suave seducción de la campiña. El coplero y su guitarra expresan diestramente la poesía popular. Y la danza, el canto, el verso fluyen armoniosos. Y las bocas endulzan el habla comarcana con giros y expresiones de afecto:

—"Guaguay", "Caballeroy", "Tatay"...

Si aimára es la voz grave que carga de majestad y pesadumbre el diálogo de nuestra historia, quéchua es el tono tierno, ternuroso, que clarifica el verbo nacional.

La herencia quéchua es una de sagacidad y de belleza. En las quebradas, en la campiña, en los vallecitos que se desprenden de los grandes cerros, la tierra arcádica hace dichoso al hombre, le concede la energía creadora y el ardor comunicativo.

Estas zonas centrales son la báscula climática entre la tensión montañesa y la inmensa desolación de las llanuras que corren al Atlántico. Si la cabeza del organismo nacional se apoya en las cumbres, el corazón de la bolivianidad hay que sentirlo en los valles, que son lo más típico, lo más entrañable del país, porque están penetrados del soplo regional.

El tercer factor geográfico lo constituyen las selvas y los llanos seculares. ¿Qué sabemos de las ingentes riquezas, de las posibilidades ilimitadas de Santa Cruz, del Beni, de Pando? Muy poco.

Inmenso misterio cósmico. Áreas inexploradas. Una reserva intacta que espera el toque mágico de los transportes, de la colonización, y del a industria, para albergar muchos millones de habitantes. Son regiones tan vastas, que cada una llena el perímetro de una o dos naciones europeas. Ahora que Santa Cruz despierta al abrazo de hierro de las ferrovías al Brasil y a la Argentina; cuando el petróleo atrae fuertes capitales para una explotación en grande escala; mientras sus dilatadas llanuras ofrecen perspectivas sin fin a la agricultura y a la ganadería, bien se puede afirmar que el oriente y el noroeste boliviano son la opulencia virgen invitando al dominio organizado del mundo y de las cosas.

De los llanos y los bosques tropicales, esa polaridad indivisible que denominamos con una sola palabra: llanura, sólo puede hablarse en términos de lejanía. Sabemos que es lo más rico y lo más grande, pero es también lo menos accesible, aunque hoy la técnica podría hacer navegables los ríos imponentes y surcar de caminos la planicie interminable. Y la raza oriental es buena, indolente, generosa y brava. Quiere alzarse a un mejor destino de esfuerzo y de progreso. Ya no le bastan la naturaleza lujuriente, el paisaje bellísimo, la vida regalada, fielmente expresados en la travesura del "carnavalito", sino que aspiran a dominar la grandeza aterradora de su suelo.

La llanura es el porvenir de Bolivia.

Étnica y psicológicamente la nación conjuga el alma severa dramática del kolla, el alma tierna y bucólica del quéchua, el pánica y romántica del oriental. Claro está que se trata de nominaciones generales, ya que indios, mestizos y blancos habitan en las tres zonas indistintamente: de altura, medias y bajas. Y así oímos la triple armonía del misterio indio, del empuje mestizo, del señorío hispano concertados en sudamericano advenimiento.

Un esteta diría que el altiplano tiene las urgencias verticales la escultura; que el valle evoca la línea y los colores de la pintura clásica; que la llanura esconde los reinos secretos y abismales de la música telúrica.

Las tres Bolivias de la cordillera, la zona templada y la llanura tropical, se integran y unimisman en el Macizo Boliviano a que aludió Jaime Mendoza, esa extraña y poderosa conformación geográfica que parece dar sentido al equilibrio político y económico del continente.

Un sabio europeo — Reclús — lanzó esta frase: "Bolivia es la clave de la bóveda del continente". Otro científico — D'Orbigny — sostuvo que nuestro país es "el recinto geográfico más hermoso del mundo".

¿Exageraciones? Quién lo sabe... Pero quien vivió en la tierra boliviana quiere siempre volver; y el que pasó para no regresar la recuerda con frecuencia.

También nuestra historia tumultuosa, rica de peripecias humanas, subyuga al investigador. Siempre en tensión de lucha, contra el destino adverso, contra sí mismo, el pueblo boliviano tiene figuras que trascienden al arquetipo continental. Por ejemplo el Gran Mariscal Andrés de Santa

Cruz, creador de la Confederación Perú-Boliviana, gran estadista. Narciso Campero, el Hombre del 80, que reconstruye la nación después de la Guerra del Pacífico. Ismael Montes, caudillo de la reforma liberal que sienta las bases del Estado moderno. El tirano Melgarejo que suele atraer a escritores mal informados sería el contrapelo, la figura negativa que sólo se ha de nombrar para abominar de ella; analfabeto, disoluto, cruel infligió profundo daño a la república. Prefiero recordar a Katari, que es todo el genio indio. A Murillo, toda la rebeldía mestiza. A Linares, todo el idealismo blanco. Y si se me pide tres expresiones de alta cultura, recordaré a un altísimo escritor: Gabriel René Moreno. A un poeta y pensador sin par: Franz Tamayo. A un pintor magistral: Cecilio Guzmán de Rojas.

Admirad estos diamantes líricos de Franz Tamayo, poeta enérgico y viril, alado y melodioso al mismo tiempo:

BEETHOVEN

"Jamás dolor más noble
Vibró en la fibra!
Así insonoro vibra
El alto roble!
Era Beethoven
Dolor siempre sonoro
y siempre joven!" .

RUBAY

"Luz de la tarde, tórtola que añora,
Plañir del mar, otoño que se dora!
Nada hay más dulce ni más triste a un tiempo
Que ese amor de mujer que ruega y llora!"

PACHAMAMA

"Lo que cifra y clarece
El mito aimára
Fue alta ciencia tan rara
Que se evanece.
Un son, un signo,
y aun ausente el espíritu
Es fidedigno!"

Y cuando el Fausto aimára quiere expresar su trágica soledad de pensador y de artista, amurallado en su pensamiento como Bolivia entre sus montañas, compone los dísticos inmortales que aparentemente evocan al demiurgo helénico o al vate galo, pero que en el rondo refieren su propia historia:

HABLA OLYMPIO

"Yo fuí el orgullo como se es la cumbre
Y fue mi juventud el mar que canta.

¿No surge el astro ya sobre la cumbre?
¿Por qué soy como el mar que ya no canta?

No rías, Mevio, de mirar la cumbre
Ni escupas sobre el mar que ya no canta.

Si el rayo fue, no en vano fuí la cumbre.
Y mi silencio es más que el mar que canta!"

Así es Bolivia: el enigma enclavado en el centro de la América del Sur. Esos lagos misteriosos, esos mares interiores del Titikaka y del Poopó. Leyendas y tradiciones que cavan en la roca; un pasado tan largo que no alcanza la mirada actual: esas ruinas antiquísimas, esos

Monolitos herméticos tallados por el hombre cósmico de Tiwanaku. Un folklore riquísimo de novedades regionales: danzas, cantos, música, artesanía, vestimenta, poesía popular. Todo tan viejo, tan nuevo al mismo tiempo que no se comprende cómo de ancestro tan antiguo pudo florecer un pueblo de ímpetus tan juveniles.

Confinado en sus altas montañas, en sus valles risueños, en sus llanuras infinitas, el boliviano es de psique compleja y delicada. Pocos lo entienden. Hace falta el ojo penetrante, la simpatía amorosa, para ganar su comprensión y su amistad. Es duro por fuera, suave por dentro. Cortés, hospitalario si la gente le agrada; huraño si le disgusta. No andará a la cabeza en técnicas modernas pero es rico de espíritu y calidades humanas. En la convivencia democrática o en la amistad es difícil superarlo.

No somos nación grande ni pueblo rapaz en trance de conquista. Sólo un país original, saturado de novedad y de esperanza. Un mundo inédito que espera todavía su Kipling para ser revelado en forma bella a los demás.

El avión, la fotografía, el libro, la revista, la radio, el cine, los periódicos y la televisión parecen haber agotado el conocimiento de las nueve décimas partes del planeta. Pero en ese inviolado segmento de lo desconocido, Bolivia asoma su perfil aristado, vario de color y de sentido.

¿Cómo expresar este callar de siglos, imán del ojo y filtro de emociones?

Mirando atrás, la nación andina abarca todo el pasado americano. Si vemos hacia adelante, hacia el horizonte de la historia que se acerca, hay un tumulto de montañas que no todos perciben todavía.

La esfinge andina guarda el secreto y la esperanza del Continente.

Para ver, para conocer, para sentir este país de maravilla que no se parece a ninguno, hay que tener limpios los ojos y el corazón abierto. Porque Bolivia es verdaderamente América, la que mira en sí misma, y no la copia que devuelve el espejo occidental. La tierra nativa por excelencia. La patria viva del folklore. Lo más hondo de interioridad que se puede hallar en el gran espinazo de los Andes.

Un despertar en el Beni. Un mediodía en Cochabamba. Una aventura nocturna en La Paz. Habrá cosas mayores en el mundo, pero más vibrantes no.

Y para evocar mejor mi patria, más amada cuanto más distante, quiero nombrar sus tres nevados insignes: "Illampu", el Centelleante. "Wayna-Potosí", el Joven Bramador. "Illimani": el Resplandeciente. Centinelas del mundo. Los que darán la voz de mando con sus bocinas de basalto y sus zampoñas de cristal, cuando el pueblo olvidado salga al encuentro de su destino.

En el nombre de América: así sea.

Roma, Octubre de 1959.

DE LA KHANTUTA PURPÚREA DE LOS ALTIPLANOS

Buscaba una flor del color y los resplandores
Del rubí, más bella que la flor azul soñada y
perseguida por Novalis.

En la inmensa variedad de plantas alimenticias, textiles, tintóreas y ornamentales de la flora boliviana ¿existe alguna cuya flor resuma el sentido mítico, simbólico, tradicional del paisaje andino y su habitante?

Existe. Y es la flor emblemática de la Khantuta que brota del arbusto típico de nuestros altiplanos. La elige el Kolla como blasón de señorío. La hermosea el Inka para regalo de las

"ñustas" imperiales. Olvidada en la Colonia, renace con la República y es hoy ornamento botánico en la joya esmaltada de la Orden del Cóndor de los Andes. Inmortalizada por la leyenda y la cerámica, es también trasunto de patria, garantía de fidelidad entre los amantes, nexo de unión y comunión entre el morador y la comarca austera. Porque la Khantuta absorbe sombras y melancolía, devuelve júbilos, acrecienta la esperanza. Es tímida, sutil, sólo sale al encuentro de quien parte a buscarla.

¿Habéis visto una gota de sangre, suspendida en el aire, vibrar en el ardor del mediodía?

Es la Khantuta de los altiplanos.

Según botánicos y textos didácticos, es un arbusto de dos a tres metros, de tallo lacio y delgado, ramas resistentes y flexibles, hojas pequeñas, pecioladas y lustrosas. Sus flores gamopétalas tienen cinco estambres de anteras muy crecidas. Estas flores son rojas, amarillas, y a veces se dan en tres colores: rojo ciñendo la corola, amarillo al centro y verde al unirse el cáliz, reproduciendo por cromatismo simbólico la tricolor nacional. Sus ramas se utilizan en trabajos de cestería. Para un ojo delicado el arbusto es vistoso y atrayente, pero se pierde un poco entre los grandes árboles o las plantas de floración abundante. Si fue bien ubicada descuella por su innata elegancia en los jardines: la Khantuta con su flor acampanulada que se vuelca con rítmica gracia hacia el suelo, es un poema visual. Otras veces se esconde ruborosa en el follaje con su tallo de apariencia frágil. Florece periódicamente y no se carga de brotes, porque prefiere ostentar algunas flores, señoriales, distinguidas, como campánulas mágicas, cada cual con espacio y poder suficiente para ganar la imaginación del espectador.

Pero hay, todavía, una otra variedad de Khantuta — y esto no lo consignan textos ni botánicos — y es la que podría llamarse de flor imperial: la Khantuta purpúrea o cardenalicia, que no es roja, amarilla ni verde, porque su color hay que buscarlo en los rubíes, en el carmesí, en el ciclamen.

Y justamente por no ser la más abundante, esta cuarta variedad constituye la materia del naturalista y del poeta.

Refiere Antonio Díaz Villamil en esta forma la leyenda de la Khantuta:

"Illampu" e "Illimani" eran dos poderosos monarcas kollas, que perecieron por ambición en una guerra fratricida. Sus hijos, Astro Rojo y Rayo de Oro prolongando el odio que se profesaban sus progenitores, siguieron batallando entre sí, hasta que una tarde funesta, antes de morir, se abrazaron y reconciliaron confundiendo los colores de las estrellas roja y amarilla que presidían sus vidas.

Otra tradición oral cuenta que existió una princesa aimara bellísima que se enamoró de un joven capitán plebeyo. Ella se llamaba Cusi-Koillur y él Wayna-Willka. Pero el monarca, padre de la niña, se opuso al matrimonio de ambos, enviando al guerrero a defender la frontera más lejana del reino.

—Si te vas — dijo Cusi-Coillur a Wayna-Willka — lloraré lágrimas de sangre.

Pero la voluntad del monarca podía más que el amor de los jóvenes y fueron separados con gran dolor para ambos.

Pasaron los años. Un día Wayna-Willka volvió de la lejanía cargado de trofeos Y de honores: era el Jefe de los Ejércitos Aimáras. Después de rendir homenaje al soberano, pidió ver a su amada. Lo llevaron al palacio donde vivía retirada de la Corte. Halló sus habitaciones vacías, y en el centro de un pequeño jardín, se erguía una esbelta y dulce Khantuta de flores purpurinas como la sangre.

Así Cusi-Koillur, transformada en planta de flor encendida, simboliza la fidelidad amorosa y la constancia en el recuerdo.

Aun vierte, el mito, una tercera versión, que arranca del tiempo en que el mar aun no había sorbido la Lemuria legendaria.

Dicen que un joven lemur — de los lemures, antecesores de los antis, a su vez antepasados de los kollas — encontró una vez un rubí, piedra desconocida para los hombres de esa época. Con ella hizo curaciones prodigiosas: sanaba a los enfermos, estimulaba las cosechas, llamaba la riqueza a los hogares.

Envidioso de su poder oculto, un sacerdote lo espió y dijo haber visto que el joven de tanto amar y mirar el rubí, se desvanecía y al recobrar el conocimiento se encontraba en el interior de la piedra. Allí la nieve y el sol luchaban por destruirlo. Se fortalecía en esa pugna con el frío y el fuego. Volvía a desvanecerse y luego se recuperaba otra vez en el mundo exterior sin que fuera posible explicarse cómo entraba y cómo salía del interior del rubí.

—Hay que aniquilarlo — dijeron los sacerdotes del culto subterráneo — porque es más fuerte que nosotros.

Lo arrojaron al mar, acabando con su magia portentosa. Pero Kjuno, el Señor del Hielo, y Willka, el Padre Sol, decidieron que una planta recordara para siempre al joven mago del tiempo mítico, cuyo nombre es tan remoto que se perdió en el tiempo. Y la flor purpúrea de la khantuta imperial es el tributo de la naturaleza al joven lemur que descubrió el reino de los rubíes.

Esta maravilla vernácula, que rivaliza con la rosa por su porte aristocrático y la textura exquisita de sus pétalos, alegra la ruda majestad de la meseta con su color espléndido, que oscila entre la púrpura y el ciclamen, acaso un escarlata radiante, tal vez un carmesí afelpado, un éxtasis rubíneo que acaricia el ojo y el tacto, y que por su magnificencia y suavidad supera el efecto cromático de las vestiduras de un cardenal romano.

La conseja popular ha conservado el prestigio de la khantuta real, de aquella cuya flor tiene el color de la sangre. Afirmase que los juramentos de amor proferidos al pie del arbusto, con la mirada de los amantes fija en sus corolas, se cumplen siempre porque sus flores son las gotas que sangraron del corazón de la princesa aimára que murió por mantenerse fiel a su amado.

Y a la khantuta imperial de los altiplanos hay que verla en el esplendor natural de su medio. Un día de invierno: sol radiante, cielo intensamente azul, aire de sutiles transparencias, mejor bajo el centelleo de un nevado distante. Proyectadas sobre el fondo purísimo del firmamento, cuando la luz penetra el paisaje con sus dardos nítidos, perfectos, sus flores se revisten de una presencia mágica. No hay palabras que puedan transmitir el goce estético de las khantutas acampanuladas, cuajando el sueño de los trémulos rubíes.

En medio a la opulencia de las rosas, al vertical señorío de los gladiolos y los lirios, a la insolencia de los geranios, y al golpe impetuoso de las retamas ¿qué puede hacer la khantuta?

Serena, recatada, guarda sus delicias para el solitario y el poeta.

Es la hermanita menor en la familia no muy numerosa de las flores andinas. La que se cuida con solicitud, porque lejos de la proliferación plebeya, reserva su distinción para los instantes de moroso descanso y regalo de los sentidos.

Y sin embargo el arbusto es fuerte y frágil, sabe de inmemoriales vejeces y de jóvenes impulsos a un tiempo mismo. Acaso como ciertas cactáceas resistió los últimos embates del cingulo climatérico, venció del frío y del calor extremo. No se comprende bien cómo de su estructura arbórea sobria, escueta, de líneas simples, que evocan la parsimonia del arte abstracto, pueden brotar flores tan vívidas y cálidas que esparcen una ola subyugante de vida y de misterio.

La khantuta fina, delicada, efímera, es un milagro floral en la fuerza desmedida y sostenida del Ande milenario.

El arbolillo desmedrado, cobra un vigor delirante cuando de los pedículos sutiles brotan las corolas armoniosas. Nadie lo mira cuando la estación lo despoja de sus galas, pero la primera flor

que asoma en sus ramas es un llamado incitante a la dinámica del ojo, que a su vez despierta los acicates del espíritu.

La khantuta no es gregaria, se pierde en el conjunto multifloral de un jardín espléndido. Es reina de soledad y compostura. Así como el solista destaca su instrumento mientras el resto de la orquesta enmudece, ella se perfila y embellece para el alma sutil que quiere oírla aislada del general clamoreo. Porque plantas y flores hablan, transmiten músicas del silencio, que a veces un pétalo recoge mejor que un bosque agitado. Y la khantuta canta siempre en sordina, para recogimiento del hombre.

A veces, para exaltar el orgullo nacional, la llevan a los palacios y a los banquetes para que luzca junto a la deslumbrante platería, las finas porcelanas, los cristales chispeantes. Ella está, ahí, como intrusa, azorada, ajena al tumulto palaciego. En medio de las viandas suculentas, de los vinos intrépidos, del general vaivén de la política, la lisonja y los negocios ¿qué puede significar esa pequeña maravilla floral?

Acaso un diplomático sensible siente el tañido suavísimo de sus campánulas discretas: no tiene tiempo para contarlo.

Porque la khantuta no es cortesana, palaciega, vocinglera.

No se sabe si la conocieron el anti y el lemur. Figura en la heráldica de los kollas y de los Inkas. La República la incorpora a sus blasones. Pero en verdad, aunque constituya parte de la botánica y de la emblemática nacionales, no es cosa de tumulto y ostentación. Por exótica y delicada la amó el antiguo. El moderno casi no la percibe: es un puro movimiento de belleza. Está reservada al niño, al anciano, al amador del paisaje, al soñador, a los amantes y a los artistas, a los desamparados y a los que saben esperar.

Cuando nos dicen que somos un pueblo triste, miramos la khantuta y del paraíso revelado de sus corolas fantásticas, estalla la alegría que brota de la pena distanciada.

"Toda cosa, todo ser, tienen su manera de ser" —recuerda Novalis—. Así la khantuta, por fuerte y débil a un tiempo, porque como nosotros rebosa de vida cálida y está limitada en su circunstancia exterior, por tierna y breve a la vez, es un modelo de transfiguración estética. El vínculo con un mundo imaginario que apenas podemos presentir.

Dicen que en las noches afortunadas, cuando la luna niquela el paisaje y un amante, un poeta o un atormentado profundizan su cuita en soledad, la khantuta imperial fosforece como queriendo hablar. Y sé de un soñador que enloqueció debajo de sus pétalos.

Se agarra con fuerza a la vida, recuerda lo frágil y caduco que aproxima a la muerte. Y su finura didascálica es tal, que al mucho contemplarla se allega el alma profundidades que habrían suscitado austeras reflexiones del grave Séneca. Porque la khantuta enseña, alecciona con su magra presencia. Lejos de la grandeza y la opulencia, su didáctica es una de economía y rigor. Es un reino desconocido y sin embargo brotado de nosotros. Una dulce réplica de la naturaleza que la dibuja fina, esbelta, elemental para contraponerla a las orgías colorísticas del mundo floral y a la terrible pesadumbre de las montañas.

El diálogo del hombre con la naturaleza ¿no principia en una visión para terminar en una idea? Cosa inaudita — dirá el poeta — lo que refleja el alma es más vertiginoso que lo entrevisto directamente. Así la khantuta, droga del mirar, conduce a las regiones inaccesibles del sueño diurno, allí donde sólo por breves instantes podemos soportar la plenitud de lo divino.

Ese país interior del espíritu: nunca totalmente explorado. Ese continente misterioso de una flor: apenas sospechado. ¡Mira una khantuta imperial del Ande, sólo un cáliz invertido, una campánula de luz y sangre, y una pureza inverosímil te transparenta el mundo!

¿De dónde extrajo la Khantuta Cardenacilia la magia de su vibrante colorido? No es el rojo, el colorado, el carmín, el granate, el ciclamén. Algo toma de todos, tiene el tono encendido de los lacres, sin ser lacre. Su secreto hay que buscarlo en las aguas límpidas y férvidas de los rubíes. Y

la luz que juega en ellas, suaviza, afelpa, reluce y acaricia la superficie de sus corolas increíbles. Este es el tinte que inventaron los fenicios: la púrpura imperial, desvirtuada después en el mando cesáreo del Emperador romano y en la sacra vestidura del Cardenal pontificio. Dicen que sólo el sacerdote de los Antis conoció su primordial fascinación: un encantamiento tintóreo del color y su sentido ornamental, que era como escuchar las músicas de la sangre en los reflejos de la luz.

La flor de la Khantuta Purpúrea es una gota de sangre que saltó de la dureza de la piedra preciosa, al húmedo, flexible y tierno encantamiento de la materia vegetal.

No hay que verla en día nuboso: pierde todo su encanto, se afosca y disimula. Hay que admirarla en comunión mística con el paisaje deslumbrante que le da vida, en miraje ritual, bajo el cielo sin mácula del invierno andino. Bajo un cielo indecible azulado de azules profundísimos que llevan a un reino de alegría, porque sólo el zafiro y el cobalto dibujan y ennoblecen las finas líneas delicadas del arbusto al punto en que la armonía tonal se hace perfecta. Si hay un tapiz de grama, troncos añosos, arboledas, mejor. Si en la lejanía irradia la blancura de los montes nevados, mejor aún. Y si el espacio vertiginoso da su majestad a la quieta dinámica de las cosas que redondea, y el aire y la luz vibran y transvibran como transportados de emoción, entonces la Khantuta, pequeña soberana del paisaje, será coronada Señora de los Corazones y sus corolas aterciopeladas abrirán las puertecillas invisibles de la fantasía y la esperanza.

¿Pero quién puede aproximarse y comprender a la khantuta?

El arbusto tiene una apariencia térrea, de color sepia, tirando a greda seca. A veces, sus ramas, se aguzan como espinas. Es una arquitectura elemental, desnuda de artificios. Un herbolario indio me dijo, cierta vez, que la khantuta cardenalicia, la del color hiperbólico, sólo florece en la estación invernal.

En la grandiosidad del escenario andino, ella desenvuelve el misterio visual de su cromática inefable: un combate entre el rojo ardiente y el escarlata vibrador; matices de la rosa, palores del granate; furiosos carmesíes, ondeante ciclamén; y al centro un rubí fantasmal punzante, cambiante, indescriptible.

Hay quienes le atribuyen propiedades de planta medicinal, textil, tintórea, y no solamente ornamental.

Yo la llamaré flor de juventud, trance fugaz. Porque no luce todo el año ni regala en abundancia su delicia floral. Tiene la belleza radiante de una jovencita, el candor de una doncella. Economía y fragilidad mecieron su cuna.

¿Es que pueden juntarse en un pequeño recipiente maravilloso el ardor de la sangre, la triunfal alegría de la vida, el sentimiento poético de la naturaleza, los cálidos secretos del rubí?

Buscad la flor encendida de la Khantuta Purpúrea de los altiplanos: es un santuario de revelaciones.

Y acaso el secreto recóndito de la khantuta es que su corola misteriosa evoca la cálida promesa de dicha que asoma en el mirar tranquilo de la bienamada.

Mayo de 1960.

RESPONSABILIDAD DE LA INTELIGENCIA

Dejadme crecer en medio del dolor de mi pueblo.
Si cae, nos hundiremos juntos. Y si vence, mi dicha
será responder por su dolor, por su calda y su victoria.

No hablemos del vasto mundo cruzado de problemas. Ni siquiera de América, la nuestra. La flecha voladora busca el blanco eterno: la patria en que vivimos, el pueblo que nos contiene, el varón que de ellos se nutre y para ellos edifica.

Para un planteamiento crítico de conjunto, lo primero que debemos preguntar es esto: ¿existe una suma de valores y expresiones que justifique la inteligencia boliviana, y ejerce ésta acción responsable en el acontecer nacional?

Si la inteligencia, en sentido social, es la aparición del espíritu que se manifiesta a través de los individuos, podemos interrogar: ¿quiénes forman la inteligencia boliviana; es un clan cerrado o sus fronteras abarcan la totalidad del ser y del actuar colectivos?

Pasó ya el tiempo del intelectualismo estrecho. No se trata, tampoco, de distinguir entre tontos e inteligentes, materia para biólogos y antropólogos. Diremos, pues, que la "inteligencia", no desde el plano ontológico sino como producto ético, modelador de una sociedad, avizorada en su doble tarea simultánea de creación de nuevos valores y destrucción o modificación de los antiguos, es atributo de todos los ciudadanos, cualquiera que sea su esfera social, aunque sólo una minoría de ellos se desenvuelva dentro de la polaridad meditación-responsabilidad, que constituye la esencia del varón espiritual.

Lo mismo el teólogo y el sacerdote, el investigador científico y el técnico, el conductor político y el líder sindical, el artista, el escritor, el profesional, el militar, el empleado, el hombre de industria y de comercio, o el campesino, el obrero, el maestro y el estudiante forman parte de una "inteligencia" nacional, desde el instante en que superan las zonas del instinto y la sensualidad para remontarse al plano superior del entendimiento discursivo, de la acción consciente y responsable.

Pero como en el cuerpo nacional, inmenso y vario, no todos tienen los medios ni la oportunidad de manifestarse en la plenitud de la personalidad; al hablar de la "inteligencia" colectiva, se piensa, en primer término, en los escritores, intelectuales, investigadores, artistas o líderes políticos que influyen en la pugna de las ideas, en el desarrollo económico, en el progreso social y cultural de su ambiente.

Y ésta es la materia de nuestro planteamiento:

¿Cuál es el papel de la inteligencia boliviana en esta hora de oscuridad y confusión?

Hagamos, en primer lugar, la honorable excepción de algunos intelectuales o ciudadanos que desde el libro, la conferencia pública, la prensa, las revistas y las radios, nortean el rumbo público. Son tan pocos que su labor, por meritoria que sea, se pierde en la ola de hedonismo e indiferencia que nos circunda. Mantiene, pues, validez la crítica generalizada del asunto.

La intelectualidad boliviana está dividida en dos grandes grupos: el exterior constituido por exiliados políticos e intelectuales voluntariamente expatriados, y el interior que comprende a todos los que producen dentro del país.

La literatura de emigrados ha dado, muchas veces, nobles frutos en la historia de la cultura, lo mismo en Europa que en nuestra América. Infortunadamente no es éste el caso boliviano. De 1952 a 1961, hemos leído escasos libros — ¿tres, cuatro? — de compatriotas en el exilio relativos a la patria y sus problemas. Hay una explicación, que justifica en parte el silencio de nobles y valiosas plumas: la dificultad para ganar el sustento diario y acaso la misma amargura del exilio. La responsabilidad de los literatos emigrados se atenúa por las circunstancias adversas en que actúan. No parece justo exigirles mucho, cuando ya es problema apremiante subsistir en medio extraño.

Pero si avizoramos el panorama interno, es lícito demandar por qué dentro del torrente literario — libros, folletos, revistas, diarios — pocos se aventuran en el análisis de lo nacional. Faltan madurez crítica y conciencia alerta del tiempo histórico que vivimos. El purismo estético y la proclama partidista ganan a las juventudes: el concepto de Patria se ha reducido a una entelequia que sólo interesa a filósofos y pensadores. Escriben, mejor dicho publican muchos, pero pocos tienen algo digno de ser comunicado. Callar, disimular parece la consigna general. No existe una escala de valores apreciativos porque crítica de verdad, entre nosotros, no la hay. Porque los que

saben se abstienen frente a lo grande y se prosternan para lo pequeño. Porque ignorantes y audaces hablan de lo que desconocen y descuartizan el idioma.

Esto ocurre en todas partes: la subliteratura con estridencia y agresividad, arremete contra la literatura de buena ley. El caso no tiene mayor importancia, porque el tiempo se encarga de restituir proporciones justas a lo falso y a lo verdadero.

Lo grave son el silencio, la indiferencia, y la prudencia calculada con que las élites soslayan el drama boliviano.

Y al mencionar a las élites conviene aclarar el término. Antes se tuvo por hombre de élite a un tipo superior de inteligencia, casi una casta, la de los intelectuales que se erguía desdeñosa sobre las demás clases sociales. Hoy la revolución social, la economía planificada, la política masiva han transformado el concepto: hay élites y líderes en todos los campos de la actividad humana. La inteligencia ha, cambiado el aire aristocrático del tiempo clásico, por una nueva atmósfera de comunicación social: un intelectual, un trabajador, un político, un periodista, un empleado pueden integrar la élite pensante si poseen la preparación suficiente, el grado de discernimiento y el sello personal para expresar sus ideas. No es necesario ser pensador o escritor de vocación para poder guiar a la colectividad. Toda mente clara, recta, consciente de sus deberes ciudadanos, es líder y élite a la vez, si tiene el coraje de cumplirlos.

La "inteligencia", para una justa comprensión del problema es la conciencia del país. No gobierna, mas analiza, discute, orienta el juego de las ideas. Asume responsabilidad directa por lo que piensa y aconseja. Ejerce un sabio ministerio crítico. Más allá del esquema teórico, quiere saber la causa de los fenómenos, estudia las posibilidades de enmienda y mejoría, señala los yerros. Tiene, pues, que ver con la marcha general de la nación. Y por el grado de evolución, de intercomunicación, de influencia conjunta que desarrolla en la vida colectiva, debe ocuparse, indistintamente, de política, de economía, de cuestiones sociales, de educación y de cultura.

Esto es lo que, por desgracia, no acontece entre nosotros.

Hecha ya la salvedad de las excepciones — que son muy pocas — el intelecto nacional yace adormecido. Descontando la Reforma Educativa de 1954 y el movimiento pedagógico-cultural de 1956 y 1957, nada excepcional se ha producido en los últimos años. La economía y la técnica absorben toda la actividad oficial. Las Universidades autónomas yacen en sopor colonial: ninguna idea nueva, ningún movimiento social, salieron de sus aulas en los últimos años. Academias y entidades culturales vegetan más que existen, pues aparte de las actuaciones de rutina, no siempre a la altura de su prestigio, escaso es lo que aportaron a la indagación de la bolivianidad. En las pocas revistas, en las hojas literarias, abunda la hojarasca. De cuando en cuando una chispa creadora. Y no es que falten hombres inteligentes ni escritores cultos: cruzan todos los días a nuestro lado. Cruzan silenciosos, herméticos, tal vez desdeñosos, indiferentes, o escépticos. No quieren pronunciarse.

Es éste el mal colectivo que debemos combatir. Un país se conoce y se expresa por su "inteligencia". Sólo abriendo público debate sobre los grandes temas nacionales, alcanzan las sociedades humanas conciencia de su mayoría.

Pero no foros al modo criollo, que sólo sirven para expulsar rencores — unos que hacen la apología y otros que difaman — sino discusiones serenas, objetivas, sujetas a un temario y conforme a normas prácticas que aseguren el libre desenvolvimiento de los criterios y permitan llegar a un balance final.

Aparte del debate público — pocas veces terminado entre nosotros — hace falta que escritores e intelectuales comiencen a enjuiciar la realidad viva de este país — en su doble aspecto material y espiritual — para tener un esquema siquiera aproximado de lo que es Bolivia, a dónde se encamina, y cuáles son las posibilidades positivas y negativas que rodean el ascenso nacional.

Porque de poco sirven los trabajos elaborados de los técnicos y los estadísticos, si además de la línea general de gobierno, no existe una conciencia colectiva que acoja, comprenda y respalde tanto los planes de trabajo como las aspiraciones creadoras del espíritu.

La lucha de los partidos, la multiplicación de las fracciones dentro de aquellos, el secular divisionismo de los bolivianos impide y como asfixia el natural desarrollo del país. Dijérase que volvemos al tiempo de las behetrías aisladas y dispersas, sin rey, sin ley, que determinaron la caída del Imperio Kolla. Se ha levantado la bandera del nacionalismo en teoría, pero en el hecho carecemos de conciencia nacional. Somos regionalistas, partidistas, hombres de grupo. El furioso individualismo, la irresponsabilidad personal, el capricho del cacique y la voluntad del encumbrado suspenden la norma jurídica y amenazan la estabilidad social.

¿Es posible que prosigamos en este clima anárquico, destructor de la ley, que amenaza disolver el orden jurídico, el cimiento ético, los fundamentos básicos de convivencia humana sin los cuales ninguna patria ni sociedad alguna podrían subsistir?

Estos son los problemas que debemos planteamos buscando una respuesta para enfrentarlos. Porque debe existir un punto en que, superada la mezquina discordia de partidos, todos los bolivianos se sientan unidos, igualmente responsables, por la gravedad de los males que los afligen y el aumento de los obstáculos que impiden la buena marcha colectiva.

¿Sabemos lo que Bolivia representa en el mundo moderno del átomo, las economías industriales, y la técnica en perpetua evolución?

¿Cuál es el papel efectivo que desempeñamos en la política continental, en la órbita específicamente sudamericana, y cómo se ha de preparar la Nación para una futura Confederación del Sur?

La reintegración marítima ¿es un enunciado lírico o una necesidad biológica y psicológica para el pueblo boliviano, que requiere una nueva política internacional?

Nuestra economía en descenso, la producción relajada, el empobrecimiento general ¿se han de mantener porque el temor y el indiferentismo se dan la mano para ocultar la verdad?

La ayuda financiera norteamericana, noble si se la mira desde el ángulo yanqui, contemplada desde el ángulo boliviano ¿está ayudando efectivamente al progreso económico de nuestro pueblo, o mina por otra parte y debilita las energías internas porque estamos sobreviviendo merced a la riqueza y al apoyo ajenos?

La Revolución Nacional de 1952, grande en el propósito inicial ¿ha cumplido sus objetivos primordiales? ¿Debemos aceptar a fardo cerrado sus aciertos y sus yerros?

El torrente de inmoralidad administrativa, que afecta al campo oficial y al privado ¿se ha de soportar como un hábito ambiente imposible de extirpar?

¿Tenemos conciencia de la pérdida que representa para esta nación despoblada, la emigración de 5.000 profesionales jóvenes perdidos para siempre?

La inversión de valores que se advierte en el ambiente — salvando siempre las excepciones — ¿afecta o no afecta a la formación moral y espiritual del hombre boliviano?

¿Hasta qué punto los problemas de trabajo y producción, los planes económicos y las hechuras técnicas, nos han hecho subestimar las normas éticas y los valores espirituales que son como los fundamentos de toda sociedad organizada y de todo varón responsable?

He aquí — unos entre muchos — algunos de los tópicos sobre los cuales el intelecto nacional tiene deber de pronunciarse.

Nos aproximamos a los diez años de la mudanza profunda de 1952 y parece ya propicio el tiempo para cerrar la herida que divide a la familia boliviana. Debiera dictarse una amnistía política y humana, con total olvido de la beligerancia pasada. Que todo emigrado, sin exclusión alguna, pueda volver al país donde gozará de plenas garantías, se le abrirán las puertas del trabajo, y será reintegrado a la plenitud de la vida civil.

Es urgente restituir al principio de autoridad la vigencia total que la ley le acuerda. Poner freno a la demagogia sindical. Que la justicia opere despojada de consignas partidistas. Que los caciques regionales y los mandones agrarios se sometan al orden jurídico sin el cual nación alguna puede subsistir.

En el buen sentido cristiano, libertad es también responsabilidad. La inteligencia, don divino, nos fue donada para el sano uso y la acción útil. Si existe, en cierto modo, una servidumbre del pensar, ella se ha de orientar a la dignidad y perfeccionamiento del ser individual y del ser social. Pensar, escribir, dar difusión pública a las ideas es atributo irrenunciable del intelecto en función de soberanía espiritual.

¿Habrá fariseo que pueda sentirse satisfecho de cuanto mira y sucede en el contorno patrio?

Será ciego, insensible, o tonto.

No podemos evadir la carga que toca a cada cual — gobernantes o gobernados — en el desajuste de los ritmos colectivos. Todos respondemos por todos.

En un estudio comparado del progreso económico y el avance social en las naciones sudamericanas, estamos ciertamente a la zaga. ¿Hasta cuándo la ficción propagandística ha de ocultarnos la dura realidad?

Corremos el peligro de convertirnos en una comunidad sin ideales. El rebelde, el soñador entusiasta, el inconforme casi no existen ya. ¿Qué nuevo ideal, qué causa grande, qué movimientos intelectuales brotaron en los últimos años? Hay que desestancar la sangre boliviana detenida en remansos soporíferos. Porque silencio e inercia son los cánceres del cuerpo nacional.

Allí donde la juventud se perfila materialista y hedonista, la madurez transcurre en tibia medianía, y desaparecen los grandes viejos guardadores de la moral ciudadana, se inicia el proceso de descomposición colectiva. Porque salud y lucha, denuncia e inconformidad son como los cuatro vientos cardinales de las patrias jóvenes.

¿Cuál es la estatura de un pueblo en crecimiento? Como el tamaño viril del pensamiento que lo sacude y lo transforma.

Duele contemplar nuestra Bolivia languideciente en la parálisis de la voluntad nacional. Hombres y masas debilitadas en la mística de construcción. El intelecto seco, entelerido, como guardado en prudentes odres de espera. Temor de hablar, terror de actuar, como no sea en el medro egoísta y personal. La energía del país se vierte por cauces equívocos: violencia inútil, fricción de grupos, pugnas caciquiles. Se lucha por el poder y el usufructo de riquezas, ya no por los altos ideales de una comunidad orgánica consciente de su fuerza y de sus limitaciones.

El espíritu territorial de que habló el pensador granadino ha sido reemplazado por el principio de presa. Ya no se crece con la Patria sino a expensas de ella.

Y este malestar general que se soporta desde las ciudades hasta las fronteras no puede atribuirse, en justicia, únicamente a los políticos y a los hombres de acción. También intelectuales y escritores, que son la voz colectiva, conllevan responsabilidad porque eludieron pronunciarse mientras se producía este lento resbalar cuesta abajo.

La "inteligencia" boliviana, oscurecida en estos años de transformación profunda, no ha dado testimonio de sí.

Esto no significa caer en los excesos del pesimista ni en los desfallecimientos del que desconfía de su pueblo y de su medio. Todo lo contrario: justamente porque amamos a Bolivia, porque vivimos y creemos en ella, porque sabemos su poder mágico de recuperación y persistencia, confiamos que sabrá vencer, una vez más, del infortunio y del desorden.

"Porque la espuela que lleva más rápidamente hacia la perfección es el dolor". (Blake).

No podemos seguir viviendo en la feliz irresponsabilidad del ocioso y del indiferente. Esta patria nos fue donada a costa de penosos sacrificios, se mantuvo en la adversidad y en la pobreza, debe subsistir a pesar de los debilitamientos momentáneos.

Como tú seas, será ella. Esta es la voz de mando para la "inteligencia boliviana".

Atrevámonos a ser los arquitectos de nuestro propio destino.

Y que el intelecto vigilante, que al finalizar la Guerra del Chaco tomó puesto de vigía en los albores de la renovación política que la Nación pedía, vuelva a cumplir su misión de crítica y orientación pública.

Se ha trabajado para el número en desmedro de la calidad. Pero ni socialismo ni nacionalismo excluyen los valores éticos. Hay que restituir al pueblo boliviano la confianza en las leyes, la seguridad para la convivencia, el sentimiento de responsabilidad social e individual.

Necesitamos una brújula segura en vez de las cien agujas locas que extravían el rumbo nacional.

Y que el pensamiento vuelva a ser espuela y guía, misión de riesgo y sacrificio, para honra de la estirpe anilina.

Agosto de 1961.

TERCERA MEDITACIÓN DE TIWANAKU

Esos hombrecitos de piernas cortas y brazos ágiles, que parecen correr hacia el horizonte. Enmascarados. Ellos guardan la clave del enigma.

Es en la Puerta del Sol, llamada también la Puerta de la Tierra y con más propiedad la Puerta del Misterio. Es en Tiwanaku, la metrópoli legendaria de los andobolivianos, a 3800 metros de altura sobre el nivel del mar. En el inmenso bloque lítico los tiwanakus grabaron su mensaje —todavía indescifrado— y se pintaron a sí mismos: pequeños, enérgicos, siempre en movimiento, ocultando las caras bronceas detrás de la máscara totémica.

Corren en torno a la ciudad famosa, a la portada estupenda, y a sus instructores versiones tantas y diversas que es difícil precisar quien acertó y cuales divagaron a su antojo. Dicen que la edificaron razas desconocidas — lemures, atlantes, antis — los kollas, antecesores de los incas, los proto-aimáras, y aun que los tiwanakus fueron una raza que desapareció en el tiempo sin dejar rastro somático ni psicológico.

Nada de ello se ha probado en el plano científico, porque se ignora quienes fundaron la célebre metrópoli.

Frente a la portada monolítica conocida hoy como la Puerta del Sol, se pierden por igual investigadores y poetas. Monumento religioso para unos, es sólo una estela guerrera para otros. Se le atribuyen condiciones de calendario solar. Sería un recordatorio de ritos agrarios. Acaso un friso alusivo a conocimientos astronómicos. O el portal del dios Wirakocha. Más allá, todavía: la cosmogonía de los pueblos telúricos que eternizó en la dura andesita el encuentro y la simbiosis perfecta del hombre, del animal y de la naturaleza. Tal vez la representación antropomórfica de Pacha, el Dios Cósmico del Ande, la deidad más antigua que conocieron los primitivos pobladores de las cordilleras. Nadie sabe quién es el personaje central que empuña cetros de mando o estólicas de combate, ni las figuras que le rinden tributo y convergen hacia él.

Mayor, aún, el enigma de los monolitos: dioses, reyes-sacerdotes, caudillos militares, amautas del poder civil, representaciones trascendentes de los poderes naturales.

Nadie sabe quienes fueron los Tiwanakus. Su ciencia militar, su organización civil, su religión, su sentido del arte y de la vida. Una inteligencia superior se desprende de sus construcciones pétreas, de sus esculturas hieráticas, de los símbolos y figuras ideográficas que ornamentan portadas y monolitos. Esa civilización cerrada en su propio saber se enterró con sus claves orientadoras y sólo nos dejó el misterio de su tránsito terreno.

Es lógico que arqueólogos y científicos interroguen a las ruinas, a la materia inerte que aun mutilada entrega vestigios del pasado. ¿Pero se ha meditado lo suficiente en esos hombrecitos misteriosos que corren por el friso de la Puerta del Sol?

Así como es un error pensar que Bach compuso el Arte de la Fuga sólo como una especulación didáctica acerca de la teoría del contrapunto, en un magistral alarde de voces superpuestas, persiguiendo únicamente la exposición abstracta de un sistema constructivo, ignorando la magia espiritual que flota detrás del intelecto que organiza la materia musical, esa profundidad subyacente, cálida, inspirada que se entrega lentamente, difícilmente, porque tal vez el gran compositor quería esconder el sentimiento y la belleza de su último mensaje debajo del orden frío y riguroso de sus catedrales técnicas; en modo semejante se diría que el genio colectivo de los tiwanakus escondió en el orden grandioso, estático y abstracto de su arquitectura y de su estatuaria, en la severidad geométrica de sus figuras y sus trazos ornamentales, en el cerebralismo ajustado de monumentos y monolitos, una sabiduría profunda del encuentro y del concierto de hombre y naturaleza, al tiempo que un sentimiento sofrenado de las ternuras del vivir y de la gracia del pensar. Poetas que se elevaron a magos, a geómetras, a duros guardadores del enigma cósmico. Sabían de Dios o se alejaron de su cercanía. Pueblo crepuscular, viejísimo de saberes y técnicas añejos, hundió en la piedra su voluntad de creación y estilizó en formas simbólicas su delicado sentido de la línea.

Bach y los geómetras de Tiwanaku esculpían en bloques gigantescos, con un sentido matemático de las proporciones: nada de más, nada de menos. Orquestación y arquitectura se manifiestan por la grandiosidad monótona de un hermetismo apariencial que entrega difícilmente su secreto, porque su poder lírico, recogido y refrenado, vibra como encapsulado en rígidos cánones formales. Síntesis expresivas de un tecnicismo magistral, árido, cerebral, la fuga de Bach o el monolito tiwanakense se sumergen en el sonido y en la piedra con oculta energía de concentración. Son. Viven desinteresados de toda trascendida explicación.

—Una inmensa mole, misteriosa y oscura, que niega toda vía de acceso a cuantos quieran penetrar en ella para violar su secreto —dice un crítico del Arte de la Fuga.

Exactamente lo que se puede aplicar al monumento o al monolito de Tiwanaku: mundos cerrados en sí, herméticos, nocturnos, que rechazan todo acceso a su interior revelación.

Y sin embargo hay o debe haber un desfiladero que conduzca al núcleo espiritual del contrapunto y al centro irradiante del estilo octogonal que configura toda la plástica tiwanakense.

Supremo intelectualismo: de tanto saber parecen no decir nada. Y esa fría voluntad de rigor que eslabona las formas constructivas, embosca, en el fondo, un sentimiento dominado, una tensión dominante de pureza estilística.

Bach y el Tiwanaku, separados por miles de años en el tiempo, son expresiones cimeras del arte nocturno y sugestivo en que cuajan las culturas crepusculares. Habla sapientísima. Se la adivina más que se la entiende.

Pero si el hombre de Eisenach posee los grandes registros corales, las cantatas, oratorios y pasiones para devolvemos a Dios, a la cercanía humana, a la fina belleza auditiva de sus inmortales composiciones, el ingeniero-geómetra de Tiwanaku no dejó literatura escrita, himnos, poesías, ni voces que aproximen el enigma de su tránsito terreno.

El hombre-Bach está más cerca de nosotros que el hombre-Tiwanaku.

Y si el Arte de la Fuga puede sufrir el asedio de la inteligencia que indaga y el acoso de la sensibilidad interrogante, devolviendo atisbos de comprensión al que pregunta, el arte monumental

de Tiwanaku guarda celosamente sus secretos. Hermética y esfíngica la Puerta del Sol. Apenas en marco sibilino la Puerta de la Luna. Devastado el inmenso recinto de Kalasasaya. Dislocados y dispersos los bloques imponentes de Puma-Punco. Figuras, glifos, ideogramas como si provinieran de otro planeta: nadie los entiende. Y al cabo el monolito, cifra y resumen de la civilización perdida, concentra en su estatuaria rígida la filosofía geognóstica de los andinos. Porque fueron hijos de la tierra, adoraron a las montañas, y un animismo trascendental los mantuvo unidos a la deidad que les daba vida y a la naturaleza que resistía su dominio.

Si bien se mira, las piedras, las figuras, los trazos geométricos del Tiwanaku hablan de un pueblo geólatra, zoólatra, astrólatra a un tiempo mismo. Eran pan-animistas y para ellos todo tuvo presencia, mensaje y sentido.

—De tanto saber, de sentir tan hondo y vario, acabaron en hierofantes de la economía expresiva — dice un pensador —. Tan lejos fueron los tiwanakus en ciencia constructiva, que nadie los supera en la técnica primitiva ni en majestad simétrica de las formas.

(Sólo que no eran primitivos, sino más bien artífices del milenio, clausuradores de viejísimas sapiencias, el pueblo agonista que luchó hasta el último día por salvar su existencia y su cultura. Tiwanaku es, todavía, un vasto taller abandonado).

Un sabio ruso y otro francés, sorprendidos por el enigma de esta alta civilización perdida en la Gran Cordillera de los Andes, han formulado una teoría novísima: fueron habitantes de otros planetas que llegaron a la Tierra en naves espaciales y desaparecieron después por guerras, catástrofes naturales o inadaptación al nuevo escenario. Teoría fantástica que no resiste el menor análisis.

La ciudad-santuario, fortaleza y centro metropolitano que levantaron los proto-kollas o sus antecesores en el tiempo, fue obra de seres terráqueos. Basta ver los puntos de contacto con los monolitos toltecas de Tula, en México; con la arquitectura monumental, rígida, de precisión abstracta de los egipcios; con la pesantez de los volúmenes y el geometrismo riguroso de que hicieron alarde otras razas primitivas. También los templetos subterráneos hablan de ritos funerarios, de un culto esotérico que linda con las divinidades chtónicas de la Grecia matinal.

Fundó y levantó Tiwanaku —por lo demás no una, sino varias ciudades superpuestas, al extremo de que los arqueólogos señalan cuatro y cinco períodos sucesivos con características distintas— una raza de agricultores, guerreros y artistas, que poseyó profundos conocimientos astronómicos, de ingeniería civil, organización social, y que irradió su energía conceptora por toda la extensión altiplánica extendiéndose al Perú, al Ecuador, al norte de la Argentina y aun a zonas de la Amazonía boliviana-brasilera.

En El Tambillo, una colina situada pocos kilómetros antes de llegar a Tiwanaku, se divisa un paisaje lunar. Al fondo la Gran Cordillera, festonada de nevados colosales. La llanura seca y dura, con grandes grietas y cráteres pequeños. Acaso la verdadera ciudad-santuario se escondía detrás de la serranía de Achuta, y era un centro místico apartado de la metrópoli civil.

Magia del Kollao. Nubes de maravilla, de blancor deslumbrante, sobre montañas azules que se hunden en el horizonte. El planalto tendido, silencioso. Sopla el viento punero sin descanso. Colinas recostadas en la planicie. Una columnita de polvo anuncia la llegada de un vehículo que parece moverse apenas en la inmensidad de la meseta. El paraje hosco, soledoso. ¿Cómo pudo existir aquí una metrópoli?

Posnansky —padre y precursor en los estudios tiwanakenses— opina que el clima en la ciudad prehistórica era muy distinto del actual, y que una remoción del cingulo climático precipitó la hostilidad física del paraje. Aun siendo válida la teoría, no se comprende por qué los fundadores no la ubicaron en vallecitos próximos mejor protegidos y benignos.

Hay quienes piensan que antiguamente las aguas del Lago Titikaka lamían los muelles de Tiwanaku. En la actualidad, situada a corta distancia del lago, dijérase que la ciudad misteriosa es el punto de amarre para un triángulo geográfico formado por las tres grandes cumbres del Illampu,

del Wayna-Potosí, del Illimani. ¿Tuvo móviles iniciáticos, para el hierofante andino, la fundación de Tiwanaku?

De la cima de Akapana, colina artificial, se abarca el yacimiento arqueológico que hoy tiene algo más de 20 hectáreas. No es mucho lo que se puede avizorar porque la parte mayor de las ruinas se halla todavía sepultada.

Lo más grandioso, con carga más honda de pesadumbre y de misterio son los bloques colosales de Puma-Punco, moles increíbles que no se explica cómo pudieron mover y organizar los pequeños pobladores de la urbe legendaria. Dicen, los mitos, que Wirakocha fundó, destruyó y volvió a reconstruir Tiwanaku. Los abundantes restos de puntas de flechas hablan de numerosísimos combates. Antes del éxodo final, existieron, sin duda, en el mismo recinto geográfico, varias ciudades que se sobrepusieron en el tiempo.

Absurda la tesis de que hombrones desaforados, gigantes tal vez, erigieron la ciudad famosa; y que desaparecidos ellos, una raza posterior compuesta por seres de menor estatura talló la piedra y esculpió los monolitos. Ciudad y moradores fueron uno. Acaso la modesta dimensión somática los proyectaba a creaciones desmedidas: quisieron ser por encima de sí mismos. La masa humana más que el arquitecto concector.

A nosotros, modernos, atormentados por la velocidad y el sentido de proporción, se nos escapa la relación oculta de hombre y masa en el pasado andino. Para ellos, acechados por la dinámica de la naturaleza, lentos y tranquilos, arquitectura y escultura fueron escudo protector contra los peligros del cosmos agresivo, cambiante, que acrecían las guerras y reyertas de los hombres. Templos, fortalezas, palacios en escala mayor; las viviendas individuales reducidas y estrechas. Porque el hombre era menos que su creación. Y sólo al Dios telúrico, al Rey-Sacerdote, o al Gran Guerrero se consagraron monumentos y estatuas imponentes.

Puma-Punco habla de un saber lítico que se perdió en los siglos.

Del gran recinto rectangular de Kalasasaya — que pudo ser el gran Templo Solar de los Andes como pensaba Posnansky — de la formidable escalinata pétreo que conduce a su interior; del monolito Bennett; de la maravillosa Puerta del Sol; de otros monumentos y construcciones tiwanakenses emanan la severa grandiosidad del conjunto, la energía concentrada del técnico que domó la piedra y la habilidad del artesano que interpretó su ciencia, y un sentido sutilísimo para alcanzar la perfección en el acabado y los detalles: ese ensamble ajustado entre las piedras, el pulido finísimo de las superficies, la precisión de los ángulos y las aristas, el dibujo limpio en la decoración, ese prodigioso signo escalonado que da vida y como anima toda la estilización geométrica, la alternancia pertinaz del cóndor y del puma, del pez y del guerrero, y ese ordenamiento riguroso en la estatuaria y en la cerámica.

Fueron ciertamente grandes, fuertes, osados por su genio constructor, y simultáneamente sutiles, delicados, en el arte de reproducir la belleza sensible del mundo y de la vida.

Si de la contemplación de las ruinas se pasa al estudio de los ceramios tiwanakenses, se adquiere la sospecha de que ellos fueron seres que ignorando el contrapunto constructivo, la magia plural de los estilos, y aquellos refinamientos expresivos de las sociedades largamente ejercitadas en la reproducción dibujística, tuvieron comprensión innata del modo cómo se organizan los volúmenes en el espacio, intuición de las formas, y un sentido peculiar para la representación artística del mundo y de sus seres. Y tal vez —nuevamente la proximidad a Bach— un dominio espantable de la construcción múltiple, de la estilización alada, del juego y contrajuego de los ritmos lineales, en una suerte de sapiencia de la composición que todo lo formaba y concertaba con acuerdo a plantas mentales de difícil elaboración.

Distante de Akapana, lejos de las ruinas, como un huso horizontal que termina en declives piramidales, se alza un montículo de tierra grande y alongado. Es una formación geológica — dicen los investigadores—. Podría ser, también, el enterratorio de los emperadores de Tiwanaku.

Los monolitos resumen y trascienden el arcano de la raza que los erigió. Tallados en basalto, en andesita, en granito, en rocas eruptivas, miden dos, cuatro, seis metros de altura.

Carecen de la elegancia, de la perfección estilizada de las figuras egipcias, pero por su ajustada simetría, por su hondo hieratismo, por la simplicidad de sus trazos geométricos sorprenden al espectador. Sería acertado estudiar, profundizar en el monolito Ponce, no tan grande pero mejor conservado que el monolito Bennett; y en dos estatuas de basalto, de menores proporciones, una ubicada en el Museo de Tiwanaku y otra en el templo al aire libre de Miraflores. Estas tres figuras podrían aproximarnos la presencia humana del poblador de la ciudad famosa.

—Exageras, Mateo — dijo un contradictor — ni la piedra ni el pasado se humanizan. Déjalos como son: enigmas que pasaron.

Y Mateo Montemayor concluyó solitario su tercera meditación de Tiwanaku, porque nadie quería seguir escuchando sus razones. ¿Cómo hacerles entender que en el fulgor del mediodía, el monolito acosado por los dardos de la luz, por los juegos del aire, por la magia móvil del espacio, habla y transmite sus secretos; y que en el misterio de las noches salen de su pétreo figura los hombrecitos ágiles y activos que lo construyeron?

Porque el misterio de Tiwanaku se resuelve así: busca al hombre en la estatua y en el friso de la Puerta del Sol. En el contraste de los altos monolitos verticales y de los hombrecitos que corren hacia el Jefe Enmascarado, está la clave del enigma.

Porque el hombre que fue se refugia en la piedra. Y la piedra puede devolvernos a la proximidad del alejado.

FORMACIÓN DEL HOMBRE BOLIVIANO

El tema es crucial; cómo debe orientarse la formación del hombre boliviano. Estas ideas sirvieron de base al planteamiento filosófico y humanista de la educación nacional, cuando estudiamos la Reforma Educacional en 1953. Las difundimos e intentamos aplicarlas en 1926 y 1957, al desempeñar el cargo de Ministro de Educación, lo que no se pudo realizar en la práctica por falta de recursos técnicos y económicos. Las revisé en 1971. Y ahora las replanteo en visión de conjunto a gentil invitación de la Escuela de Altos Estudios Militares y de su Comandante el señor Contralmirante José Vargas Valenzuela.

La materia es siempre actual, tiene plena vigencia, porque nada hay más importante que analizar y definir cómo se formará el individuo boliviano que a su vez, en multiplicación comunitaria, modela el "corpus" colectivo.

Planteamiento Inicial

La educación no es un fenómeno aislado: está condicionada por lo histórico y por la nacional. Responde a una interpretación del mundo y de la vida, es decir a una filosofía. Es una evaluación de lo que se es y de lo que se quiere ser. Y éste es el punto de partida para analizar la formación del hombre boliviano.

¿Cuál será la posición del educador, en este país joven, que recién se va configurando en una estructura nacional?

Ni los Estados Unidos ni las Rusias nos darán pautas de solución. Tampoco Europa, maestra de saberes, que si nos concede el basamento clásico, muda en los sistemas político-sociales como cambian sus fronteras. Problemas y posibilidades de acción brotan de un orden propio, de características específicamente bolivianas. El planteamiento racional será pues interior: qué somos, hacia dónde vamos. Lo boliviano será el mejor guía del boliviano. Y si anhelamos avanzar a un mundo mejor comencemos por el conocimiento y dominio de nuestra realidad.

Filiación Cristiana, Conducta Democrática.

En el ámbito nacional, todavía en conformación, debemos optar por una filosofía compuesta: de filiación cristiana, de forma democrática, de contenido nacionalista y revolucionario.

Porque de tres supuestos parte el hombre para afirmar un sistema nacional:

La posición ante el Espíritu
La posición ante el Mundo
La posición ante el propio Medio.

La primera se funda en la tradición histórica y cultural de nuestro pueblo. Nos movemos en la órbita del humanismo cristiano, porque religión y lengua ponen la verdad del Cristo por encima de las diferencias psíquicas o étnicas.

La piedad cristiana que hace al pueblo valiente en la adversidad, magnánimo en la victoria; el respeto a la dignidad del ser humano; el amor al débil y al caído; el idealismo romántico y batallador que subordina las conquistas materiales a los valores del espíritu, son los más nobles atributos del alma nacional. Somos comunidad cristiana de abolengo y de conducta. Y éste es el primer rasgo del carácter boliviano.

El segundo proviene de la particular situación que ocupamos dentro del concierto de naciones libres del continente.

En lo internacional Bolivia forma parte de la gran Comunidad de Naciones Democráticas de América del Sur. Aquí lo étnico, lo geográfico y la necesaria interdependencia económica, configuran un sistema hemisférico del que no podemos sustraernos. Somos pueblo democrático porque éste es el sistema general de vida adoptado por veintiún países americanos. Verdad que atravesamos períodos críticos en los cuales predomina pasajeramente el gobierno concentrado de tipo fuerte, sin parlamento, pero esto es lo excepcional y no la regla. Por mucho que se esgrima la tesis del pluralismo político, es justo reconocer que con todos sus defectos y aunque no siempre la teoría se encuadre a la realidad, la democracia sigue siendo el menos imperfecto de los sistemas políticos ensayados en la historia humana. A ellas vuelven nuestras multitudes después de la borrasca civil y de las dictaduras. El ideal democrático —ya que la norma democrática plena parece imposible— es el segundo rasgo del carácter boliviano.

Nacionalismo y Revolución

El tercero resulta de la circunstancia política que vive el país.

La Revolución Nacional de 1952, que brota de las trincheras del Chaco y constituye un fenómeno histórico, un hecho social y un movimiento renovador del pueblo boliviano, viene operando, desde esa fecha, profundos cambios de estructura en la sociedad nacional, sea en lo político, en lo jurídico, como en lo económico y social. Ella postula que la educación debe ser dinámica y estar al servicio de las mayorías postergadas. El Código Educativo de 1953 establece que la enseñanza pública no es monopolio de clase privilegiada sino un derecho de todos los bolivianos. Se orienta hacia una formación de tipo técnico, eminentemente práctica, para responder a las urgencias civilizadoras, mas no olvida las raíces humanistas y culturales del ser humano. Quiere modelar al ciudadano en función productiva, convirtiéndolo en elemento útil y eficiente en el proceso de liberación nacional. Plantea la lucha organizada contra el analfabetismo y la intensificación de la educación rural. Busca la incorporación de las mayorías irredentas a la vida civil. Y este impulso popular y revolucionario, que persigue elevar las masas campesinas y obreras al nivel del ciudadano medio, es el tercer rasgo del carácter nacional.

Absorber cuanto se pueda de la cultura universal, de la técnica contemporánea, dando prioridad a los valores nativos, a la herencia ancestral, a las manifestaciones del alma vernácula. Nacionalismo sano y entrañable. Y es que Bolivia, capital del tiempo mítico, de las grandes culturas anilinas, poseedora de un riquísimo acervo folklórico, es la nación entrañable llamada a imprimir fisonomía característica al hemisferio sur.

El alma india, la pasión mestiza, el amor a la autonomía política, la definición de una personalidad nacional. He aquí lo que se debe entender por nacionalismo y revolución.

Definidas las posiciones ante el Espíritu, ante el Mundo, ante el propio Medio, cabe la síntesis final: el hombre boliviano debe formarse:

en la conducta cristiana
en la escuela democrática
en la dinámica nacionalista.

En otras palabras: una conjunción armoniosa de Moral, Libertad y Progreso para formar ciudadanos rectos, responsables, animados por ideales justos y renovadores.

Educación Integral del Hombre Boliviano

Conformar integralmente al ciudadano consiste en buscar el desarrollo armonioso de sus potencialidades físicas e intelectuales. Para moldear personalidades, es decir seres conscientes y responsables, hay que dar importancia al estudio y perfeccionamiento de lo somático. El cuerpo, la salud. Partir del hombre elemental para elevarse al hombre espiritual. Inútil será que marxistas y materialistas, comunistas o plutócratas, se empeñen por la hegemonía de los valores económicos y de la opresión estatal. El hombre con alma, el varón integral que piensa y obra con libertad de albedrío, seguirá siendo eje y animador de la historia apesar de las actuales hipertrofias de política y economía.

No formemos parias ni esclavos para el Estado, sino ciudadanos conscientes, que se asocien libremente para hacer del Estado el elemento integrador del cuerpo social.

El complejo binario cuerpo-alma exige por lo menos seis planos educativos, igualmente importantes, en cierta manera inseparables unos de otros:

educación física, nutrición, salud
educación moral y religiosa
educación práctica y de trabajo
educación técnica e intelectual
educación política y ciudadana
educación estética.

¿Cómo alcanzar esa formación integral del boliviano?

Manteniendo estrecha unidad de acción entre Familia, Escuela y Estado, los tres ejecutores activos del proceso educacional. Si desde un ángulo de enfoque pedagógico no se puede desdeñar la necesaria conexión entre las áreas fundamentales: la biológica, la ética, la útil, la intelectual, la social y la sensible, desde el plano sociológico no sería lícito prescindir de la obligada coordinación entre las normas educativas que se imparten y se vigilan tanto en los hogares, en las escuelas y mediante la influencia jurídico-social del Estado en la vida de los ciudadanos.

Todos tres — Familia, Escuela, Estado — configuran al boliviano y tienden a crear un tipo nacional homogéneo, bien constituido.

Formarse en Libertad y Responsabilidad

Ni el Estado se subordina al individuo como quiere la escuela liberal, ni el individuo es sólo una cédula encadenada del Estado como pretenden los socialistas. Debe existir un equilibrio razonable entre Estado y Ciudadano, con derechos y deberes recíprocos.

Esa filosofía de libertad y responsabilidad que concilia la dignidad de la persona humana con la moral social, es la que Bolivia necesita para afrontar el duro presente y avanzar a un porvenir mejor. Se trata de formar hombres, en toda la extensión del vocablo; no autómatas. Por eso sostenemos que un nacionalismo racional y operante, de tipo sudamericano, despojado de los abusos y excesos del nacionalismo occidental, por revolucionario que sea en sus ímpetus transformadores al servicio del pueblo, partirá siempre de la norma cristiana, de la conducta democrática, las dos fuerzas polares para bien guiar a las muchedumbres.

Si en lo filosófico y ético la escuela boliviana será una de libertad y responsabilidad, en lo político y social debe realizarse en función de constructiva y reparadora. Dado el estado de atraso, de ignorancia de gran parte de las mayorías populares, el deber primario de nuestro tiempo consiste en el lema que adoptamos al redactar el Código de Educación de 1953: educación de masas en vez de educación de castas. La enseñanza fiscal y la enseñanza privada en las ciudades, deben aproximar métodos y experiencias. La escuela rural tenderá a expandir hacia todos los núcleos étnicos y lingüísticos del país el principio de solidaridad entre bolivianos. Primero guiarlos hacia una formación ética, luego impartirles los conocimientos elementales para la lucha por la vida, finalmente orientarlos hacia la urgencia del esfuerzo compartido. Así el desarrollo de nuestra gente será armónico, no terminará en un proceso de perfeccionamiento individual sino se prolongará hacia una finalidad idealista y útil de superación colectiva. Así también el hombre boliviano será hijo de su época, de su tiempo histórico, criatura de su suelo y de su raza.

Cultura de Valores Juveniles

Del tiempo clásico a nuestra época la educación no ha cambiado su carácter ético-práctico. El ideal socrático, tan admirablemente desarrollado por Platón, insigne educador, en los diálogos de "Las Leyes" y de "La República" sigue en pie: se trata del hombre y de su perfeccionamiento como punto de partida; de formar ciudadanos varoniles y justos como meta.

Hoy, lo mismo que ayer, educar es despertar el espíritu a la virtud. Desarrollar la inteligencia. Crear una conciencia civil.

Platón pide varones completos de cuerpo y de alma: moral y razón, intuición y conocimiento son los instrumentos para ese aprendizaje. De la armonía entre espíritu y carácter surgirá el hombre verdadero. La virtud es el centro primario de todos los valores; y el dominio de sí mismo el ideal cimero de la cultura helénica.

Tamayo exige varones osados, perseverantes. El culto de la acción. "Hay que enseñar la audacia sabia y la osadía inteligente". Para él más importante que la letradura escolar es la formación del carácter nacional.

Ambos pensadores vieron bien.

Bolivia requiere una cultura de valores juveniles como la griega. Fuerzas nacientes. El hombre como idea, como construcción consciente. Que resalten en el boliviano los valores varoniles de energía, lealtad, valor, constancia, rectitud, belleza moral y apostura física. Que la verdad y la bondad vayan del brazo con el atrevimiento y la perseverancia. ¿No dijo Aristóteles que la filosofía comienza por el asombro? Pues enseñemos al boliviano la virtud de curiosidad, el coraje indagador, el afán de querer saberlo todo. El amor a la ciencia y a la técnica. La pasión por los viajes y las exploraciones. El adentramiento en el espacio interior del mundo nacional. Así el ciudadano, humanista y civilizado por sus conocimientos, será atrevido y dinámico en sus actos.

A la "kalokagathia" de los helenos — el ideal de justicia y de belleza — opongamos la norma del tiempo nuevo que concilia el legado cristiano con el humanismo social. Digamos: virtud y carácter. O sea libertad responsable para el individuo, solidaridad activa de todos en la tarea común de sostener una sociedad justa, equilibrada.

Rechacemos por igual la esclavitud totalitarista y los métodos corruptores del capitalismo desenfrenado.

Primero es la formación del hombre interior. Después estructurar al ser social. Porque el carácter moral — como recuerda el filósofo — vale más que su doctrina o su autoridad política.

Y mantengamos viva la herencia de abuelos y bisabuelos: el amor a la libertad, el estoicismo frente al infortunio, la voluntad indeclinable de ser Nación soberana, el anhelo irrenunciable de volver al Mar!

Doble Desarrollo del Individuo

En dos sentidos habría que formar a nuestras gentes.

Uno interior, de desarrollo de la conciencia ética, que mire a lo eterno del ser. Otro exterior, que atienda a la temporalidad de la persona, que eduque el carácter para el trabajo útil, preparando al ciudadano para desenvolverse en una sociedad dinámica, presurosa.

La moral de la conducta, la preparación para una vida activa y eficiente, serán piedras fundamentales de una edificación nacional. Hay que enseñar al boliviano nociones primarias de limpieza, orden, puntualidad. De respeto a la palabra empeñada. De veracidad y perseverancia. De lealtad con el amigo y generosidad con el adversario. De honor, de valor, de ambición inteligente. De responsabilidad consigo mismo y con la sociedad.

A este hombre configurado por la ética lo llevaremos al plano biológico velando por su vivienda, su alimentación, su salud y buen desarrollo físico. Estimularemos sus aptitudes intelectuales y sensibles. Le inculcaremos que estudio y deporte se complementan. Lo induciremos a conmoldear su voluntad en la disciplina de trabajos útiles, en la aplicación de conocimientos técnicos en el ejercicio de una profesión o de un oficio, en el aprendizaje de métodos prácticos que le permitan adecuarse al ritmo vertiginoso y cambiante del mundo contemporáneo.

Tenemos que salir del tiempo de la carreta y del caballo para entrar en la era de la motocicleta y del avión.

De tal modo, combinando educación con saber, lo somático con lo espiritual, llegaremos a un concepto integrador: hacer del hombre boliviano un varón virtuoso, sano, inteligente, enérgico, culto y con sentido práctico, capaz de afrontar las múltiples incitaciones de la sociedad mundial, cada vez más exigente y complicada, y también los requerimientos del medio patrio todavía en semi-letargo que hacen dos veces difícil la responsabilidad de llamarse "boliviano".

Los idealistas dirán que basta el ser moral. Los realistas sostendrán que es suficiente el varón de presa, el organizador. Responderemos que por ambas vertientes debe fluir la actividad humana. El hombre actual debe tener de soñador y de luchador al mismo tiempo, porque imaginación y voluntad conforman el arquetipo universal.

Conmover y poner en marcha a la Nación

Un planteamiento del problema educativo pecaría de excesivamente idealista y teórico, si no considerase la realidad mayoritaria de pobreza y de retraso que nos circunda.

El Estado carece de medios técnicos y de recursos económicos, de aulas, maestros y equipos escolares para atender el crecimiento vegetativo de la población escolar. El déficit educacional marca una curva de ascenso permanente. El analfabetismo se mantiene por encima del 60 % de la población. Las estadísticas aseveran que 700.000 niños por año no tienen acceso a la educación.

Este es el aspecto práctico del problema. Y muy poco harán prédicas y teorías, si Estado y Sociedad no movilizan todas sus energías para encarar en forma resuelta, integral y eficaz la cuestión educativa que en todas las naciones, democráticas o socialistas, ocupa la primera prioridad.

Dos podrían ser los canales para encauzar la trascendental empresa: una financiación internacional en gran escala; y una movilización interna, económica y social, que aúne los recursos del Estado con las posibilidades de la empresa privada y de los ciudadanos para enfrentar las necesidades crecientes de la enseñanza pública.

No podremos hablar de sociedad cristiana, de sistema democrático ni de nacionalismo revolucionario, mientras dos tercios de millón de niños toca las puertas en demanda de aulas, maestros, silabarios y cuadernos.

Hay que mover y conmover a la Nación toda. Poner en marcha a gobernantes y gobernados, para afrontar en forma conjunta y práctica el déficit del proceso educativo.

Si el pauperismo fiscal impide al Estado cubrir por sí solo todos los requerimientos de la enseñanza urbana y rural, ahí están los hogares pudientes, los organismos sociales y culturales, la prensa, la radio, la televisión, los sindicatos y los deportistas, los profesionales y los técnicos, la Iglesia, las FF.AA., la Banca, la Industria, el Comercio, toda persona o grupo organizado que pueden y deberían contribuir con recursos económicos o con trabajo personal a la gran empresa de la Revolución Educativa, que más allá de una Campaña Básica de Alfabetización, radicaría en sacudir y movilizar a los bolivianos en una cruzada por el saber, por la apertura de nuevas escuelas, por la formación de un mayor número de maestros y maestras, y en cumplimiento del primer deber de solidaridad humana que mandan la ley del Cristo y la ética social: enseñar al que no sabe, ayudar al necesitado.

El futuro de la educación nacional no es sólo incumbencia del Estado. El déficit permanente en la enseñanza es un reto que debe recoger la Nación entera. En buen castellano: tu, yo, aquel, ellos, todos cuantos nos llamamos bolivianos estamos obligados a participar con voz y acción propias, con aporte material o espiritual a la gran batalla contra la ignorancia.

No irá muy lejos la reforma universitaria ni la reforma educativa en los ciclos primario y secundario, si no se acomete, simultáneamente, la transformación de la sociedad nacional que de pasiva y concentrada en reducidos núcleos de conducción, debería evolucionar rápidamente a las nuevas ideas de participación activa del mayor número de ciudadanos en los deberes y exigencias del desarrollo patrio.

La formación del hombre boliviano importa una movilización moral y financiera de todo el país, para rescatar a las mayorías analfabetas y poder dar acceso a la educación a la niñez hoy marginada de las aulas.

Educación para la Verdad y la Voluntad

La educación — expresa Jaeger — participa en la vida y en el crecimiento de la sociedad, así en su destino exterior como en su desarrollo espiritual. La íntima libertad dentro de la cual trabaja el individuo, está, sin embargo, al servicio de la totalidad.

Esto nos recuerda que el único elemento permanente de la historia es el Espíritu; el espíritu que anima e induce al hombre a fijar la huella de sus obras. No es posible educar sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser. Pero aunque éste sea el enunciado metafísico del problema, en un orden práctico, acorde con nuestra realidad actual, tenemos que reconocer que la formación del carácter es el primer imperativo para nuestro pueblo.

Necesitamos una educación de tipo horizontal, masivo, que lleve a todos los bolivianos los beneficios de la buena conducta y del saber. Educación eminentemente nacional, de forma y contenido, para uso y provecho de los mismos bolivianos, capaz de vertebrar los núcleos sociales hoy dispersos en torno a un solo ideal de aproximación y resurgimiento. Tomar conciencia de que se debe ser boliviano, americano del sur y alma universal a un mismo tiempo. Varón que pertenece a su Patria y se mueve en el Mundo. Formar hombres nuevos para la nueva sociedad técnica y dinámica de la segunda mitad del siglo XX.

Y en lo nuestro, en lo íntimamente fidedigno, almas fuertes y orgullosas de haber nacido en este territorio acosado por la geografía y por la historia, donde se hace varonilmente difícil el aprendizaje de la hombría.

La formación del hombre boliviano puede cifrarse en dos palabras-clave que lo dicen y abarcan todo: VERDAD y VOLUNTAD.

Mayo de 1975.

DATOS BIOGRÁFICOS DEL AUTOR

DIEZ DE MEDINA Fernando.— La Paz, 1908. Esposa: María Paz Campero. Hijos: Sonia y Rolando. Escritor y hombre público. Secretario General del Banco Central. Director de Radio "Illimani". Jefe del Grupo Cívico "Pachakuti". Gerente empresa minera "Cardiez". Fundó la página dominical "Hombres, Ideas y Libros", el semanario "Combate", y las revistas "Cordillera" y "Nova", que dirigió varios años. Presidente de la Comisión de Reforma Educacional. Ministro de Educación (dos veces). Embajador ante la Santa Sede. Embajador en misiones especiales. Asesor de la Junta Militar. Ministro sin Cartera. Ministro de Estado y Asesor del Gobierno Constitucional. Consejero Privado del Presidente de la República. Publicó 30 libros; los principales: "El Arte Nocturno de Víctor Delhez"; "Franz Tamayo, Hechicero del Ande"; "Thunupa"; "Libro de los Misterios"; "Nayjama"; "Literatura Boliviana"; "La Enmascarada"; "El Arquero"; "Desde la Profunda Soledad"; "Cuaderno de Viaje"; "Mateo Montemayor"; "Ollanta, el Jefe Kolla"; Laúdes a la Esposa muy Amada"; "El Guerrillero y la Luna"; "La Teogonía Andina". Gran Cruz de Pío IX. Gran Cruz Libertador San Martín. Gran Cruz Cóndor de los Andes. Gran Oficial Orden del Sol. Palmas Académicas del Perú. Escudo de La Paz en grado Servicios Eminentes. Gran Premio Nacional de Literatura (1950). Medalla Schiller del Bicentenario. Medalla de Oro Premio América Latina. Periodista, polemista, conferencista. Actuó en asambleas internacionales y en universidades de Bolivia y del exterior. Sus libros fueron comentados en numerosas publicaciones europeas y americanas. Colaboró en diarios y revistas de Europa y de las Américas. Columnista de "El Diario" de La Paz. Fue subdirector del vespertino "Ultima Hora". Humanista en literatura y en política. Reside en La Paz, Bolivia: avenida Víctor Sanjinés 2705. Tel. 21979. Oficina: edificio Castilla, Loaiza 250, 8º piso. Tel. 20372. Dirección Postal: Casilla 13.

[Inicio](#)